

EDDIE THORNY

**F
B
I**

**MI CABEZA
ESTA EN JUEGO**



EDDIE THORNY

MI CABEZA ESTA EN JUEGO



LIBROCAJON
C/VALLEHERMOSO, 48 LOCAL BERRIA
28015 - MADRID
LIBROS NUEVOS Y USADOS
COMPRA - VENTA NOVELA
UCIGRAMAS - PASAJE
T. 91 445 57 54

DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1957
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid

COLECCION F. B. I.

NUMEROS PUBLICADOS

- | | |
|---|--|
| 100. Yo, Director del F. B. I. (1). | 254. Con los pies hacia fuera (21). |
| 200. F. B. I. contra Crimen, S. A. (1). | 255. Una pareja imposible (37). |
| 201. 30.000 dólares (52). | 256. Fuego en las manos (21). |
| 202. ¡Ni un paso atrás! (5). | 257. Última pena (3). |
| 203. Viaje sin final (29). | 258. Cagide en el cepo (28). |
| 204. Pistas trucadas (37). | 259. La esquina siniestra (4). |
| 205. Gran Hotel (38). | 260. El astuto Ruben (40). |
| 206. La coartada falló (7). | 261. La Policía lo sabe (3). |
| 207. Lydia (3). | 262. ¡Perseguido! (28). |
| 208. El peso de la Ley (30). | 263. Pistas borradas (4). |
| 209. La única oportunidad (28). | 264. Callejón sin salida (5). |
| 211. La muerte ronda (83). | 265. Sombras de Nueva York (42). |
| 215. Reporter de sucesos (4). | 267. ¡Pánico! (4). |
| 221. Sombras en rojo (37). | 268. Hundida en el cieno (44). |
| 222. Aprendiz de policía (30). | 269. La banda de los sbuhos. |
| 225. Muerto en la carretera (4). | Inspector especial (42). |
| 226. Sangre de periodista (23). | 271. Testigo, la luna (5). |
| 228. Dos viñas (3). | 272. Tres muertos para tres (48). |
| 229. Cara es la victoria (30). | 273. Huyendo del pasado (30). |
| 230. Uno contra todos (28). | 274. Manos sucias (4). |
| 231. Servicio inacabado (41). | 266. Escondite para un cadáver (8). |
| 232. Oscura traición (41). | 275. El elefante blanco (48). |
| 233. ¡Alto! (4). | 276. Al margen del deber (21). |
| 234. Sólo existe un dilema (8). | 277. Al servicio de la Ley (42). |
| 235. Legión extranjera (30). | 278. El precio del rescate (28). |
| 236. Sindicato criminal (46). | 279. Tres rames de un mismo |
| 237. Requiem por Larry (4). | 280. Un hombre busca su |
| 238. El triunfo del bien (42). | 281. El fiscal asesinado (9). |
| 239. Entre la espada y la pared (28). | 282. Valija diplomática (30). |
| 240. Los sospechosos (40). | 283. Misterios de Chicago (4). |
| 241. La vida al azar (21). | 284. ¡Expulsado! (37). |
| 242. Los Balcanes en llamas (43). | 285. Diamantes rojos (42). |
| 243. La Ley y él (5). | 286. La trampa (5). |
| 244. Puente de traidores (17). | 287. Mister Warren descubre al asesino (41). |
| 245. Espionaje (42). | 288. El último asalto (30). |
| 246. Extorsión (4). | 289. Matufosos (4). |
| 247. Noches de pesadilla (2). | 290. La muerte al volante (45). |
| 248. Sin rumbo (5). | 291. Espías en el infierno (46). |
| 249. Un caso policíaco (4). | 292. Emigrante del terror |
| 250. Caza del nombre (44). | 293. Hábitud criminal (42). |
| 251. En la brecha (17). | 294. Una grieta en el telón de acero (4). |
| 252. Guerra de condenados (4). | 295. ¿Y dónde es el corazón (8). |
| 253. Vidas trucadas (42). | |

265. Sombras de Nueva York (42).
 267. ¡Pánico! (4).
 268. Hurdida en el cieno (44).
 269. La banda de los buhos
 270. Inspector especial (42).
 271. Testigo, la luna (5).
 272. Tres muertos para tres
 273. Huyendo del pasado (30). (48).
 274. Manos sucias (4).
 275. El elefante blanco (49).
 276. Al margen del deber (21).
 277. Al servicio de la Ley (42).
 278. El precio del rescate (28).
 279. Tres ramas de un mismo
 280. Un hombre busca su
 281. El fiscal asesinado (9).
 282. Valija diplomática (20).
 283. Misterios de Chicago (4)
 284. ¡Expulsado! (37).
 285. Diamantes rojos (42).
 286. La trampa (5).
 286. Escondite para un cadá-
 287. Mister Warren descubre al asesino (41).
 288. El último asalto (30).
 289. Mafiosos (44).
 290. La muerte, al volante
 291. Espías en el infierno (46).
 292. Emigrantes del terror
 293. Habilidad criminal (42).
 294. Una grieta en el telón de (28).
 295. ...y plomo en el corazón (3).
 296. Grow Street (47).
 297. Cuando la ciudad duerme (5).
 298. Dakin «el Guapo» (42).
 299. Tres sentenciados (30).
 300. National 7117? (21).
 301. La amenaza de Morris acero (4).
 302. Yo te defiendo (28).
 303. El humo llevaba sangre (9).
 304. Razzia (30).
 305. Injusta acusación (42).
 306. La conciencia me acusa (4).
 307. Nadia escapa a su delito
 308. El pandillero (5).
 309. El último ataque (30).
 310. Sobra un hombre (21).
 311. ¡Yo no lo maté! (44).

AUTORES

- | | | |
|---------------------|---------------------|--------------------|
| (1) Alf Manz. | (20) Andre O'Sun. | (37) Angelo de Tar |
| (2) Fred Baxter. | (21) Fel Marty. | turis. |
| (3) Frank McFair. | (22) Dana Yonell. | (38) Gary Belsan. |
| (4) Eddie Thorny. | (23) Al Gallard. | (39) Paul Coster. |
| (5) O. C. Tavin. | (24) Chester King. | (40) Herman Tell |
| (6) Alar Benet. | (25) Josep Tell. | gon. |
| (7) A. G. Murphy. | (26) Med Ryman. | (41) Anthony Cuni |
| (8) Lewis Haroc. | (27) Lou Dark. | ller. |
| (9) J. L. Martyn. | (28) Jan Hutton. | (42) Anthony Ben |
| (10) Jack Brooklyn. | (29) Richard Jack- | son. |
| (11) Thomas Settee. | son. | (43) Albert Lazar. |
| (12) John Nebot. | (30) Jim Murray. | (44) Fred William |
| (13) Thomas Wan- | (31) Sand Burl. | son. |
| ton. | (32) Joe Greig. | (45) Ray Jones. |
| (15) Robert Deaf. | (33) Bill O'Creigh. | (46) Richard Ha |
| (16) Alan Carson. | (34) Don Lassister. | vey. |
| (17) Al Cortroa. | (35) John Est. | (47) Ben Martyn. |
| (18) Jack Grey. | (36) Edward Good- | (48) Leo Mason. |
| (19) Edgar Ford. | man. | (49) Billy McLean |

I

AVENTURA FRUSTRADA



RAN las dos de la madrugada, llevaba bebiendo desde las siete de la tarde con el entusiasmo de quien acaba de atravesar un desierto; rondaba ya el punto de saturación y no confiaba demasiado en mis sentidos. La primera vez creí que el alcohol me jugaba una broma pesada, y cerré los ojos. Pero volví a abrirlos, y seguía allí, mirándome y sonriendo.

Bien. Cuando uno se aproxima a Las Vegas, cualquiera que sea el camino que elija, encuentra por doquier carteles anunciándole que va a penetrar en un paraíso. Nevada fué famosa un día por sus

pistoleros y sus minas. Ahora las minas se han agotado, pero los pistoleros han encontrado unos filones inagotables que se llaman juego, alcohol, divorcios y casamientos. También impuestos. O, para ser más exactos, la falta de impuestos, que son los más bajos entre los cuarenta y ocho Estados de la Unión.

En Nevada puede usted casarse en cinco minutos sin necesidad de trámites de ninguna clase ni consentimiento paterno, siempre que haya cumplido los dieciséis años; en Nevada puede divorciarse con sólo residir por espacio de seis semanas en cualquiera de sus confortables hoteles; en Nevada puede uno beber de la mañana a la noche todo lo que se le antoje, sin que nadie considere su embriaguez una agravante en caso de accidente; en Nevada, el juego es enteramente legal, y uno puede quedarse sin camisa eligiendo el método más de su agrado, desde la modesta máquina tragaperras a la ruleta de un lujoso casino, donde no se admiten apuestas inferiores al millar de dólares.

Todas estas maravillas las repiten millares de veces por día los periódicos, las estaciones de radio y televisión, los anuncios colocados en todas las carreteras y los folletos lujosa y pródigamente editados por Department of Economic Development, de Nevada. Convencido y conquistado, uno espera lo mejor al llegar a Las Vegas, y va dispuesto a no asombrarse de nada. Fue, naturalmente, lo que hice yo. Durante tres días vi cosas que en California me habrían obligado a prorrumpir en gritos de sorpresa, con la misma impasibilidad de un vecino de Los Ángeles ante el embotellamiento del tráfico en Sepúlveda o Cahuenga Boulevard.

Pero lo que ahora contemplaba superaba las más rosadas y optimistas esperanzas. Mujeres como aquélla no se veían todos los días, ni siquiera a la entrada de los estudios de la Metro en Hollywood, o en la playa de Atlantic City el día de la elección de *Miss América*. Algo parecido pintan los dibujantes de ciertas revistas cuando se sienten inspirados, pero la experiencia nos enseña que hay un océano entre lo pintado y lo real, y que la calenturienta imaginación de cualquier artista no suele guardar el más mínimo parecido con la realidad circundante.

Era una doble página del «Esquire» a todo color y en tres dimensiones, con la inmensa ventaja de que parpadeaba y sonreía. De lo primero no cabía duda, porque al darse cuenta de que la

miraba, guiñó un ojo, al tiempo que enseñaba los dientes. Cuando alguien nos muestra los dientes, lo interpretamos como una clara amenaza, y retrocedemos para eludir el mordisco o alargamos el puño en gesto de amable invitación a una rápida consulta con el odontólogo. Yo no hice ninguna de las dos cosas. Acaso porque la posibilidad de ser mordido no me produjera inquietud, alarma ni desasosiego de ninguna clase.

En Grecia hubo un tipo llamado Adonis, por el que, según leí no sé dónde, perdían su inmortal cabecita todas las diosas del Olimpo. No creo que haya entre él y yo la más remota semejanza, ni siquiera «puramente accidental», conforme se cuidan de advertir los escritores que han retratado deliberadamente a algún conocido con las seráficas intenciones de una serpiente de cascabel a la que pisan la cola. Aunque algunas damas me han sonreído, conservo mi innata modestia, y me costaba trabajo creer que aquélla me mirase a mí.

Pero paseé la mirada en torno mío, y no vi acodado al largo mostrador del Pioneers Club ningún competidor merecedor de ser tomado en cuenta. Además, la chica se me acercó con el balanceo de un modesto yate agitado por la más violenta tempestad, se detuvo a dos pasos de distancia y tornó a sonreír y entornar uno de sus párpados. Toda mi timidez desapareció de golpe como nieve caída en pleno Sáhara, abandoné la banqueta, me incliné ceremonioso y la invité con una elegancia capaz de enrojecer de envidia al mismísimo Brummel.

—¿Querría hacerme el honor de aceptar un modesto «*whisky*»?

—Prefiero un «Cuba Libre» —replicó, sin dejar de sonreír, apresurándose a ocupar la banqueta que yo acababa de abandonar.

Hice una seña al «barman», que trajo la bebida indicada; la chica me dirigió una mirada que aceleró el ritmo cardíaco de mi pobre corazón; me arreglé instintivamente el nudo de la corbata, y todo comenzó bajo los más rosados auspicios. Como callase, porque nada me parecía mejor que admirar de cerca sus increíbles perfecciones, me invitó, con voz acariciante:

—Diga algo, amigo.

—No podría hacer otra cosa que hablar de usted —repuse, y era verdad.

—Pues no se detenga por mí. ¿O cree que hay conversación más

agradable para ninguna mujer?

Quizá no tenga la facilidad de palabra de Addlai Stevenson, pero sé lo que conviene decir en momentos determinados; precisamente, lo que nuestro interlocutor desea oír. En aquel caso no hacía falta inventar nada, ni forzar la imaginación. Con la verdad y lo que estaba a la vista, había más que suficiente. Me lancé como si tratase de ganar un campeonato, y hablé y hablé, alentado por las miradas y las sonrisas de mi encantadora oyente. Todavía me quedaba mucho por decir, cuando una mano pesada cayó sobre mi hombro izquierdo, y una voz melodiosa, como el mugido de una vaca, me aconsejó en tono de paternal deferencia:

—¡Cierra el pico y desaparece si amas tu integridad física!

Sólo dispongo de una cara, y no siento el menor deseo de que me la afeen un poco más. Pero además de la cara tengo otras cosas, y no me agrada que me interrumpen cuando hablo con una dama ni que nadie presuma de valiente a costa de mi educación y prudencia. Sin embargo, y en contra de mis más caras convicciones ideológicas, logré dominar el impulso de contestar con un mazazo en la mandíbula o un puntapié en el estómago, y pregunté a la muchacha:

—¿Es algo suyo, *miss*?

—Tan mío como el Capitolio de Washington o el puente de Oakland —replicó la chica, en cuyas palabras creí percibir tanto asco por nuestro interruptor como desprecio por lo que juzgaba cobardía mía.

—¿Oscilas, sí o no? —Tornó a mugir el recién llegado, acentuando la presión de su mano sobre mi hombro izquierdo.

Me volví a mirarle. Tenía el tipo de

King-Kong

y el rostro de Boris Karloff; pero debía creerse, a juzgar por la importancia que se daba, un Rodolfo Valentino en lo bonito y un Primo Carnera en lo corpulento. Tuve que sacarle de su error, y lo conseguí con una rapidez que a mí mismo me dejó sorprendido y admirado.

Sin levantar la voz, le llamé una de esas palabras que no aparecen en los diccionarios; me contestó con un directo a la mandíbula, que creía capaz de sumirme en el más profundo de los sueños, y se lo devolví generosamente, multiplicado en número y

potencia. A los dos minutos, su cara estaba perfectamente caracterizada para interpretar a Frankenstein, excepto que tenía los ojos cerrados, se hallaba tendido en el suelo y no lograba incorporarse, por más que pugnaba por recuperar una verticalidad poco acorde con su especie zoológica.

Cuatro camareros tuvieron que llevársele cogido por las cuatro extremidades; se disolvió con lentitud el grupo de curiosos reunido en torno nuestro, y, tras recibir una sonrisa de gratitud de mi encantadora acompañante, seguida de una admirada comprobación de la dureza de mis bíceps, pedí otro doble de «*whisky*».

—¡Un dólar por tus pensamientos! —dijo la muchacha, a lo que indudablemente no hacía feliz la silenciosa adoración de los hombres.

—¡No te valores tan bajo, preciosidad! —repliqué, rápido—. En un millón serías regalada...

—Con que me invites a unos cuantos «Martinis» me doy por satisfecha. Moví la cabeza en gesto negativo. Adoro a las mujeres, y jamás me parecen demasiado generosas, acaso porque nunca satisfacen por entero mis demandas. Pero hay algo que no acepté de ninguna: dinero. Y no es que me sobre, naturalmente, que cuando cambio un billete de cien dólares se me oprime el corazón al pensar que acaso no encuentre otro ejemplar de la misma especie. Sin embargo, si alguna insiste en hacerme partícipe de su riqueza —y las hubo que lo pretendieron, aunque parezca jactancia decirlo—, solemos terminar de muy mala manera.

—Punto y aparte, dulzura —dije, sujetándola el brazo para que no abriese el bolso, colocado sobre el mostrador—. Pago yo, y basta. Hablemos de otra cosa, si te parece. ¿Quién es Joe Louis?

Entendió perfectamente a quién me refería, pero tardó medio minuto en contestar mientras paladeaba la bebida que el «barman» acababa de colocar ante ella. Luego replicó, desdeñosa:

—Un estorbo, del que deseo librarme para siempre.

—Comprendido —murmuré—. Vienes a realizar la cura, ¿no?

—¿Qué cura? —preguntó, demostrando no haber entendido el significado de mis palabras.

—La de todas. ¡Mira ese cartelito! «Seis semanas de residencia en Nevada y...»

—¡Oh, no! —me interrumpió, con una carcajada—. Joe no es mi

marido. Ni siquiera mi novio. Soy soltera.

—Yo también. Entonces, apartado número dos: «En cinco minutos, sin trámites engorrosos ni precisión de consentimiento paternal...». ¡Ah, una ligera «pega»! ¿Has cumplido los dieciocho años?

—Por segunda vez, no; la primera fué hace siete. Como ves, demasiado vieja.

—Para mí, no, porque te llevo doce. Quizá no te agradan los viejos.

—Cuando tienen tu aspecto y tus puños, sí. Siento debilidad por los «duros».

—Me costará trabajo serlo, de continuar mirándome.

A la media hora de habernos encontrado parecía como si hubiéramos nacido el uno para el otro. A ningún hombre le habría disgustado la perspectiva, y yo no soy una excepción. De pronto advertí que aún no conocía el nombre de la muchacha, y se lo pregunté.

—Elizabeth —respondió—; pero llámame Liz. ¿Y tú?

—Robert Stern —contesté—. Bob, para los amigos.

No me dijo su apellido ni me preocupó averiguarlo. Con Liz tenía más que suficiente, igual que a ella le bastaba con Bob, porque ni una sola vez se le ocurrió llamarme de otra manera.

Recorrimos la Main Street de punta a punta, haciendo escalas en clubs, bares, tabernas y casas de juego. No recuerdo lo que bebimos en cada sitio; pero en todos ingerimos algo. Como todas las puertas de la citada calle conducen directamente a alguna barra, nada tiene de extraño que al concluir el delicioso paseo la tierra temblase un poco bajo mis pies.

—¿Sabes si hoy ensayan alguna bomba en Frenchman Fiat? —pregunté, al abandonar el Nudget Hall y divisar una especie de llamarada rojiza tras las montañas que bordean la zona de experimentos de armas nucleares del Ejército en Nevada.

—Supongo que no —replicó Liz—. ¿Eso? Es el sol que sale, y el alcohol que empieza a no caberte en el cuerpo.

Quise demostrarle que aún podía aguantar tres o cuatro botellas de «*whisky*» sin rodar por el suelo, pero la chica tenía un plan mejor. Cogiéndome del brazo, me llevó donde tenía aparcado su coche, y con la más prometedora de sus sonrisas, preguntó:

—¿Querías hacerme un gran favor?

—¡Seguro! —contesté sin vacilaciones, dispuesto a emprender por ella cualquier empresa heroica—. ¿De qué se trata?

—Llevarme hasta Gypsum Cave, a orillas del lago. Es un sitio encantador, no habrá nadie a estas horas, y los dos solos, al amanecer, frente a la grandeza maravillosa de la Naturaleza...

¡Lo llamaba un favor! Setenta millones de americanos darían con gusto diez años de vida por pasar unas horas en compañía de aquella beldad en mitad del campo y sin testigos molestos. ¡Y no precisamente por admirar el cauce atormentado del Colorado ni las obras gigantescas de Boulder Dam!

El coche, un vulgar «Ford», no estaba de acuerdo con la «clase» de su propietaria. Un «Cadillac», un «Rolls» o un «Alfa Romeo» habrían estado más en consonancia. Pero el verdadero mérito es siempre modesto, y Liz quería, sin duda, pasar inadvertida. Por lo menos mientras se ocultase en el interior de un auto. Porque andando a pie...

Se puso al volante, y se lo agradecí, porque el alcohol y la proximidad de la muchacha ofuscaban un poco mi cabeza y era fácil que, por mirarla a ella, me olvidase de mirar la carretera. Pisó el acelerador, y la aguja cuentamillas pegó un salto. De haber policías de tráfico por allí, nos habríamos ganado una buena multa. Pero su ausencia era un encanto más que añadir a los muchos que Nevada reservaba para los turistas adinerados.

Cruzamos como una exhalación North Las Vegas, y en quince minutos dábamos vista a la cumbre pelada del Muddy Peak, que el sol naciente teñía de un rojo intenso. Sin aflojar la marcha, Liz tomó por una carretera secundaria que, atravesando el Valley of Fire, ganaba las orillas del Mead Lake, considerablemente ensanchadas por la construcción del dique. Luego, con un frenazo brusco, que a punto estuvo de lanzarme contra el parabrisas, detuvo el coche junto a un bosquecillo de pinos enanos.

—Tendremos que dar unos pasos —indicó, abriendo la portezuela de su lado—; pero el lugar merece la pena.

La seguí, aunque no tenía muchas ganas de andar. Atravesamos el bosquecillo, descendimos por una suave pendiente y dimos vista a un arroyuelo de aguas cristalinas que serpenteaba por entre las rocas antes de ir a perderse en el lago cercano.

No siento entusiasmo por los paisajes, acaso porque la única belleza natural que me ilusiona sea la femenina, ni estaba en aquel momento en las mejores condiciones para disfrutar de la contemplación de ninguno. Admito, sin embargo, que merecía la pena mirar dos veces el que Liz me mostraba, aunque yo creyera que el esfuerzo de mantener los ojos abiertos estaba más justificado por no perder de vista un solo segundo a mi acompañante.

—Aquí, a orillas del riachuelo, estaremos a gusto. Creo que a su lado hubiese estado a gusto incluso en Hiroshima el día del ensayo general con todo de la bomba A, pero no quise desilusionarla diciéndoselo. Me dejé llevar a donde quería, e incluso acepté resignado el sacrificio de apartar la mirada de su cara para fijarla por un momento en el arroyo.

—Parece que hay muchos peces —dije, por decir algo.

—Son truchas —respondió, con aire de suficiencia—. Es un criadero para repoblar el lago. Echan aquí millares de alevines, y cuando crecen los dejan bajar hasta el Mead.

Las truchas no me han interesado nunca, salvo servidas en un buen restaurante, pero por complacer a Liz, que tan satisfecha hablaba, demostrando insospechados conocimientos en la materia, volví a mirar al riachuelo, a cuya orilla acababa de sentarme. Advertí entonces que su cauce estaba dividido en pequeños compartimientos por espesas telas metálicas. En cada uno de aquellos compartimientos, los peces eran de diferente tamaño. En el que teníamos más cerca, debían haberse confundido los vigilantes, poniendo más alevines de los que cabían, o la escasez de espacio era debida al aumento de tamaño de los peces. En cualquier caso, uno tenía la impresión que con sólo cerrar la mano dentro del agua ya podía hacer una buena pesca.

Un momento me distraje mirando las truchas, pero al siguiente me aburrió el espectáculo, y volví la cabeza para mirar a Liz, que de pie a mi lado me contemplaba sonriente. Por efecto del alcohol o de que llevaba dos días sin dormir seis horas seguidas, los párpados me pesaban tanto, que apenas si conseguía mantener los ojos abiertos. La chica se dio cuenta, e inquirió:

—¿Qué tal te sentaría ahora una taza de café bien cargado?

—¡Maravillosamente! —repuse—. Lo malo es que no hay quién me la pueda servir.

—¿No crees que puedo hacerlo yo? ¡Pues aguarda un instante, querido! Llevo un termo en el coche y...

Corría hacia la carretera antes de que tuviera tiempo de esbozar el menor gesto de protesta. Por fortuna, su ausencia no duró arriba de tres o cuatro minutos. Al volver traía un termo y dos vasos.

—¡Tómalo de un trago! —dijo, entregándome uno lleno—. Te despejará la cabeza.

—¿Y tú? —argüí—. Aunque has bebido mucho menos, creo que lo necesitas también.

—Seguro que sí —admitió, mientras llenaba el otro vaso—. A los dos nos hace bastante falta.

Supuse que el líquido estaría en condiciones de ser ingerido en el acto, y me llevé el recipiente a la boca. El café me quemó los labios, y aparté el vaso con violencia. Con tanta fuerza, que su contenido fué a parar al arroyuelo.

—¡Está ardiendo! —protesté, malhumorado—. Podías haberme advertido de que no hay manera de tomarlo.

—¡No exageres, querido! —contestó, burlona, Liz—. Está caliente, como debe estar; pero se puede beber sin aspavientos. Acabo de hacerlo y...

—¡Debes tener la garganta de amianto! —murmuré, estupefacto, al volverme y comprobar que la chica tenía vacío el vaso que medio minuto antes le había visto llenar.

—Resisto un poco el calor, y eso es todo —repuso, encogiéndose, de hombros—. Deja que te sirva otro vaso. Empiezo a pensar que lo necesitas más de lo que pensaba.

Temí a llenar el vaso, dejando luego el termo en el suelo, por si luego quería tomar un poco más. Volví a asombrarme de la rapidez con que había bebido cuando advertí cómo el líquido calentaba el recipiente que tenía en la mano. Lo llevé a los labios, ahora con las lógicas y naturales precauciones, y resolví que no habría manera de ingerirlo como no se enfriase un poco.

—¡Bebe de una vez! —exclamó, impaciente, Liz, viendo mis vacilaciones.

—Prefiero esperar dos minutos a escaldarme la boca —respondí.

Se me ocurrió entonces que introduciendo parte del vaso en el agua, conseguiría que perdiese con rapidez el calor que le sobraba. Al inclinarme para hacerlo descubrí la mancha oscura formada por

el café que tiré unos segundos antes. Pero también descubrí algo más extraño y sorprendente.

—¡Fíjate en ese pez, dulzura! —exclamé, llamando la atención de la muchacha hacia el criadero de truchas—. ¡Si no se ha vuelto loco de repente...!

Lo parecía por lo menos. Nadaba veloz, haciendo las más extrañas cabriolas. Tan pronto se hundía hasta tocar el fondo arenoso, como ascendía rápido a la superficie, sacando incluso la cabeza fuera del agua y abriendo la boca de una manera ridícula. De pronto, mientras lo miraba, tuvo una violenta convulsión y quedó inmóvil, flotando panza arriba sobre las aguas.

—¡Qué raro! —comenté—. ¡Morirse de repente, sin ninguna causa! Y aquel otro, también comienza a hacer cosas desconcertantes...

No era uno, sino otros dos, los que se entregaban a las mismas cabriolas que habían conducido a la muerte al que primero llamó mi atención. Y los tres, como advertí de pronto, se encontraban en el sitio donde cayó el café.

—¡Hum! —murmuré, pensativo—. O el café no les sienta bien a las truchas, o éste... ¿Qué opinas tú, encanto?

Me sorprendió que Liz guardase silencio, y volví la cabeza, no sin perder antes medio minuto en ver morir al segundo de los peces. Contra lo que daba por descontado, la chica no estaba a mi lado. Corría con toda la velocidad que le permitían sus piernas —y en aquel instante demostraba una sorprendente agilidad— hacia el punto de la carretera en que había dejado el coche.

—¡Eh, tú, preciosidad! —la grité, poniéndome en pie y sin acabar de comprender aún lo que sucedía—. ¿Has visto algún puma dispuesto a devorarte?

Siguió corriendo, sin molestarse en volver la cabeza. Sorprendido y desconcertado, miré en torno mío, buscando alguna explicación a su incomprensible actitud. En el suelo, sobre la arena, vi entonces una manchita oscura. Un pensamiento cruzó rápido por mi cerebro: en lugar de tomarse el café, como quiso hacerme creer, Liz lo había tirado. ¿Por qué? La muerte rápida de las pobres truchas podía, y debía, ser la contestación.

Eché a correr a mi vez, tratando de darla alcance.

Pero me llevaba treinta o cuarenta yardas de ventaja, el alcohol

entorpecía mis movimientos y la carretera estaba muy cerca. Cuando llegué, sólo conseguí verla perderse en un recodo, marchando a toda velocidad, con el «Ford» envuelto en una nube de polvo. Ni siquiera, aunque lo intenté, pude distinguir el número de la matrícula, por el que hasta entonces no me había preocupado.

—No serviría de nada —dije en voz alta, procurando consolarme del fracaso—. Probablemente estaría cambiado.

Regresé, pensativo, a orillas del riachuelo. Encontré el termo y comprobé que aún estaba medio lleno. Quise convencerme de que era aquel café lo que provocaba la rápida defunción de los peces y eché una parte en un lugar del criadero donde más abundaban las truchas y la corriente era totalmente imperceptible.

Tres minutos bastaron para que no pudiese caberme la más ligera duda. Cuatro pececitos que tuvieron la malhadada ocurrencia de injerir algunas gotas del café flotaban poco después inmóviles sobre las aguas. Cogí dos de ellos. Estaban muertos.

«¡Y si no se le ocurre servírmelo tan caliente, yo estaría igual en este momento!».

El viaje de retorno a Las Vegas fué mucho menos alegre y divertido que el de ida. No sólo porque tuve que hacer a pie cinco o seis millas antes de encontrar un coche que aceptase llevarme hasta la ciudad, sino por los pensamientos que me embargaban.

Había alguien, indudablemente, a quien molestaba mi estancia en Nevada y procuraba abreviarla, acortando de paso el número de mis días sobre la tierra.

¿Quién? Si hubiese ido a Las Vegas con una misión determinada, persiguiendo a cualquier individuo, la respuesta habría resultado fácil. Lo malo, aunque hasta media hora antes pensaba de manera diametralmente opuesta, era que llevaba unos días sin hacer otra cosa que divertirme.

Son muchos los caballeros, cuya lucrativa y poca honesta carrera terminó en St. Quentin o Alcatraz, que me consideraban culpables de su encierro. Otros tantos, por lo menos, no podían considerarme culpable de nada, porque luego de enfrentarse conmigo dejaron de pensar y sentir de una manera definitiva. Pero todos ellos tenían familiares, amigos y cómplices que acaso no pudieran resistir la tentación de vengarlos; y alguno de los encarcelados podía haber recobrado la libertad.

Resultaba raro, sin embargo, que eligiesen Las Vegas como lugar adecuado para darme un disgusto. Nadie, ni siquiera yo mismo la víspera de emprender el viaje, podía conocer mi próxima visita a la ciudad del desierto. Nadie pudo, por tanto, preparar nada con anticipación. Cabía, naturalmente, que hubiera coincidido casualmente con algunos de mis numerosos enemigos. Pero yo no creo en casualidades ni coincidencias, y la atrayente Liz realizó su trabajito con una perfección que excluía las improvisaciones.

—La única explicación es que sepan a lo que he venido.

Tampoco aquello acababa de satisfacerme. Siendo el interesado, y llevando tres días ya en Las Vegas, aún desconocía yo los motivos que determinaron mi rápido e inesperado viaje desde Los Ángeles. Quien ordenó el traslado no se molestó en decirme gran cosa, ni yo se lo pregunté, convencido por anticipado de que no hablaría sino cuando lo juzgase conveniente.

—Toma el primer avión y vete a Las Vegas —oí de labios del inspector Barnett, una tarde en que acudí a su despacho llamado por teléfono—. Recibirás unos cientos de dólares y no tendrás que hacer otra cosa que jugar, beber, admirar todas las chicas guapas que encuentres y divertirte.

Ni que decir tiene que el programa me pareció encantador y que me dispuse a cumplirlo, no al pie de la letra, sino introduciendo alegres variantes y ampliaciones. Pero no soy del todo tonto, conozco al inspector Barnett como si fuera mi padre —y podía serlo por la edad y por las muchas veces que salió en mi defensa—, y sabía que el viaje en proyecto tendría por fuerza otra finalidad distinta a la de procurarme una temporada de solaz y esparcimiento.

—¿Y después, qué? —pregunté, receloso.

—Después tendrás algo delicado y confidencial que hacer. Pero no anticipemos acontecimientos. Por ahora, no tienes otra misión que pasarlo bien. Cuando llegue el momento, te daré instrucciones. ¡Ah, y no te olvides telefonarme todas las tardes a esta misma hora!

Prometí hacerlo y lo hice. Pero en nuestras charlas telefónicas se limitó a interesarse por mi estado de salud. Sólo la víspera añadió:

—No creo que pierdas el tiempo. Dando vueltas por los clubs nocturnos, los salones de juego, los bares y las tabernas, te

empaparás del ambiente local, y es posible que encuentres a muchos antiguos conocidos.

Encontré, desde luego, a bastantes conocidos; la mayoría de los cuales fingían estar muy distraídos cuando los miraba, o simulaban un ataque de amnesia si les dirigía la palabra. Pero todos carecían de relieve, y ninguno tenía la importancia precisa para justificar los setenta dólares diarios del Hotel Paradis, ni los ochenta o noventa que me gastaba sin duelo una noche sí y otra también.

—Parece, sin embargo —decía unas horas después de mi regreso de Valley of Fire, hablando con el doctor Craig, jefe del laboratorio del Bellevue Hospital, a quien conocía de cuando realizaba sus prácticas de la Universidad de California—, que alguno se sintió tan amenazado por mi presencia que decidió liquidarme.

Le entregué el termo, casi mediado aún de café, para que analizase su contenido. No esperaba, naturalmente, que aquello sirviera para descubrir al individuo que confió a la encantadora Liz la delicada misión de mandarme al otro barrio, pero tenía curiosidad por saber cómo hubiese muerto de llegar a injerir aquella pócima.

—Aunque sólo sea para hacerle beber una semejante, al que la preparó, el día que le encuentre.

Craig tardó veinticuatro horas en sus análisis, y yo las empleé, casi íntegras, en buscar por todas partes a la muchacha, al individuo con quien me peleé por culpa suya en el Pioneers Club, y el «Ford» en que me llevó a dar un paseo, del que estuve a punto de no volver nunca. No conseguí nada. A los tres parecía habérseles tragado la tierra, y pese a la explosiva belleza de la chica no encontré a nadie que la recordase.

—¡Hay tantas mujeres guapas en Las Vegas! —exclamó el «barman» del Pioneers, como explicación de su olvido de mi compañera de la víspera.

No le faltaba razón, aunque me disgustase oírle. Las Vegas tiene, oficialmente, veintiséis mil habitantes, pero no hay día ni noche que no albergue como mínimo a un número tres veces mayor de personas. Entre millón y medio y dos millones de turistas pasan anualmente por sus hoteles, salas de juego, clubs nocturnos y tribunales de divorcio, que constituyen los principales atractivos de Nevada. Buscar allí a una mujer determinada, por bonita que fuese,

o un coche vulgar y corriente, eran ganas de perder el tiempo.

—¿Estás seguro de que hay alguien aquí que tenga interés en liquidarte? —me preguntó el doctor Craig, cuando me presenté a recoger el resultado de sus análisis.

—Puede haber tantos —repuse—, que, si los nombrase a todos, creerías estarme oyendo leer la guía telefónica.

—Pues ahórrate el trabajo, porque quien preparó el café no tenía intención de matarte —afirmó, sonriente—. Todo lo más, de gastarte una broma inocente.

—¿Inocente? —exclamé, malhumorado—. ¡Si hubieses visto morir a los peces, y pensado que podías terminar en igual forma, no te lo parecería!

—Pero tú no hubieses acabado así, aunque te hubieras bebido todo el contenido del termo. En el café había, en efecto, un narcótico. De efectos rápidos y un poco teatrales, pero totalmente inofensivo para un hombre de tu contextura. Todo lo más, te habrías dormido dulcemente durante quince o veinte minutos, despertando después sin la menor molestia.

—Sin embargo, las truchas...

—Pudo matarlas, como pudo matar a un ratoncillo. Pero tú o yo, o cualquier persona, tiene por fortuna mucha mayor resistencia que un pez o un ratón.

Insinuó dos hipótesis, ninguna de las cuales resultaba muy divertida para mí: que Liz hubiese querido darme una lección, castigando mis pretensiones donjuanescas, dejándome dormido y abandonado a doce o catorce millas de la ciudad, o que se tratase de una ladrona de escasa categoría ilusionada por les cien dólares que llevaba en la cartera.

Salí del Bellevue de peor humor que si Craig me hubiera dicho que el café contenía una fuerte dosis de arsénico. Pera mi vanidad masculina resultaba doloroso pensar que la chica que creí loca de amor no había, dejado de reírse de mi fogoso entusiasmo. Y la disyuntiva —que una ratera de ínfima categoría me considerase presa fácil para sus artimañas— constituía una bofetada sin manos para un agente del

F. B. I.,

que además se creía el espanto y terror de todos los «gangsters» de América.

Decidí seguir buscando a Liz y al que, no sabía exactamente por qué consideraba su cómplice, dispuesto a hacer con ellos un escarmiento que no les dejase ganas de volver a poner en práctica el mismo truco. Pero al poco rato hube de cambiar de idea. Hablé por teléfono como de costumbre con Los Ángeles y lo que Barnett me dijo significaba el fin de mis agradables vacaciones.

—Lo siento, muchacho, pero se acabó la diversión. Vas a tener que trabajar bastante y temo que no te quede tiempo para ninguna de tus acostumbradas aventuras sentimentales.

Aquella misma tarde había llegado a Las Vegas, procedente de Washington, un personaje al que debía buscar en su alojamiento del Fremont Hotel, poniéndome a su incondicional disposición.

—Nos pidió un agente audaz y con algo más que aire dentro de la cabeza. Yo di tu nombre en un momento de optimismo respecto a tu inteligencia. Estoy un poco arrepentido, pero ya es tarde para retroceder. Procura no dejarme en nial lugar.

—¿Qué tengo que hacer?

—Te lo dirá cuando le veas. Sin embargo, quizá puedas irte haciendo una idea con sólo saber de quién se trata: el senador Harold N. Krill.

Me lo figuré en el acto y no me hizo demasiada gracia. Senador desde hacía seis años, triunfante en dos elecciones pese a la violenta campaña desencadenada contra él, miembro del Comité de Actividades Antiamericanas, Harold N. Krill constituía una de las personalidades más combativas y combatidas de la política nacional.

Si hubo un rey no sé dónde que tenía la virtud de trocar en oro cuanto tocaba, lo que estuvo a punto de matarle de hambre, el senador no hacía ni decía nada que no provocase un violento escándalo, cosa que acabaría ahogándole según numerosos comentaristas. Demagogo perseguidor de brujas inexistentes en opinión de unos, benemérito patriota incansable en su tarea de descubrir traidores y desenmascarar espías de creer a otros, bastaba pronunciar su nombre en cualquier parte para que se encresparan las pasiones y se enzarzasen las más violentas discusiones.

A Krill parecía agradecerle todo aquello y constantemente echaba leña al fuego, lanzando nuevas acusaciones contra personajes y personajillos. Aunque no siempre podía probar sus acusaciones —lo

que le hizo quedar en ridículo muchas veces—, logró quitar la careta a varios tipos de aspecto honorable, haciéndoles abandonar lucrativos puestos oficiales para ingresar en diversas penitenciarías federales.

En justa correspondencia, y empleando métodos parecidos, sus adversarios hacían llover las acusaciones sobre su cabeza. Como ocurría con las formuladas por el propio senador, no todas estaban justificadas, pero algunas tenían, o parecían tener cuando menos, un fondo de verdad. Aun descontando lo que hubiera de exagerado y partidista en los ataques contra él, quedaba siempre como realidad palmaria que su pasado era un tanto turbio, que su vida privada tenía poco de ejemplar y que al amparo del escándalo que le envolvía no sólo había hecho una rápida carrera política, sino redondeado una fortuna bastante saneada.

Nunca me agradó la política ni nada relacionado con ella. Como agente del

F. B. I.,

he luchado y seguiré luchando con todas mis fuerzas por librar a la sociedad de indeseables de toda laya y condición. Pero la experiencia me ha enseñado que la política es un avispero en el que no conviene poner las manos. Son aguas generalmente turbias por las que nadan peligrosos tiburones prestos a devorar al primer incauto que se meta en ellas. Y si jamás simpatiqué con los tiburones, menos deseos tuve de convertirme en succulenta presa para sus fauces insaciables.

No sabía, naturalmente, a qué había ido concretamente el senador Krill a Las Vegas ni para qué deseaba la ayuda y concurso de un agente federal que reuniera determinadas condiciones. Pero fuera lo que fuese, estaba seguro de que acabaría provocando uno de sus acostumbrados escándalos, y yo ya tenía de sobra con los suscitados por mis llamados excesos de celo para desear verme mezclado en los organizados por otro.

De cualquier forma, el inspector Barnett me había dado una orden y yo no tenía más remedio que cumplirla. Telefoneé al Fremont, supe que el senador me esperaba y a la media hora estaba a solas con él en la lujosa «suite» que ocupaba en el hotel más caro de Las Vegas.

Aunque estaba cansado de ver a Krill en los noticiarios

cinematográficos y en la televisión, me sorprendió un poco su aspecto. Era un par de pulgadas más alto que yo, tan perfectamente conservado que nadie le calcularía los cincuenta que acababa de cumplir, y respiraba vitalidad, dinamismo y acometividad por todos los poros de la piel. Estrechó su mano con fuerzas que envidiaría un luchador de «catch», me dio una amistosa palmada en la espalda que me dejó dolorido durante cinco minutos el omóplato izquierdo y me sirvió un vaso grande de «*whisky*», que apuré mientras el senador examinaba con atención, los documentos acreditativos de mi personalidad.

—Bien, muchacho —dijo, satisfecho, al devolverme el carnet—; creo que puedo hablarle con entera franqueza. Voy a encomendarle una tarea difícil, no exenta de riesgos personales. Pero si triunfa, como espero y deseo, puedo garantizarle una felicitación entusiasta de sus jefes y un ascenso inmediato.

Arrugué el ceño sin poderlo remediar. Son muchas las veces que me han prometido rápidos ascensos, y al cabo de los años continuó siendo un simple agente especial. No me quejo, porque junto a méritos que considero indiscutibles me he tomado libertades personales que a otro le hubiesen costado una expulsión fulminante. Lo señalo, simplemente, para que se comprenda que las palabras del senador no aceleraron los latidos de mi corazón.

—Tendrá que ayudarme a descubrir y desenmascarar a un individuo que constituye la más grave amenaza para el presente y el futuro de nuestro país. Es habilidoso, inteligente y carece totalmente de escrúpulos. No dudará en recurrir al crimen si se ve en peligro, y su primera víctima podemos ser usted o yo, si no decide suprimirnos a los dos al tiempo.

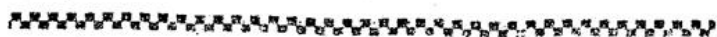
—Hubo algunos que lo intentaron conmigo en el pasado —repliqué con una sonrisa de suficiencia—, pero ninguno pudo repetir el intento. ¿Cómo se llama o qué señas tiene el tipo que le interesa?

—Lo ignoro. Le conocí mucho, fui su mejor amigo incluso en la época en que se llamaba Ian Grosick y recuerdo perfectamente su cara. Pero eso no le serviría de nada.

—¿Por qué? —Traté de saber.

—¡Porque —fué la inesperada respuesta de Kril!—. Ian Grosick se mató en mil novecientos cuarenta y cinco en un accidente de

automóvil y fué enterrado en el Holy *Cross* Cementery de Brooklyn.



ANTES, AHORA Y SIEMPRE TRIUNFA EL

F. B. I.

UNICA COLECCION EN EL MUNDO
QUE REFLEJA LA AZAROSA VIDA DE LOS FA-
MOSOS AGENTES NORTEAMERICANOS.

¡COLECCION TRADUCIDA A OTROS IDIOMAS!

II

EL MUERTO ESTA VIVO



A sorpresa me dejó un instante sin habla. Miré desconcertado a Krill, temeroso de que quisiera hacerme objeto de una broma estúpida, pese a que parecía hablar en serio. Tras una breve pausa, y adivinando lo que pensaba, el senador añadió:

—No se trata, naturalmente, de perseguir ningún fantasma. En el registro correspondiente existe una partida de defunción a nombre de Ian, cuya copia puedo mostrarle; también hay en el cementerio de Brooklyn una tumba con una lápida que ostenta el mismo nombre. Sin embargo...

—Usted tiene la seguridad de que no es Grosick quien la ocupa, ¿verdad?

—Hasta hace veinte días no abrigué la más ligera duda. Aunque no estaba en Nueva York al ocurrir el accidente, leí en diversos periódicos la noticia, y en todos se nombraba a mi amigo como víctima del suceso, en el que había resultado con heridas de extrema gravedad. Posteriormente supe que había muerto en el King Hospital e incluso hablé con diversos conocidos que asistieron al entierro. Ni a ellos ni a mí se nos pasó siquiera por la imaginación la idea de que Ian pudiera seguir viviendo.

—¿Por qué lo piensa ahora? —pregunté—. ¿Han exhumado el cadáver, acaso, comprobando que se trataba de distinta persona?

—No. Fue lo primero que se me ocurrió, pero desistí por considerarlo inútil. Al cabo de once años es tan difícil identificar un cadáver como descubrir las causas de su muerte, salvo cuando existan grandes fracturas óseas. ¿Ropas, efectos de uso personal, dientes postizos o algo de semejante valor? ¡Bah! Si enterraron a otro en lugar de Grosick ya tendrían buen cuidado de elegir un tipo de estatura parecida, al que pondrían encima todo lo que sirviese para tomarle por Ian.

—Podría haber una buena prueba —insistí— de no haber muerto Grosick: que el ataúd estuviera vacío.

—También lo pensé, pero rechacé en el acto la idea. La sepultura está ocupada con toda seguridad; no por mi amigo, sino por otro, pero ocupada. Dejarla vacía hubiera sido un grave error en el que ciertas gentes no incurren jamás.

Anticipándose a nuevas preguntas mías negé que nadie hubiera visto o tenido noticias directas de Grosick con posterioridad a la fecha de su pretendida muerte. Sin embargo, tenía el pleno convencimiento de que estaba vivo.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque hace exactamente veinte días alguien trató de hacerme víctima de un chantaje, basado en algo que únicamente Ian conocía y sólo él podía plantear en la forma amenazadora y bruta, pero habilidosa e inteligente a un tiempo, en que me fué planteado.

Acogí sus palabras con marcado escepticismo. Antes de morir, Grosick pudo comunicar a otro u otros lo que sabía y cualquiera de ellos aguardar una ocasión propicia para hacerse pagar su

conocimiento en la forma que más les conviniera. Si era aquélla la única prueba del senador respecto a la muerte de Ian...

—Tengo otras, claro está —afirmó como si leyera mis pensamientos, al cabo de un minuto de silencio—. Tan pronto como pensé que podía estar vivo realicé una serie de averiguaciones en el King Hospital, donde se aseguraba que había muerto. Y el resultado fué la plena certidumbre de que todo había sido una habilidosa suplantación.

Utilizando diversos detectives privados, y un poco favorecido por la fortuna, consiguió dar con un médico que trabajaba como interno en el hospital en la fecha del suceso. Recordaba el nombre de Ian Grosick, pese a los años transcurridos, no sólo por ser poco corriente, sino por tratarse de uno de los primeros pacientes a quienes vio morir. Había ingresado en el hospital con fractura de la base del cráneo y fueron inútiles todos los esfuerzos de la ciencia por salvarle.

—Pero estaba seguro, totalmente seguro, de que el individuo tenía alrededor de cincuenta años. ¡Y Grosick acababa de cumplir los treinta por aquellos días!

No satisfecho aún, Krill le mostró una fotografía que guardaba de su viejo amigo. Sin la menor vacilación, él médico negó que el retratado se pareciese en nada a su antiguo paciente. Indudablemente se trataba de un error. ¿No estarían confundidos, y la «foto» sería del otro individuo que ingresó en el hospital a consecuencia del mismo accidente automovilístico?

—¿Advierte alguna semejanza entre ambos? —preguntó, interesado, el senador.

El médico no pudo contestarle. En realidad, jamás vio la cara del segundo herido. Al saltar hecho añicos el parabrisas del coche que conducía, los cristales le destrozaren materialmente el rostro. Permaneció largas semanas en el hospital, pero siempre con la cabeza vendada.

—Sólo puedo decirles que de su curación se encargó el doctor Schull, una verdadera notabilidad en cirugía plástica.

Cuando el senador trató de hablar con Schull, supo que llevaba tres años muerto. Supo algo más, también: que se trataba de un judío alemán huido de su patria al advenimiento de Hitler y que pertenecía, por extraña y significativa coincidencia, al mismo

partido que servía Ian Grosick con todo entusiasmo.

—Los ficheros del King Hospital nos permitieron averiguar que aquel otro herido decía llamarse Robinson Fleming. Una de las enfermeras, que le recordaba vagamente, afirmaba que Schull hizo con él una obra de arte, pero no pudo precisar las señas que tenía cuando salió de la clínica.

En la ficha del supuesto Fleming aparecía como domiciliado en una calle determinada de Albany. Pero cuando los detectives pagados por Krill se trasladaron allá supieron, no sin el natural asombro, que el individuo era total y absolutamente desconocido.

—Todas las gestiones por descubrir su paradero o sus antecedentes fracasaron estrepitosamente. Robinson Fleming parecía haber caído del cielo en el King Hospital, desvaneciéndose como una sombra apenas salió totalmente curado.

—Y usted, naturalmente, supone que fuera su amigo Ian Grosick —comenté.

—¿Qué otra cosa podría pensar? Por si alguna duda pudiera caberme investigué en los archivos de la Policía local y me encontré con que el famoso accidente de que le estoy hablando no fué un choque de automóviles, como creíamos, sino el despiste de un solo coche que fué a estrellarse contra un árbol. Oficialmente no hubo más que un herido, que falleció a las pocas horas: Ian Grosick. ¿Qué le parece?

Empezaba a pensar que pudiera tener razón. Krill no era hombre a que le gustase perder el tiempo y no habría realizado tantas averiguaciones sin un motivo poderoso. Era indudable que su antiguo amigo le inquietaba como ningún muerto podía inquietarle. Pero ¿quién era exactamente Ian Grosick?

—Para que lo comprenda —replicó el senador, tras una breve y perceptible vacilación—, he de contarle algo de mi vida, que quizá conozca porque mis enemigos se han cuidado de airear ciertos episodios juzgándolos vergonzosos, cuando en realidad constituyen mi más legítimo timbre de orgullo.

Desde antes de comenzar la segunda guerra mundial, Harold N. Krill, abogado sin pleitos ni clientela y periodista y comentarista de radio, ambicioso y audaz, había simulado dejarse convencer por los argumentos de ciertos intelectuales de tipo progresista. Ingresó en una de sus células, se movió, con habilidad dentro de la

complicada y secreta maquinaria interna de la organización y logró llegar cerca de las alturas.

—Conocí a mucha gente y me enteré de no pocos contubernios, tan vergonzosos como insospechados. De todo ello tomé buena nota, seguro de que algún día podía resultar valioso para la defensa de nuestra patria. Pero guardé las apariencias mostrándome en todo momento tan fanático como las personas que me rodeaban.

Poco a poco, y merced a una labor tenaz y perseverante, Krill vio confirmadas las sospechas que le indujeron a ingresar en el partido. Aunque las gentes no le concedían aún la menor importancia, constituía un núcleo activo e inteligente capaz de socavar los cimientos de la sociedad americana.

—Callé mientras duró la guerra y figuró como aliada nuestra la potencia a la que servían. Pero cuando llegó la paz y la alianza momentánea se trocó en abierta hostilidad consideré un deber inexcusable desenmascarar a los traidores dispuestos a apuñalarnos por la espalda.

Aunque tuve buen cuidado de no contradecirle, recordé mientras le escuchaba que los ataques del senador contra sus antiguos camaradas no comenzaron precisamente al concluir la contienda, sino dos años después. Y que frente a su versión de las causas que le hicieron romper con el partido circulaba otra que aludía a ciertas irregularidades de tipo administrativo que determinaron su expulsión.

—Todo eso es muy interesante —comenté cuando se detuvo para encender un puro y me ofrecía otro, que rechacé con un leve ademán—. Pero ¿qué hay de Grosick?

—Pensaba hablar de él inmediatamente —contestó—. Le conocí en mil novecientos cuarenta o mil novecientos cuarenta y uno. Era de origen letón, pero llevaba muchos años aquí y estaba naturalizado americano. Creo que había estudiado en Yale, aunque no sé de una manera exacta qué carrera. Podía ser cualquiera porque demostraba una cultura enciclopédica y disertaba con igual acierto sobre economía y arte, sociología y matemáticas, literatura y ciencias físicas o naturales.

A su talento excepcional unía un valor frío, una audacia sin límites y una total ausencia de prejuicios morales. Para él lo único que contaba era el triunfo del ideal perseguido, sin importarle los

medios que hubiera de poner en práctica ni el daño que pudiese ocasionar a sus semejantes.

—Hemos de ser como el cirujano —afirmaba a menudo—, que saja, corta y amputa, convencido de que sólo así puede salvarse el enfermo. Un momento de duda, una vacilación sensiblera y la operación será un fracaso, seguido de la muerte inevitable del paciente.

Ian sostenía que la Humanidad estaba gravísima y que únicamente podría salvarse con una terapéutica brutal, aplicada a raja tabla. Sólo ellos, que habían diagnosticado el mal, estaban en condiciones de curarlo, pero a base de extirpar todo lo podrido sin conmovirse por la sangre que sería preciso derramar.

—Una compasión mal entendida precipitaría el final del enfermo. Cuando la infección alcanza límites extremos, los emplastos no sirven para nada; hay que recurrir al bisturí.

Hablaba con una frialdad que helaba la sangre en las venas. Era un fanático incapaz de admitir que nadie que pensase de diferente manera pudiera hacerlo impulsado por móviles nobles. Ninguno de los discrepantes pasaba de ser un bandido, ni merecía nada mejor que un balazo en la nuca o una cuerda al cuello.

Lo más sorprendente, increíble casi en un hombre de su cultura, era que creía lo que afirmaba. Y, más asombroso todavía, demostraba en todo momento un absoluto desinterés personal.

Con sus dotes intelectuales, a las que había que agregar una indudable prestancia varonil, hubiera podido triunfar en lo que se propusiera. En los negocios, en la abogacía, en la literatura e incluso en la política se habría abierto paso con vertiginosa rapidez. Con facilidad hubiese conseguido lo suficiente para hacer feliz a cualquier hombre, empezando por el dinero. Pero Grosick sentía un desprecio olímpico por todo y esencialmente por la riqueza.

—Era un loco, naturalmente. Genial, como lo son a veces los perturbados, pero loco —aseguró, pensativo, el senador—. Sin embargo, esta seguridad, lejos de tranquilizarme, aumenta mis temores. Porque son locos geniales precisamente quienes han provocado las mayores catástrofes en el curso de la Historia.

Teniendo en cuenta tales antecedentes, se comprendía que Ian no hubiese vacilado en cambiar de nombre, residencia, ocupación e incluso de cara, si de tal manera podía servir con mayor eficacia los

intereses del partido. En la euforia de los años de guerra, cuando mucha gente creyó que la alianza transitoria impuesta por las circunstancias sería duradera, Grosick había cometido un error capaz por sí solo de esterilizar o imposibilitar su labor en el futuro: exponer con demasiada claridad sus pensamientos y demostrar en repetidas ocasiones su indiscutible talento.

—Llegado el momento de la inevitable ruptura, y desvanecido el sueño engañoso de una pacífica coexistencia, América comprendería el peligro que la amenazaba y reaccionaría contra sus enemigos externos e internos. Y al buscar al cerebro director de la organización en nuestro país, un nombre se impondría a todos los demás: el de Ian Grosick.

Sólo existía un medio de evitar que la vigilancia policiaca subsiguiente y el encierro inmediato como primera providencia impidiera al partido utilizar sus grandes dotes: simular su muerte hacer creer a todos los que le conocían que había dejado de existir, variar no sólo su nombre, sino incluso su aspecto físico, y llevarle a donde conviniera que desarrollase sus actividades futuras, teniendo la precaución de no descubrir su manera de pensar.

—Hace tres semanas que comprendí las ventajas que para Grosick podía tener todo esto. Lo malo es que él y sus jefes de dentro o fuera de la Unión lo comprendieron con once años de anticipación.

Yo también lo comprendí sin calentarme la cabeza. Pero había algo que no acertaba a comprender: que el senador diera por seguro que su antiguo conocido, cualquiera que fuera su nombre y ocupación en la actualidad, hubiera ido a meterse en Las Vegas.

—No creo que el juego, la bebida, los divorcios rápidos o los matrimonios más rápidos aún interesen poco ni mucho a los enemigos de nuestro país. Si Grosick vive y es todo lo que usted dice, lo natural y lógico sería que estuviera en un gran centro industrial, en alguna planta atómica e incluso en el mismo Pentágono.

Cualquier sitio donde pudiese hacer algo que mereciera la pena, y no aquí, donde no hay más que casinos, ruletas, tahúres y damas elegantes ansiosas por librarse de un marido molesto o muchachitas tan ansiosas como ellas por cazar uno con dinero.

—A primera vista tiene usted razón —admitió Krill—. En el

fondo olvida dos hechos fundamentales: que hay gentes que se juegan lo que no tienen y en plena desesperación son capaces de vender su alma al diablo por un puñado de dólares que les proporcionen una oportunidad para resarcirse de sus pérdidas y que Frenchman Flatt está en pleno desierto pero a menos de cincuenta millas de Las Vegas.

Le di la razón mentalmente, avergonzado de mi estupidez. Durante el tiempo que llevaba en Las Vegas no había visto sino lo que veía cualquier turista despreocupado: que allí podía uno divertirse más y con mayor facilidad que en cualquier otro sitio. Pasé por alto que la zona reservada por el Ejército para la prueba de armas nucleares y proyectiles dirigidos estaba a un paso. Y que tanto los militares como los científicos aislados en la inhóspita topografía de Frenchman Flatt y sus alrededores, la ciudad cercana sería una tentación constante muy difícil de dominar y vencer.

Sin embargo, y una vez admitido todo esto, seguía sin ver clara la plena certidumbre del senador de que su antiguo amigo y actual preocupación tuviera que hallarse precisamente en Las Vegas. Por razones parecidas podía suponersele en Alamogordo, Coca Beach, Las Cruces o Cañaveral. Se lo dije, y el senador frunció los labios con algo parecido a una sonrisa. Un instante me miró pensativo, como si dudase en decir lo que pensaba. Al final se decidió.

—Existe una prueba definitiva —afirme—. ¡Mi mujer se encuentra en Las Vegas y ha presentado la semana pasada una demanda de divorcio!

Me puse en pie de un salto a impulsos de la sorpresa. Había esperado cualquier respuesta de Krill, excepto aquélla. En realidad, yo no estaba muy seguro —ni creía que pudiera importarme en lo más mínimo— de si era soltero o casado. Pero en cualquier caso, ¿qué relación podía tener su esposa y su proyectada separación con lo que estábamos hablando?

—Mucha mayor de la que yo quisiera y desearía —repuso el senador en tono amargado—. Antes de casarnos, mi mujer fué novia de Grosick. Ya entonces estaba yo enamorado de ella, pero no me hacía el menor caso, porque para ella no existía otro hombre en el mundo que Ian.

—Sin embargo —arguí por decir algo—, acabó casándose con usted.

—Un año después de la muerte de Grosick —puntualizó Krill—. Se hallaba con unas amigas en Lake Placid cuando ocurrió el accidente. Corrió desolada a Nueva York al saberlo, pero cuando llegó ya había sido enterrado el supuesto Ian. No pudo hacer otra cosa que llorarle. ¡Y vaya si le lloró! Tanto, que enfermó; hubo de pasar varios meses en un sanatorio, y sólo cuando había transcurrido mucho tiempo y se hallaba en plena convalecencia accedió a casarse conmigo.

En ningún momento, ni antes ni después de la boda, mintió a Krill acerca de sus verdaderos sentimientos. Como había querido a Grosick no podría querer a ninguno. Cumpliría lealmente sus deberes de esposa y confiada en que los años fueran cerrando la herida abierta en su ánimo por la desaparición del hombre amado. Era todo lo que podía prometer.

—Yo la quería y me pareció suficiente. Luego la realidad diaria se encargó de probar que estaba equivocado.

Su vida conyugal no había sido todo lo feliz que esperaba por anticipado. Constantemente la sombra de Ian, que creían difunto, se interpuso entre ambos, porque la mujer no llegó a olvidarle en ningún momento.

En su fuero íntimo, Krill reconocía que nada podía echarla en cara, porque se lo anunció con toda sinceridad antes de la boda. Abundaron los disgustos, no obstante, porque al senador le dolía que su pasión no fuera correspondida por entero.

—Pasamos temporadas enteras lejos el uno del otro; mis obligaciones políticas me retenían en Washington, y ella prefería pasar los inviernos en California, y los veranos en Nueva Inglaterra. Pero jamás insinuó siquiera la idea disparatada de solicitar el divorcio. Que lo haya hecho ahora y aquí, tiene para mí una significación inequívoca.

Torcí el gesto al oírle, porque me figuraba lo que vendría a continuación. Si se figuraba que su mujer se veía con Grosick, ningún procedimiento mejor para descubrir a éste que seguirla. Y espiar a una mujer no es tarea que me haga feliz. Por fortuna, el senador adivinó una vez más lo que pensaba y denegó rápido.

—Se lo digo únicamente como prueba de que Ian vive y se encuentra aquí, no porque piense encargarle de vigilar a mi esposa. Hacerlo me parecería denigrante e indigno. Aparte de que resultaría

inútil.

—¿Por qué?

—Grosick no tenía nada de tonto, y aunque le hayan cambiado la cara, su cerebro seguirá funcionando con la misma agudeza. Mi mujer puede haberle reconocido, o darse él a conocer por motivos fáciles de comprender. En cualquier caso me considera, no sin razón, como su peor enemigo, y no va a cometer la torpeza de ponerse estúpidamente en mis manos sabiendo que todas las ventajas estarán de mi parte si consigo desenmascararle.

Lejos de menospreciar la valía de su adversario, Kril le consideraba sumamente inteligente y peligroso. En aquel momento no sólo estaría enterado de la llegada del senador, sino de las gestiones realizadas en el King Hospital y en Albany. Debía, por lo tanto saber, suponer cuando menos, que su muerte había dejado de ser un hecho indiscutible, y que su antiguo amigo andaba tras de sus pasos.

—Tenga la seguridad de que no verá a mi mujer ni hablará siquiera por teléfono con ella. Y menos cuando se entere, que se enterará, de que un agente del

F. B. I.,

secunda mis esfuerzos por identificarle.

Recordé lo sucedido días antes con la atrayente Liz y estuve a punto de contárselo. Un momento pensé que Ian podía haberla utilizado para librarse de mí antes de que iniciará mi trabajo. Rechacé la idea porque Grosick no se habría contentado con hacerme injerir un narcótico inofensivo.

—¿Qué desea de mí, entonces? —pregunté, ligeramente desconcertado.

—Protección en primer término. Quiero que me acompañe siempre que haya de abandonar el hotel, donde me considero a cubierto de todo peligro y sabré defenderme si alguno inesperado se presenta. Cuando reciba visitas tendré siempre a mano este juguete. ¡Y le aseguro que lo sé manejar!



—¿Me permite darle algunos consejos respecto a la manera de utilizarla?

El juguetito era una soberbia Luger, que sacó del bolsillo para que la viese. Me permití darle algunos consejos respecto a la manera de utilizarla en caso preciso con un máximo de rapidez, haciendo varias demostraciones de la velocidad con que yo podía hacer fuego, aunque tuviera muy apartadas las manos del cuerpo.

Escuchó con interés lo que le dije y afirmó que no lo olvidaría.

—Probablemente pasaré en mis habitaciones la mayor parte del tiempo —añadió—. Eso le dará ocasión de trabajar por su cuenta, realizando determinadas gestiones.

—¿Qué, por ejemplo?

—Averiguar las actividades del partido en Nevada, y más concretamente en Las Vegas —respondió—. ¡Oh, ya sé que aquí nadie se preocupaba más que de divertirse! Pero hay gentes, y Grosick es una de ellas, que laboran con mayor eficacia cuanto más distraídos están los demás.

Consideraba inútil acudir a la Policía local. Para ella no existía problema de actividades subversivas en la ciudad y tomaría por loco o perturbador al que insinuase tal cosa. Como decían los «*slogans*» publicitarios, Las Vegas era un nuevo paraíso terrenal.

—Olvidando que hasta en el auténtico logró introducirse la serpiente.

Por fortuna existía un núcleo reducido de personalidades que se daban perfecta cuenta del peligro latente. Eran gentes acomodadas, interesadas en que la prosperidad de la ciudad continuara aumentando, conscientes del daño que a una población como aquélla podía producirle el descubrimiento de una red de espionaje.

—Pero como buenos americanos comprenden que sería cien veces peor que no se descubriera de existir, y están dispuestos a ayudarme con todas sus fuerzas, procurando, no obstante, reducir el escándalo al mínimo posible.

En realidad, hacía tiempo que algunos de ellos secundaban al senador en su campaña desenmascaradora de traidores. Me citó dos concretamente: Jonathan Heatter, abogado y District Attorney del Clark County, y Dale Henry Blood, propietario minero y editor del «Nevada Clarion». El primero había basado la campaña electoral que le valió el puesto que ocupaba en los argumentos y razones que convirtieron al desconocido Harold N. Krill en una figura nacional.

—Y acaso no haya al oeste de las Rocosas ningún periódico que haya luchado con mayor tesón y eficacia contra los enemigos de nuestra patria que el «Clarion» de Las Vegas, certeramente orientado por su director.

El senador llevaba más de dos años en contacto con ambos, de los que recibía con frecuencia cartas y telegramas alentándole en la

cruzada emprendida, felicitándole por sus triunfos y solidarizándose con todas y cada una de sus manifestaciones. Repetidas veces le habían invitado a visitar Nevada, asegurando que no perdería el viaje. Blood insertaba en su diario los discursos íntegros de Krill, acompañados siempre de encendidas palabras de elogio; Heatter, por su parte, aprovechaba todos los actos en que intervenía para expresar en forma rotunda su absoluta compenetración con el combativo representante.

—Los dos estuvieron por separado en Washington y fueron a visitarme. No pude charlar con ellos con el detenimiento que deseaba, pero saqué de ambos la mejor de las impresiones. Hoy he vuelto a verles, apenas llegado a Las Vegas, y han confirmado plenamente mi creencia de que Grosick se encuentra aquí.

—¿Le conocen? —pregunté, sorprendido.

Krill movió la cabeza sonriente. Tanto Heatter como Blood ignoraban todo lo relacionado con Ian hasta que el senador le habló del presunto fallecido. Pero si no podían decir, naturalmente, qué aspecto tenía ni bajo qué nombre se amparaba, ambos abrigaban la convicción de que un hombre de inteligencia excepcional dirigía en Nevada una organización contraria a los intereses americanos.

—Y después de oírme convinieron en que dicho individuo tenía que ser el que desapareció hace once años de manera tan habilidosa como espectacular.

La entrevista se había prolongado más de una hora, y el senador se puso en pie, dándola por terminada. Tenía prisa indudablemente porque me fuera, ya que le vi consultar repetidas veces el reloj. No quise aumentar su impaciencia retrasando mi partida, cuando probablemente nada de interés podía añadir a lo que ya me había dicho.

—Blood y Heatter le esperan, porque se lo anuncié yo. Véalos hoy mismo, en la seguridad de no perder el tiempo. Y no se preocupe por mí esta noche. Espero una visita; pero —agregó, con una sonrisa expresiva— no encierra el menor peligro.

Se trataba indudablemente de una visita femenina. ¿Su mujer? Probablemente. Quise confirmarlo dando un pequeño rodeo, y ya en la puerta de la «suite» le pregunté si no sería conveniente hacer alguna discreta averiguación respecto a las amistades de su esposa en Las Vegas y a los motivos que la indujeron a solicitar el divorcio.

—No serviría de nada —contestó, repitiendo lo que ya antes me había dicho—. Si Grosick anda mezclado en el asunto, le sobra inteligencia para no comprometerse. Y como Berth tampoco es tonta...

—¿Berth? —exclamé, sorprendido, interrumpiéndole—. ¿Es que su esposa se llama Elizabeth, por casualidad?

—Se llama así, en efecto —repuso con una sonrisa burlona Krill—, aunque no creo que pueda calificarse de casualidad que ostente ese nombre. ¿O consiste la casualidad en que la ha conocido en los días que lleva en Las Vegas?

Negué en redondo. No estaba nada seguro de que la Liz con quien me tropecé unas noches antes y la esposa del senador fueran una y la misma persona. Entre otras razones, porque la primera no iba a incurrir en la candidez de darme su verdadero nombre.

Quizá se me escapó entonces algo de lo que pensaba, y Krill adivinó la intención que llevaba la pregunta acerca de la vigilancia de su mujer. Sonriente, se creyó en el caso de explicarme, mientras estrechaba mi mano en gesto de despedida.

—Espero a una mujer, pero no se trata de mi esposa, si es eso lo que intentaba averiguar. Es una chica atractiva e inteligente. Deseche, sin embargo, cualquier pensamiento erróneo. No he venido a divertirme, sino a trabajar, y la muchacha que espero me ha prestado valiosos servicios y aún espero que me preste otro mayor.

Le creí, naturalmente, porque carecía de elementos de juicio que me permitieran dudar de su palabra en aquel punto concreto. Pero una hora después, charlando con Blood en su propio despacho del «Nevada Clarion», oí algo que me hizo cambiar de manera de pensar.

Dale Henry Blood era un hombre alto, delgado, de frente despejada y mirada penetrante, que se expresaba con facilidad, emitiendo juicios de singular agudeza. Debía tener alrededor de cuarenta años, y pese a las canas que brillaban en su cabeza y a unas cicatrices en la mejilla izquierda —«recuerdo de Corea» como afirmaba con legítimo orgullo—, debía resultar interesante y atractivo para cualquier mujer.

Sentía un ciego entusiasmo por el senador, y le elogiaba con tanta sinceridad y exaltación, que con toda su inmensa vanidad Krill

hubiera tenido que enrojecer ligeramente al oírle. En su opinión era un cerebro excepcional, un corazón generoso, un patriota que merecía la gratitud de la nación entera.

—¿Y no cree que tenga ningún defecto? —quise saber, un poco cansado de tantas ponderaciones.

—Toda persona los tiene —repuso—, que de no tenerlos se convertiría en un ángel. Krill también, aunque, más que defecto, es una debilidad que como hombre comprendo y justifico.

—¿El bello sexo? —pregunté, seguro de no equivocarme y recordando la visita que esperaba cuando le dejé en su habitación del hotel.

—Sí. Procura dominarse, pero no puede permanecer indiferente a la vista de una chica bonita. Es algo superior a sus fuerzas. Claro está —añadió, sonriendo— que eso no enturbia sus buenas cualidades. A todos en fin de cuentas nos ocurre lo mismo, y el que esté libre de pecado...

Yo no estaba en condiciones de arrojar la primera piedra; ni siquiera una miguita de pan, porque ninguna mujer agraciada dejó nunca de acelerar mi ritmo cardíaco. Acaso por ello —porque la última que veía me parecía siempre la más guapa— continuaba soltero, mientras el senador estaba casado.

Cierto que, anticipándose a cualquier reproche, había insinuado una explicación: el desamor de *mistress* Krill. Pero ¿no es eso lo que alegan todos los maridos demasiado alegres? Acaso fuera más cierto algo que se calló: la falta de encantos físicos de una mujer, con la que quizá se casó buscando una seguridad económica.

—¿Es fea la esposa del senador?

—¿Fea? —exclamó Blood—. Si se lo parece cuando la vea tendrá que buscar un óptico, porque necesita unas buenas gafas.

Aunque había pasado de los treinta, nadie supondría que había cumplido los veinticinco. Todos dos hombres se volvían fatalmente a su paso, y muchos se mordían los labios para no lanzar un silbido de admiración; algunos silbaban a pesar de todo. Pero todavía resultaba más sintomática la envidia con que la miraban las demás mujeres.

Parecía, no obstante —aunque Blood pasó como sobre ascuas por el tema, porque evidentemente le molestaba tocarlo—, que sus cualidades morales no estaban a la misma altura que las físicas. En

poco tiempo, Berth Krill había logrado cierta notoriedad en Las Vegas, y no sólo por su belleza, pese a que allí resultaba difícil destacar en ciertos aspectos.

—La gustan con exceso el juego y la bebida, y suele pasarse las noches entre las mesas de juego y las barras de los bares. Con todo, no es esto lo peor, sino que traba amistad con cualquiera, se deja invitar por el primer desconocido y habla con gentes a las que una dama no debe dirigir jamás la palabra.

El recuerdo de aquella Liz que trató de gastarme una broma pesada cruzó de nuevo por mi imaginación. Con una diferencia: que si hablando con el senador rechacé de plano que pudiera haber entre ella y la esposa de Krill otra semejanza que el nombre, ahora tenía la casi seguridad de que eran la misma persona.

—Me gustaría conocerla —indiqué, pese a que en mi fuero íntimo estaba convencido de conocerla ya—. Entre otras razones, porque es posible que ande a su alrededor determinado individuo.

Aunque no mencioné a Ian Grosick, Blood supo en el acto a quién me refería. No creía que anduviera descaminado en mi presunción, que era la misma insinuada por el senador en la conversación sostenida con él. Entre las gentes con quienes se trataba Berth había de todo, y nada bueno.

—Lo difícil será descubrir quién es el peor de todos, porque ése y sólo ése puede ser nuestro más peligroso enemigo.

Consideraba fácil, en cambio, mostrarme a *mistress* Krill. No presentármela, puntualizó, porque, aun conociéndola de vista y nombre, había procurado no hablarla nunca.

—Es la menor muestra de consideración y afecto que puedo ofrecer al senador —explicó, casi sin necesidad—. Y lo mismo le sucede a míster Heatter.

La mujer solía cenar todas las noches en el Bingo Club, cuya cocina gozaba de justa nombradía. Blood propuso irnos a cenar allí. Telefonaría al District Attorney para que nos acompañase, y así podría matar dos pájaros a un tiempo. Ni que decir tiene que acepté en el acto.

El Bingo Club estaba montado, con un lujo discreto y un buen gusto que constituía el mejor elogio para la inteligencia de su propietario. Cuando entramos, ya estaba Heatter esperándonos. Blood me lo presentó y charlamos un rato, mientras aguardábamos

la llegada de *mistress* Krill, que aún no había hecho su aparición en el restaurante.

Lo que el District Attorney me dijo resultaría interesante, de no haber hablado antes con el propietario del «Nevada Clarion». Tras oír a Blood, era un poco fatigoso y cansado. Heatter repitió, casi con idénticas palabras, lo que el otro me había dicho antes. Ambos pensaban y opinaban de igual manera en todo, y jamás me gustó soportar dos veces seguidas un mismo disco.

Pero ésta era la única semejanza entre ellos. A diferencia de Blood, Heatter era pequeño, rechoncho, mofletudo, con muchas libras de grasa en el cuerpo y una cara que ninguna mujer miraría con demasiado entusiasmo. Quizá fuese inteligente, pero en aquel momento no me lo pareció.

—¡Fíjese, amigo! Ésa es *mistress* Krill...

Miré en la dirección indicada y lancé una exclamación de asombro, que sorprendió y escandalizó un poco a mis dos acompañantes. La mujer que avanzaba sonriente por entre las mesas merecía, desde luego, todos los elogios que había escuchado de labios de Blood. Si algo tenía que reprocharle, era haberse quedado corto.

Alta, jarifa, esbelta, con el pelo muy negro y los ojos relucientes como brasas en contraste con la ligera morenez del cutis, era comprensible que todas las cabezas girasen en su dirección y todos los ojos se clavasen en ella. Acaso fui yo el primero en apartar la vista, apenas me convencí de que, siendo hermosas las dos, no era posible confundirla con mi amiguita Liz.

Pero no fue aquel descubrimiento, que echaba por tierra una hipótesis trabajosamente elaborada, lo que suscitó mi grito de sorpresa ni me obligó a ponerme en pie. Al volverme para mirarla había descubierto a un individuo que era físicamente su antítesis. No sé si venía con ella, pero sí que se miraron, y me pareció advertir un rápido cambio de señas entre ambos. El caballero, al que inútilmente había buscado los días precedentes, no era otro que el Boris Karloff que quiso presumir de Joe Louis tomándome como víctima propiciatoria en el Pioneers Club.

—Siéntese —me aconsejó en voz baja Heatter—. Está llamando la atención, y hasta *mistress* Krill...

—*Mistress* Krill me tiene sin cuidado en este momento —

repliqué, apartando la mano del District Attorney, que trataba de retenerme—. Es otra persona la que me interesa.

—¿Quién? —inquirió Blood, con explicable curiosidad.

Tuvo que repetir la pregunta, porque no le oí la primera vez. Boris Karloff me había visto y, dando media vuelta, se dirigía hacia la puerta. Trataba de seguirle, cuando el editor del «Clarion» mostró de nuevo curiosidad por mis intenciones.

—Acabo de ver a un amigo y voy a charlar un ratito con él —contesté, echando a andar—. ¡Aunque me parece que daría cualquier cosa por no tener que contestarme!...



UNA NUEVA PUBLICACION PARA JOVENES,
DIBUJADA POR UN ARTISTA MAGISTRAL
MENDOZA COLT

El famoso *gumi-man* de raíz española, cuya terrible velocidad en «sacar» siembra el terror entre los bandidos que saquean los poblados del lejano Oeste. Persigue con ahínco al culpable de su desgracia hasta que...

PUBLICACION QUINCENAL. 1.50 pesetas

III

¿SUICIDIO O ASESINATO?



ASE al lado de Elizabeth Krill, que pareció desencantada al ver que no me detenía ni brillaba en mis ojos la admiración que solía descubrir en los de todos los hombres; tropecé luego con un camarero, estando a punto de hacerle volcar la sopera que llevaba en las manos en el pronunciado escote de una señora, que debía taparse más, aunque sólo fuera por estética, y choqué en la misma puerta con un individuo tan gordo, que su abdomen obstruía por completo la salida.

Le aparté a un lado con la misma delicadeza que pudiera hacerlo un elefante, y no perdí tiempo en presentarle la menor excusa. No obstante, cuando gané la calle sólo pude ver de lejos a Boris Karloff en el instante mismo que atravesaba la entrada del Horseshoe Gambling Hall.

Apreté a correr, crucé la calzada en cuatro saltos y penetré en el Gambling. Había mucha gente en torno a las diversas mesas pero mi amigo no estaba a la vista. Al mirar hacia el fondo vi cerrarse una puerta, y sin saber por qué tuve la corazonada que era quien acababa de atravesarla. Como era lógico, traté de comprobarlo.

—Lo siento, señor, pero no se puede pasar.

Quien me cerraba el paso era un individuo de mediana estatura, cabeza cuadrada, cuello de toro, brezos de gorila, que casi le llegaban a las rodillas; nariz aplastada, y frente que denotaba la inteligencia de un mosquito. Le había conocido en Los Ángeles, y contribuí poderosamente a que considerase oportuno cambiar de aires. Debía estarme agradecido, porque en Las Vegas vestía mejor y ganaba más, con menos riesgos. Pero soy un poco escéptico respecto a la gratitud humana; aunque era suponer demasiado creer que Apeman Harris pertenecía a nuestra especie.

—¿Por qué dejaste pasar, entonces, a Boris, Ape?

—Ni sé quién es Boris, ni me importa —gruñó, malhumorado—. Tengo orden de que no pase nadie por aquí, y la cumplo.

—Haciendo una excepción con tu amigo Frankenstein, ¿no? Pues tendrás que hacerla también conmigo, aunque jamás tuve amigos entre los chimpancés.

Le indignó la alusión a sus hermanos de raza, y quiso levantar el grito. Abrió la boca, y se la cerré aplicándole cariñosamente el puño izquierdo a la punta de la barbilla. Se rehízo al tropezar de espaldas contra la pared, escupió un par de dientes y trató de sacar algo que llevaba en los bolsillos.

—¡Adelante, Apeman —le invité, en tono seco y frío—, si deseas suicidarte!

Me conocía desde varios años atrás, y no sólo de referencias. Sabía que no perdía el tiempo hablando, y que cuando dejaba que alguien sacase un «juguete», era para justificar la legítima defensa. Le asustó darme ocasión de alegarla, y apartó los brazos del cuerpo.

—¿Cómo se llama el sujeto que acaba de entrar?

—Yo qué sé —murmuró, y en su mirada se mezclaban ahora el odio y el temor—. Hace un rato que no se acerca nadie y...

—¡No mientas, Harris! —le aconsejó—. Tu costumbre de faltar a la verdad puede costarte un disgusto. ¿Qué nombre utiliza aquí, y dónde se aloja?

—¿Le sería igual que le contestase yo, amigo? —repuso otro individuo, sin el menor parecido físico con Apeman, que abrió la puerta, atraído sin duda por nuestra cordial charla.

—Me daría lo mismo, si dijeras la verdad, *Dandy* —contesté, sin disimular el asco y desprecio que me inspiraba—. Por desgracia, la verdad y tú sois total y absolutamente incompatibles.

Un relámpago de ira cruzó por sus ojos, y en movimiento maquinal hundió las manos en los bolsillos. Aquel gesto hubiera precedido de cerca a la rápida defunción de su interlocutor, de no ser yo quien estaba enfrente. Pero los dos nos conocíamos, sabíamos a qué atenernos, y no abrigábamos engañosas ilusiones. Mis dedos acariciaban la culata de la «Luger», y no estaba dispuesto a dejarme cazar. De haber un muerto allí, no sería yo.

—No quiero escándalos en el Horseshoe —dijo, con la sombra de una sonrisa en los labios finos y descoloridos—. Cuando nos veamos en otro sitio...

—¡Gracias por perdonarme la vida, *Dandy*! —le atajé, despectivo—. Pero ya debías saber que no resulta muy saludable amenazarme.

—Tampoco lo es insultarme a mí —replicó—. Algunos lo supieron cuando ya no podían arrepentirse.

—Por mucho que te dijese, jamás me arrepentiría de nada, excepto de no haberte llamado todo lo que mereces.

Volviéron a relampaguear sus ojos, pero, tornó a contenerse, mientras con una sonrisa de hiena me enseñaba los dientes. Se daba cuenta de que le provocaba y no quería caer en la trampa. Mientras sospechase que tenía una pistola en la mano, guardaría la compostura. Si alguna vez me cogía descuidado y desprevenido, la cosa sería distinta.

Pero hasta entonces no se le había presentado aquella oportunidad, y confiaba en que no se lo presentase nunca. Porque con su corta estatura, su delgadez, su aire enfermizo y sus gestos amanerados, *Dandy* Bruce White constituía un peligro que sólo un

imbécil desdeñaría.

Débil físicamente y nada sobrado de valor, cualquiera podría meter el resuello en el cuerpo a *Dandy White*, de pelear con las manos vacías. Pero siempre tenía algo en ellas cuando llegaba el momento de luchar, y ese algo solía ser un revólver o una pistola, que manejaba con increíble rapidez y envidiable puntería.

Era un «killer» de la peor especie; tenía por norma disparar primero y amenazar después, y diez o doce muertos a su cuenta, la mitad de los cuales, por lo menos, no tuvieron la menor posibilidad de defenderse. Hacía años ya que debieron meterle en la cámara de gas o sentarle en la silla eléctrica; pero continuaba vivo, en libertad y con una pistola en el bolsillo.

Dos veces le juzgaron, acusado de asesinato, y las dos fué absuelto por unos Jurados demasiado prudentes; tres más le detuvo la Policía, teniendo que soltarle a los pocos días de encierro. Procuraba no dejar nunca pruebas acusadoras; preparaba con exquisito cuidado las coartadas, y creía poder reírse del mundo entero. Sólo llegó a temer a una persona: a mí.

Si todos los forajidos me inspiraban una profunda repulsión, aquél me atacaba los nervios. No eran sólo sus crímenes, con ser suficientes, sino su cinismo, la impunidad de que gozaba e incluso el aspecto físico. Vestido siempre con una elegancia afectada y chillona, depilado más que afeitado, con un timbre de voz atiplado y desagradable, me hacía el efecto de un escorpión, al que había que aplastar la cabeza antes de que nos clavase el aguijón.

Me cansó y asqueó su matonismo, y estuve dispuesto a hacerle la justicia que los Tribunales no encontraban ocasión de aplicarle. Nada hubiese perdido la sociedad de haberle acribillado a balazos en cualquier ocasión y lugar. Pero no tengo madera de asesino, ni siquiera con un tipo como aquél, y quise darle ocasión de que probara conmigo su decisión y puntería.

En tres ocasiones distintas le llamé por su nombre, diciéndole todo el asco que me inspiraba. En las tres estuvo a punto de hacerme el juego, recurriendo a la pistola que llevaba en la axila o en el bolsillo; pero en todas logró dominarse, convencido de que caer en la tentación era firmar su sentencia de muerte. Sabía lo que pretendía al provocarle, y aguantó los insultos con estoicismo increíble.

Cuando le busqué por cuarta vez, no pude encontrarle. Había abandonado California, temeroso de no lograr contenerse en una nueva entrevista conmigo. Me dijeron que había liquidado sus negocios, para irse a alguna ciudad de la costa atlántica. Yo me di por satisfecho con perderle de vista, y no volví a pensar en él hasta que inesperadamente lo encontré en el Horseshoe Gambling Hall.

—Deje los insultos a un lado, Stern —pidió, al cabo de un minuto largo de contemplarme en silencio, luchando consigo, mismo para conservar la calma—, y dígame qué busca aquí.

—Busco a un amigo tuyo —respondí— que hace tres minutos penetró en esa habitación.

—Esa habitación es mi despacho —afirmo—, y no ha penetrado nadie en las dos últimas horas.

—Me convenceré cuando lo vea.

—Pues tendrá que convencerse inmediatamente —dijo, apartándose a un lado—. ¡Pase!

Le invité con un gesto a que fuera delante, y aconseje a Harris que le acompañase, porque no me hacía feliz la idea de tenerles a mi espalda. Entramos los tres, y miré, desconfiado, en todas las direcciones. Evidentemente, Boris Karloff no estaba allí.

—Pero eso no quiere decir que no haya estado. Mientras discutía con Apeman, pudo largarse por aquella puerta.

—Si se acerca —repuso *Dandy*—, comprobará que tiene corrido el cerrojo por dentro.

—Y si pienso un solo segundo, descubriré que te sobró tiempo para correrlo tú después de dejarle escapar y antes de mezclarte en nuestra charla.

—¿Tiene alguna prueba de lo que afirma? —objetó White, con cierto tonillo de reto.

—No —admití—. Como de costumbre, no dejas pruebas; pero eso no te librará de acabar de mala manera.

Se encrespó, juzgándose ofendido, y volví a llamarle por su nombre. Un segundo tuve la esperanza de que perdiese la cabeza y se lanzase contra mí; al siguiente, la esperanza se desvaneció como nube de verano. Protestó contra lo que juzgaba injurioso, pero su única amenaza fue telefonear a la Policía local.

—Soy una persona decente, un industrial que satisface con religiosa puntualidad sus impuestos y tiene derecho al respeto ajeno

y a la protección de las autoridades —sostuvo, con su acostumbrada desfachatez.

No me molesté en contestarle. En Las Vegas podía ser lícito el juego y la bebida; haber convertido en un lucrativo negocio los matrimonios y divorcios rápidos, pero sería imposible que nadie considerase a *Dandy* Bruce White persona digna de la menor consideración.

Volví a mirar en torno mío. Aquella habitación podía ser un despacho, como decía su ocupante; pero también otras muchas cosas. Ni el armario ropero, ni el amplio diván, ni menos aún el perfume que hacía irrespirable la atmósfera cuadraban con mis nociones de lo que debía ser un despacho.

—¿Qué espera para marcharse? —preguntó *Dandy*, de pronto, con su voz un poco más atiplada que de costumbre, por efecto sin duda de la tensión nerviosa.

—A que salgas delante, para no darte la espalda en ningún momento. Un tiro en la nuca no figura, aunque te sorprenda, entre mis aspiraciones.

Se encogió de hombros, desdeñoso, y echó a andar, cruzando el salón y dirigiéndose a la puerta de la calle. Yo fui casi pisándole los talones. No pretendió estrecharme la mano en gesto de amistosa despedida, acaso porque sabía que jamás acepté la amistad de tipos de su especie, pero sí se atrevió a darme un consejo:

—No juegue con fuego, Stern. Aquí no estamos en Los Ángeles ni puede entregarse impunemente a su afición favorita.

—Seguro que no —repliqué—. Aquí sólo gozan de impunidad los asesinos cobardes como tú.

Se mordió los labios para no contestar y dio media vuelta. Esperé a que se adentrara en el Horseshoe antes de cruzar pesadamente la calzada y regresar al Bingo. Blood y Heatter, que no parecían haber probado bocado desde mi inesperada partida, me aguardaban con impaciencia.

—El amigo logró escabullirse —dije, respondiendo a sus preguntas—. Encontró en el Horseshoe dos compinches que me entretuvieron unos minutos, dándole tiempo a volar.

Si alguna duda pudiera tener poco antes acerca de su catadura moral, su inteligencia con tipos como *Dandy* White y Apeman Harris bastaba a disiparlas. Admitía que su conducta la noche que

nos conocimos podía interpretarse de muy distintas maneras; pero aun ignorando su nombre y sus antecedentes...

—¿Qué señas personales tiene ese individuo? —me interrumpió el District Attorney, ligeramente excitado.

Se las di lo más exactas y precisas que pude. No me había fijado en el color de sus ojos ni en la forma de sus orejas. De cualquiera manera, no creía que fuera fácil encontrar en Las Vegas ninguno que se le pareciera lo preciso para dar lugar a ninguna confusión.

—Me parece que le conozco —dijo Heatter—. Le vi tres o cuatro veces en amoroso coloquio con una rubia encantadora, y eso excitó mi curiosidad. Luego tuve la impresión de verle en automóvil en compañía de *mistress* Krill y mi asombro subió de punto.

Era sorprendente que un tipo de tan desagradable aspecto fuera acogido sin muestras de repugnancia por mujeres hermosas y elegantes. El District Attorney hizo unas discretas averiguaciones, en las que también participó Blood.

—Sólo conseguimos saber su nombre, George Travis, y que se ha hospedado en diversos hoteles y paradores durante el tiempo que lleva aquí. También que dispone de dinero en abundancia, y parece ser, de creer a quienes le conocen o han hablado con él, hombre de extraordinaria inteligencia.

—De tanta —añadió, rápido, el editor del «Clarion»—, que, al oír esta mañana al senador, le hubiese identificado sin vacilaciones con Ian Grosick, de no ser por una cosa.

—¿Que conocen sus antecedentes, y saben que no puede ser el presunto muerto del King Hospital? —pregunté.

—¡Oh, de ninguna manera! De los antecedentes de George Travis no sabemos una sola palabra. Pero, según Krill, Ian Grosick era un tipo bien parecido, apuesto incluso, y este otro...

—¿Olvidan que se puso en manos de un cirujano para cambiar de cara? —le recordé.

—En absoluto. Pero si Grosick se fabricó un nuevo rostro, fué para pasar inadvertido. Y convendrá conmigo, querido Stern, que el aspecto de Travis es el más adecuado para que todos se fijen en él.

El argumento era más sólido que los muros de Knox Fort, que guardan las reservas oro de

U. S. A.

Parecía, pues, inevitable descartar al que yo había comparado con

Boris Karloff de la lista de los posibles Grosick. Pero Heatter había aludido a una muchacha de extraordinaria belleza, y quise saber si se trataba de la encantadora Liz, cuya desaparición lamentaba tanto.

El District Attorney hizo una breve descripción de la chica, y hube de convenir en el acto que se ajustaba como un guante a la muchacha que quiso gastarme una pequeña broma en las proximidades del lago Mead. Sólo había una ligera contradicción. Por lo que Heatter había oído, la joven se llamaba Lilian, y no Elizabeth, como me había dicho a mí.

—Quizá estaba un poco cargada —hube de admitir—, y oí Liz cuando me dijo Lil.

Las abreviaturas de los dos nombres eran tan semejantes, que cabía cualquier confusión. Ciertamente que creía recordar que la había llamado Liz repetidas veces sin que me corrigiese. Pero también que la chica llevaba en el cuerpo la cantidad de alcohol necesaria para no darse cuenta de mi error.

Fuera cual fuese su verdadero nombre y el que me hubiese dado, la muchacha no parecía llevar una vida demasiado clara y diáfana. Solía pasar temporadas en Las Vegas, hospedándose en los mejores hoteles, desapareciendo después durante días o semanas enteras. Frecuentaba las salas de juego, casi siempre acompañada. Sus acompañantes variaban a diario, pero daba la casualidad de que casi siempre eran militares o científicos de servicio en el Proving Ground de armas nucleares de Frenchman Flat.

—Fué esa chica precisamente —aseguró Blood— quien primero nos hizo pensar en la posible existencia de una red de espionaje en Las Vegas.

Por los hoteles en que se alojaba sabían que se apellidaba Norris, que afirmaba ser soltera, de veinticinco años de edad, nacida en Phoenix, Arizona, y con residencia habitual en Salt Lake City; pero no cabía confiar excesivamente en que ninguno de aquellos datos se ajustase a la verdad.

Después de cenar, tomamos unas copas en el Boulder Club. Heatter y Blood tenían que madrugar al día siguiente, y se fueron a acostar temprano. Yo también pensaba estar en pie a las nueve de la mañana, pero eso no impidió que recorriera todos los establecimientos de Main Street y aun de las calles adyacentes.

Lo hice con la esperanza de tropezarme en cualquiera de ellos con Lilian o Travis. No lo conseguí. Sin embargo, no juzgué que había perdido el tiempo, ya que quiso la casualidad que encontrase a un viejo conocido: Stubborn Cooper.

Pese a su pelo blanco, a su impecable «*smoking*» y a su aire distinguido, Stubborn no era ni había sido nunca una persona decente. Debía rondar los sesenta años, y no creo equivocarme al afirmar que ni un solo día de su ya prolongada existencia se alimentó con el producto de un trabajo honrado. Pero había dos cosas que le hacían muy diferente a mis ojos de Apeman Harris o *Dandy White*: que jamás se manchó las manos de sangre y que ni siquiera para defenderse abrió la boca nunca para acusar a cualquiera de sus amigos o conocidos.

Hubo un tiempo, doce o catorce años atrás, en que estuvo perfectamente enterado de cuánto sucedía en los bajos fondos de Los Ángeles y aun de California entera. Sin la menor dificultad, habría podido señalar a los autores de un crimen, de un atraco o de un robo, y decir incluso dónde se ocultaban; pero prefirió no hacerlo. Acaso hizo bien, desde su punto de vista, porque los habladores suelen vivir muy poco, y él consiguió llegar a viejo. De cualquier forma, su actitud le costó no pocos disgustos.

Sabiéndole enterado, la Policía le interrogó muchas veces. Perdió el tiempo, porque Cooper se obstinó en callar, y se ganó a conciencia el apodo de «Stubborn»[1], que ostentaba con legítimo orgullo. Yo mismo estuve durante dos días y dos noches ametrallándole a preguntas, y no conseguí que contestase a ninguna. Le traté con dureza capaz de vencer la resistencia de cualquiera, pero fracasé con él.

No fui el único en fracasar, naturalmente. Gentes del otro lado probablemente individuos del «gang» de Morelli le trataron peor que yo, llegando a machacarle el cuerpo y agujerearle la piel, sin sacar, nada en limpio. «Stubborn» pasó seis meses en un hospital, pero cuando salió a la calle, unos y otros sabíamos que, ni haciéndole picadillo, lograríamos que despegase los labios.

Como compensación a interrogatorios y palizas, su fama de reservado y discreto le había ayudado bastante a vivir sin hacer nada, dejándose pagar por un silencio que acaso no hubiera roto a ningún precio. Luego, cuando pasaron sus buenos tiempos y los

delincuentes jóvenes empezaron a darle de lado, se marchó a Nevada. Y allí, en Las Vegas, había encontrado un «*modus vivendi*» adecuado a su carácter, temperamento e inclinaciones.

—Permanezco doce horas diarias sentado en esta habitación — me informó, sonriente—, y decido quién puede y quién no puede pasar. Pero olvido en el acto lo que veo y oigo, y me va de perlas no sabiendo nada de nada ni de nadie.

La habitación era un confortable despacho en la parte interna del

Joe's,

precisamente en el punto único de acceso a las cuatro plantas superiores. En su parte oficial y pública, el

Joe's

era un club nocturno más de los infinitos de que disfrutaba Las Vegas, con un espléndido bar, una buena orquesta y mesas de juego de todas clases. En los pisos superiores —la parte reservada de la casa—, la cosa variaba ligeramente.

Arriba, si uno lograba ser admitido y llevaba el dinero preciso para pagar, podía divertirse en la forma que quisiera, sin limitaciones de ninguna clase. Los salones tenían paredes que no dejaban pasar ningún ruido, al exterior, y los clientes guardaban un prudente silencio. Sin embargo, parecía que los aficionados a los paraísos artificiales no encontraban dificultad alguna para fumar marihuana u opio, inyectarse morfina, absorber unos polvos de cocaína o destrozarse estúpidamente con el uso y abuso de cualquier estupefaciente.

A veces se producían peleas, pero nunca trascendían al público. Si alguien tenía la desgracia de fallecer, su cadáver era descubierto horas después en cualquier lugar extraviado a varias millas de distancia. Espoleada por alguna denuncia, la Policía efectuaba de tarde en tarde concienzudos registros. Jamás encontró nada, acaso porque no faltaba quien avisaba con la suficiente antelación de la visita y porque a «Stubborn» no existía fuerza humana capaz de hacerle hablar cuando deseaba permanecer en silencio, que era casi siempre. Sin demasiadas esperanzas, pregunté a Cooper por Travis, Lilian e incluso *mistress* Krill. Lo mismo hubiera sacado de interrogar a la mesa o las sillas. Sonriente, afirmó que era la primera vez que oía tales nombres. Cuando puse sobre la mesa un

billete de cien dólares, replicó, desdeñoso:

—Guárdatelo, muchacho. Seguro que lo necesitas más que yo, y ni por uno de mil diría lo que no sé.

No dormí mucho aquella noche, y no sólo por acostarme a las cuatro de la madrugada. Pasé varias horas dando vueltas en la cama, con el pensamiento puesto en la esposa del senador, en la encantadora Lil y en el caballero que podía servir de elemento de enlace entre ambas.

O quizá de algo más. Porque a fuerza de pensar, comencé a poner en duda que no tuviera nada que ver con Ian Grosick. Admitía que el argumento empleado por Blood era fuerte, y que el senador parecía estar en lo cierto al sostener que el supuesto fallecido tendría buen cuidado de no acercarse a cien millas de su esposa. Pero incluso los hombres más inteligentes cometen algún error, especialmente si hay una mujer bonita por en medio. O se pasan de listos, como podía haberle ocurrido a aquél, haciéndose visible para mayor seguridad, al dar por descontado que no sospecharíamos de nadie que estuviera en contacto personal y directo con la impresionante *mistress* Krill.

A las ocho de la mañana telefoneé al senador, que aún estaba en la cama, y a las nueve penetraba en la «*suite*» que ocupaba en el Fremont. Parecía alegre y satisfecho. Cuando se lo hice notar, admitió con una sonrisa que una entrevista celebrada la víspera había hecho aumentar su optimismo.

—Pues yo —reconocí, con toda sinceridad— veo las cosas más turbias a cada momento.

Me invitó a hablar con un gesto, y lo hice sin morderme la lengua. Conté cómo había conocido de vista a su mujer, el cambio de miradas entre ella y Travis y mi infructuosa persecución de este último, sin ocultarle el choque con los dos indeseables, que habían dado lustre y fama a sus respectivos apodos de «Apeman» y «*Dandy*».

Viendo a Krill sumamente interesado, proseguí exponiendo los datos proporcionados por Heatter y Blood acerca de Travis y de la muchacha que se hacía llamar Lilian Norris. Al llegar a este punto, el senador me interrumpió, sonriente:

—No se preocupe por esa chica, Stern. Ni es lo que aparenta ni significa el menor peligro. Más bien al contrario.

—¿Insinúa que la conoce, y que está de nuestro lado? — pregunté, sorprendido.

—No lo insinúo; lo afirmo. Pero cuanto menos hablemos de ella, mejor. Si alguien llegara a saber lo que acabo de decirle, sería suficiente para que mañana tuvieran que enterrarla.

Krill no tenía nada de tonto, y debían sobrarle motivos para expresarse en la forma que lo hacía. No obstante, insistí. Durante las horas de insomnio había trazado mentalmente un esquema que, de ser cierto, explicaba muchas cosas. En la hipótesis ideada, la chica desempeñaba un papel de protagonista, y me dolía admitir mi profunda y total equivocación.

—¿No le bastaría saber que es uno de mis mejores auxiliares — preguntó el senador, molesto por mi insistencia—, y que tengo en ella ciega confianza?

Mi gesto dijo bien a las claras que no me parecía suficiente, y Krill tuvo que añadir algo más, de visible mala gana. Aunque jamás revelaba el origen de sus informes, y había negado cien veces que tuviera una especie de policía particular y privada —pero pagada con fondos del Comité de Actividades Antiamericanas—, lo cierto era que contaba con un centenar de personas que, en diferentes lugares, realizaban una activa labor de contraespionaje.

—Y la más inteligente y útil de todas es *miss* Norris. Le debo muchos éxitos, y espero deberla el más importante de todos: descubrir y terminar con Ian Grosick.

No concedió la menor importancia a la aventura de la chica conmigo y a su extraño y frustrado intento de narcotizarme. Insinuó dos posibles explicaciones: que, como yo mismo llegué a sospechar, quiso darme una lección, o, más probable aún, que le pareciera sospechoso y quisiera dormirme unos minutos, para registrar mis bolsillos y enterarse de quién era.

—Tenga en cuenta que se mueve en un terreno difícil y resbaladizo, y ha de recurrir a todos los medios para no ser sorprendida en plena faena.

Que me alentase a pelear con Travis, también podía comprenderse sin dificultad. Si aquel tipo era lo que yo pensaba, debía representar un estorbo y un peligro para Lilian, que creyó posible librarse a un tiempo de dos enemigos, obligándoles a enfrentarse.

—De cualquier forma —añadió el senador—, ese sujeto me interesa y preocupa cien veces más.

No rechazaba de plano mi sugerencia de que pudiera ser el propio Ian Grosick. Para el apuesto teorizante que fué su amigo en Nueva York, habría tenido que ser doloroso perder sus rasgos fisonómicos para adquirir los de un monstruo. Pero...

—Ian era un fanático, y ningún sacrificio le parecía excesivo si resultaba útil y conveniente para el triunfo de sus torpes ideales.

Juzgaba que nada podía hacer mejor que localizar a Travis, enterarme de su vida y andanzas, someterle incluso a un estrecho interrogatorio. Aun en el caso de que no fuera el mismo Grosick, podía ser uno de sus colaboradores.

—Y conste que no lo pienso ahora únicamente y por lo que acaba de decirme —añadió—. Heater y Blood me insinuaron ayer algo semejante. No les hice demasiado caso, pero empecé a sospechar que pudieran tener razón tras oír aquí mismo a otra persona.

—¿La encantadora *miss* Norris, por casualidad? —inquirí, con una ironía que me esforcé por disimular.

—Lo es, y no por casualidad —replicó, malhumorado—. Pero procure olvidar ese nombre, Stern. Al reconocer que está a mi servicio, di una muestra de confianza, de la que no quisiera tener que arrepentirme. El inspector Barnett aseguró que era capaz de guardar un secreto.

—¡Y lo soy! Espere a conocerme mejor, y verá que Barnett no le engañó en lo más mínimo.

—Lo celebraré por todos, y especialmente por usted —comentó en tono frío y desabrido.

No pensaba abandonar el hotel en toda la mañana, que emplearía en celebrar diversas conferencias telefónicas con Washington y Nueva York, aparte de recibir un par de visitas. Yo podría aprovechar mi tiempo buscando a Travis en todos los hoteles de la ciudad y paradores de las cercanías.

—Llámeme a las dos. Entonces nos pondremos de acuerdo para la tarde.

Bien. No me gustaba mucho ir de un lado para otro, penetrando en hoteles, pensiones y residencias, poniendo la cara más inocente de mi repertorio y preguntando por cierto individuo, que unas veces

sería mi amigo íntimo y otras un pariente cercano. Pero no tenía posibilidad de opción y hube de resignarme.

En cuatro horas visité treinta lugares distintos y mantuve otros tantos diálogos con gentes que, con rara unanimidad, movían la cabeza en gesto negativo como respuesta a todas y cada una de mis preguntas. O Travis les había recomendado silencio, acompañando la recomendación de un eficaz recordatorio del Federal Reserve Bank, o no se había alojado en ninguna de las hospederías de la ciudad, contra lo que Blood y Heatter habían dicho la noche precedente.

Cansado y aburrido, me metí en un restaurante para comer, y a la hora acordada llamé al senador. Krill se hallaba en un estado de ánimo diametralmente opuesto al mío. La euforia que le invadía a primera hora de la mañana parecía haberse centuplicado en el transcurso de pocas horas.

—No me faltan motivos —reconoció—. Pero ese Travis continúa interesándome, acaso más que nunca. ¿Que no dio con su paradero? Vuelva a llamarme a las cuatro, y acaso se lo diga yo.

Pasé las dos horas en la penumbra de un cine. Quise distraerme con una película que anunciaban como extraordinaria, y resultó un soporífero tan eficaz, que a los quince minutos de sentarme en la butaca dormía apaciblemente.

Cuando torné a la realidad, los protagonistas se daban el obligado beso del «happy end» que los productores de Hollywood consideran indispensable para no estropear ninguna digestión. Yo había hecho la mía, afortunadamente, durante el sueño; en caso contrario, se me habría cortado al mirar el reloj y ver que marcaba las cinco de la tarde.

Abandoné la butaca y desde la misma puerta del cine telefoneé al Fremont. Krill continuaba optimista y no me preguntó por las causas de mi tardanza; hasta es posible que se diese cuenta del retraso. Lo que sí advertí que tenía prisa por colgar.

—«Okay», muchacho —dijo, cuando me di a conocer—. Todo marcha bien y no le necesito por ahora. Vuelva a llamarme a las siete. Hasta entonces...

—¿Sigo buscando a Travis, o ha dejado de interesarle? —le interrumpí, temeroso de que cortase la comunicación.

—¡Claro que me interesa, aunque no tenga la importancia que

suponía! ¿Sus señas? Espere un momento...

Oí que hablaba con alguien que debía estar en la misma habitación, pero no entendí, ni lo que preguntó, ni lo que le contestaron. No supe tampoco si se trataba de un hombre o una mujer, si bien la prisa del senador me hizo suponer lo segundo. Tras un minuto de cuchicheos, Krill tornó a dirigirse a mí:

—Travis ocupa dos habitaciones en un «motel» de la carretera Noventa y Cinco, en el final de Bonanza Road y junto a los límites de Las Vegas. Vaya inmediatamente allí. Es probable que no esté, pero debe esperarle, porque no tardará en llegar.

—¿Y si no fuera?

—Si a las siete no ha aparecido, vuelva a telefonearme.

Había una buena tirada hasta el final de Bonanza Road. Por suerte, los taxis no constituyen ningún problema en Nevada; los encuentra uno siempre que los necesita. Cobran tan caro —acaso porque los turistas no se molestan en regatear—, que con cuatro o cinco servicios podrían comprarse otro coche, pero los choferes no protestan jamás, por lejos que esté el sitio a dónde nos dirigimos o malo que sea el camino a recorrer.

El Potosí Motel era uno más entre los infinitos paradores que jalonan las carreteras de Nevada, especialmente en la cercanía de las ciudades preferidas por el turismo. Como todos, era una mezcla de hotel, albergue y estación de servicio. Constaba de un edificio central, donde estaba el bar, el comedor y la Dirección, un amplio garaje y numerosas casitas en torno a una especie de patio central, en cuyo centro brillaban las aguas azules de una pequeña piscina.

George Travis ocupaba la casita número siete, pero estaba ausente. Para convencerme llamé a la puerta y estuve atisbando a través de los cristales de las ventanas. Como el interior aparecía desierto y nadie contestó a mis llamadas, resolví esperar.

Desde la barra del bar se dominaba la puerta que me interesaba, y aquello hizo menos desagradable la espera. Veía también la piscina, en la que entraban y salían, nadando y divirtiéndose, unas cuantas chicas, y mirarlas contribuyó a que el tiempo pasara sin darme cuenta casi. Al final, cuando el reloj marcaba las siete y Travis seguía sin aparecer, telefoneé al Fremont.

—¿Quién llama? —preguntó en tono desabrido una voz que ningún parecido guardada con la del senador.

—¡Dígalo primero, amigo! —contesté a mi vez—. Deseo hablar con míster Krill y si me he equivocado de número...

—El número es correcto, pero míster Krill no puede ponerse al teléfono. Soy el District Attorney del Clark County, y puedo preguntarle quién es y qué desea.

—¡Heatter! —exclamé, desconcertado—. Le habla Stern, amigo. ¿Quiere decirme qué ocurre, para que no pueda ponerse el senador?

—Lo peor que le podía ocurrir —fué su inesperada respuesta—: que ha muerto.

—¿Que ha muerto míster Krill? —pregunté a voces, sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Sí; murió hace treinta minutos escasos, y estoy aquí, en su habitación, en cumplimiento de un deber, tan ineludible como penoso.

—Comprendo —dije, tras una rápida reflexión—. Grosick o sus amigos dieron con el senador, fallaron sus precauciones y murió asesinado.

—Se equivoca de medio a medio, Stern —gruñó Heatter—. No se trata de un crimen, sino de un suicidio.

—¡Imposible! —chille, excitado—. Hace dos horas que hablé con míster Krill y...

—Yo también hablé con él a primera hora de la tarde —me atajó el District Attorney—; estaba tranquilo, alegre incluso, y nada hacía presagiar este triste final. Todavía, me parece mentira que se haya suicidado, pero...

—¿Qué?

—No creo que exista posibilidad de duda, desgraciadamente. ¡Venga, y se convencerá!

Apenas colgué el auricular, ya estaba a la entrada del Potosí Hotel. Medio minuto después me hallaba en el interior de un taxi, daba al chofer la dirección del Fremont y le acuciaba para que sacara a su vehículo el máximo posible de velocidad.

Mientras corríamos a lo larga de Bonanza Road, mi cerebro, saliendo del profundo estupor en que le había sumido la inesperada noticia, trabajaba con celeridad. Dijera lo que dijese Heatter, me negaba a admitir el suicidio. Es propio de espíritus cobardes, de gentes sin energías para luchar y hacer frente a las dificultades de la vida. Krill no era un tipo de éstos. Al contrario: como demostraba

toda su historia, se crecía en las peleas, amaba el peligro, no le asustaban los riesgos y procuraba devolver centuplicados los golpes que recibía.

No existía, además, motivo ni razón que pudiera impulsarle a una resolución tan desesperada. ¿El despego, y la demanda de divorcio de su esposa? ¡Bah! Aunque otra cosa decía para guardar las apariencias, aquel conflicto no le quitaba el sueño. Para un hombre verdaderamente enamorado, no existe más que una mujer, y el senador se consolaba con otras sin la menor dificultad.

Tan abstraído iba en mis pensamientos, que cuando a una manzana de distancia del Fremont Hotel nos cruzamos con otro coche a cuyos ocupantes vi con entera claridad, no les concedí la menor importancia, hasta que ya fué tarde para remediar el error. Porque el auto, que por la dirección que traía debía proceder del lugar en que había muerto el senador, lo conducía George Travis, con Lilian Norris sentada a su lado.

Comprendí de pronto la significación que podía tener la presencia de la pareja en las cercanías del Fremont, y ordené al chofer que diera media vuelta. Rectifiqué al minuto siguiente, porque el coche que los conducía había desaparecido entre los centenares de automóviles que llenaban Charleston Boulevard y sería muy difícil poder alcanzarle.

«Y lo más urgente ahora —argüí conmigo mismo— es saber exactamente qué le ha ocurrido al senador».

Había tres coches policíacos parados ante el hotel y varios agentes en el pasillo de la segunda planta y en la puerta de la «suite» ocupada por míster Krill. Todos ellos quisieron cerrarme el paso, y únicamente consintieron en dejarme pasar cuando les mostré el carnet del

F. B. I.

—Venga aquí, Stern —me llamó Heatter, apenas abrí la puerta—. Acaso usted sea capaz de descubrir algo que ninguno de nosotros vemos.

—Lo dudo —repuso, con cierto mal humor, un individuo corpulento que aparecía a su lado, y que, como no tardaría en saber, era Steve Weidman, teniente jefe del Homicida Squad—. Todo lo que hay que ver está a la vista y no cabe más que una explicación.

—¿El suicidio, no? —repuse, malhumorado—. Sólo que yo no creo que el senador se suicidara.

—Lo que usted crea es una cosa, y la realidad que los hechos nos muestran, otra muy distinta. Acompáñeme y saldrá de dudas.

Acompañé a Heatter y al teniente al saloncito de estar, convertido provisionalmente en despacho, donde Krill recibía a sus visitas y en el que había hablado con él aquella misma mañana. Todo estaba igual que entonces, excepto el propio Krill.

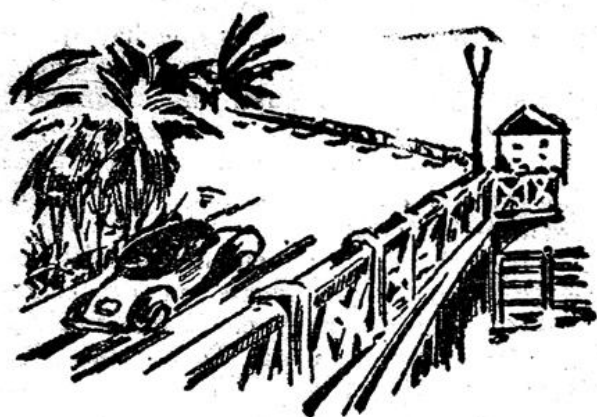
Aparecía sentado, caído de bruces sobre la mesa, con ambos brazos colgándole a lo largo del cuerpo. En el suelo, a unas pulgadas de su mano derecha, vi la pistola del senador y en su sien derecha el negro agujero de un balazo.

—No hay señal alguna de lucha ni los camareros oyeron nada extraño —se adelantó el District Attorney a explicarme—. Parece, además, que Krill estaba solo en aquel momento, con la puerta cerrada. Tras escuchar el disparo, llamaron y, como nadie les contestase, tuvieron que hacer saltar la cerradura.

—He visto muchos «fiambres» —añadió el teniente—, pero sólo los suicidas llegan a quemarse la piel con el fogonazo. La víctima de un crimen, aun estando sujeta, consigue siempre apartar unas pulgadas la cabeza.

—Sí —ratificó Heatter, pensativo—. Para dejar que disparasen a quemarropa, tendría que estar dormido, y a las seis de la tarde...

—¡Dormido! —exclamé, sin lograr ocultar mi excitación—. ¡Es probable que el senador estuviera dormido!...



V A L I E N T E S

Valientes hasta la temeridad son los protagonistas masculinos de esa única serie de aventuras modernas en los ambientes más interesantes.

V A L I E N T E S

es una Colección que emociona por su dramáticos argumentos, a la vez que enseña deleitando. Es destinada a

HOMBRES Y MUJERES

IV

PRUEBAS ENGAÑOSAS



N la pistola aparecían unas huellas, que los expertos no tardaron en identificar con las del senador. Aunque parecía una prueba definitiva del suicidio, yo me negaba obstinadamente a admitirlo. Un hombre como Krill, que me habló en la forma que él lo hizo a las cinco de la tarde, no se levantaba la tapa de los sesos hora y media después.

—Yo tampoco lo creo —aseguró Blood, que acudió al poco rato, llamado por su amigo Heatter—. Se trata de un crimen; perfectamente amañado para hacerlo pasar por suicidio, pero un crimen. Más aún: tengo incluso la seguridad de quién es el criminal:

Ian Grosick.

Ni siquiera Elizabeth Krill, que contempló impasible el cadáver de su esposo y que no fingió experimentar un dolor que evidentemente no sentía, admitió la posibilidad del suicidio. Conocía a fondo a Harold, y tenía la certidumbre absoluta de que no había puesto fin a su vida de una manera voluntaria.

—Amaba demasiado la existencia para renunciar a ella.

La resuelta actitud de los tres hacía dudar al District Attorney, acaso porque personalmente le repugnaba tanto como a mí la idea de que el senador hubiera podido matarse. Para el teniente Weidman, en cambio no existían dudas posibles.

—No he visto un caso más claro en todos los días de mi vida —protestaba, indignado—. ¿Qué se trata del senador Krill, y tenía muchos enemigos? ¿Y qué? Si muere de un tiro disparado por su propia pistola, cuando está solo en sus habitaciones y con la puerta cerrada, sólo cabe una explicación racional y lógica: que se suicidó.

Aunque lo juzgaba innecesario, quiso ofrecernos una prueba definitiva: el guante de parafina. En una hipótesis, que calificaba de absurda y descabellada, cabía que el senador hubiera sido asesinado mientras dormía o estaba inconsciente, permitiendo que el criminal utilizase su propia pistola y apoyara el cañón contra su sien. Incluso que después de cometido el crimen, limpiase sus huellas del arma y cerrase la mano inerte de Krill sobre la culata, para imprimir las de la víctima.

—Pero si comprobamos que la empuñaba el senador en el momento del disparo, todas estas estupideces se derrumbarán como un castillo de arena.

La parafina era, como tenía olvidado de puro sabido, el método infalible para averiguar si una persona ha hecho o no un disparo recientemente. Conocía de sobra el método, pero aun así seguí con atención los trabajos de los técnicos del Pólice Department de Las Vegas.

Les vi calentar cierta cantidad de parafina limpia y filtrada hasta licuarla, y extender después el líquido resultante sobre la mano del senador, formando una especie de guante de un cuarto de pulgada de espesor. Con aire doctoral, Weidman se creyó en el caso de explicarnos:

—El calor de la parafina obliga a dilatarse los poros y expeler

toda partícula que se haya alojado en ellos. Cuando se ha enfriado y solidificado, la separamos cuidadosamente de la mano. Aplicamos entonces un reactivo químico sobre la parte que ha estado en contacto con la piel, y ese reactivo, la difenilamina, muestra la presencia de nitratos en forma de manchitas de un negro azulado. Cuando aparecen, es indudable que el individuo sometido a la prueba ha efectuado uno o varios disparos.

Contra lo que yo esperaba, las manchas azuladas aparecieron en la parafina. Weidman nos las mostró con el mismo aire triunfal de Truman luego de ganar las elecciones presidenciales. Blood y yo escuchamos sus invectivas, contritos y abrumados.

—¿Qué opinan ahora? —preguntó en tono desafiante y despectivo a un tiempo—. ¡No, no digan nada y quedarán mejor! Pero en adelante no olviden que la Policía oficial sirve para algo, y que sabe cien veces más que cualquier aficionadillo envenenado por las malas novelas.

No pierdo el tiempo leyendo novelas, sean buenas o malas, ni menos aun jugando por pasar el rato a policías y ladrones. Pero tuve que intervenir en cien crímenes distintos, y en ninguno mi labor pudo ser calificada de «*amateur*». Estuve a punto de contestar a Weidman, diciéndole unas cuantas cosas desagradables, pero opté por morderme la lengua.

Era evidente, por mucho que me doliese, que el teniente había ganado el primer «*round*». Pero un «*round*» no es un combate, a menos de dejar tendido sobre la lona al contrincante, y yo continuaba en pie. Bien; apreté los puños y me dispuse a tomarme la revancha en el asalto siguiente.

—Lo siento —dijo Heatter, al separarnos del teniente—; pero el suicidio ha quedado probado en forma irrefutable.

—Lo creería —repuso Blood, nada dispuesto a dar su brazo a torcer de haber un solo motivo. Pero ¿dónde está ese supuesto motivo?

Se marchó al periódico para preparar una adición extraordinaria con la triste nueva de la muerte del senador, y yo acompañé a su despacho al District Attorney, deseoso de enterarme del contenido de una cartera repleta de papeles que Heatter había recogido para su estudio en la habitación de Krill.

Pero apenas si habíamos leído uno de ellos —borrador de un

discurso que el senador pensaba pronunciar en fecha próxima—, cuando sonó el timbre del teléfono, y aunque fué Heatter quien lo descolgó pude oír la voz excitada y nerviosa de Blood, que gritaba:

—¡Resulta que había un motivo, Jonhattan! Escucha lo que acaba de llegarnos de Washington...

Se trataba de un largo despacho, reproduciendo íntegro el texto de una información sensacionalista aparecida aquella misma tarde en las columnas de un semanario titulado «True Scandals». En ella se acusaba a Harold N. Krill de haber participado en 1942 —cuando formaba en las filas de aquéllos a quienes ahora perseguía y desenmascaraba— en el asesinato de un agente federal, que le sorprendió manejando documentos de carácter militar y secreto que se disponía a entregar en la Embajada de una potencia extranjera.

«Los culpables de la muerte del agente Morris Shopping, envuelta hasta ahora en el misterio y todavía impune, fueron dos individuos llamados Ian Grosick y Harold N. Krill. El primero murió hace años en Brooklyn en un accidente automovilístico; el segundo es el famoso senador», decía el periódico a modo de introducción.

La inesperada acusación se basaba en un documento de extraordinario valor, facilitado al semanario por gentes que no deseaban dar publicidad a sus nombres.

Se trataba de la confesión del crimen hecha de su puño y letra por Ian Grosick, meses antes de su muerte. La justificaba diciendo que Krill era un tipo ambicioso y carente de escrúpulos, que pretendía sustituirle al frente de la organización a que ambos pertenecían, «quizá con el secreto designio de vender a todos sus miembros, si alguien le paga lo suficiente». Insinuaba la posibilidad de perecer cualquier día, víctima de un «accidente casual» —como efectivamente sucedió, según subrayaba el «Scandals»—, y aunque no concedía a su vida un valor extraordinario, quería que sus camaradas supieran a qué atenerse y pudieran defenderse de las calumnias que contra ellos podía lanzar el día menos pensado el que más tarde llegó a ser senador de los Estados Unidos.

El periódico publicaba una fotocopia de la declaración, junto con otros escritos y cartas sin importancia de Grosick, pero que servían de base a diversos peritos calígrafos para certificar que se trataba de la misma letra, sin la menor duda posible.

«Ponemos todos los documentos a disposición del Senado y de la

Justicia —concluía el semanario—, para que sean ellos quienes decidan y juzguen la conducta de Harold N. Krill, pretendido adalid de una cruzada nacional de honestidad y limpieza y culpable quizá de un crimen tan vergonzoso como imperdonable».

—¿Qué le parece todo esto, Stern? —preguntó Heatter, cuando Blood cortó la comunicación, cuya parte esencial había oído utilizando el aparato auxiliar—. ¿Cree que podemos conceder al senador el beneficio de la duda?

—¿Respecto al suicidio? —inquirí.

—¡Oh, no! —Denegó, rápido—. Eso quedó definitivamente demostrado con la parafina. Me refiero única y exclusivamente a la honradez y decencia de Krill.

Prudentemente eludí una respuesta categórica en asunto tan vidrioso. La política no suele ser escuela de buenas costumbres ni quienes intervienen en ella espíritus de angelical pureza. La conducta del senador era un tanto, turbia y su demagogia dejaba traslucir ambiciones de medro personal. Pero yo no estaba en Las Vegas para perder el tiempo en disquisiciones morales.

—A mí, todo continúa pareciéndome confuso —respondí—. Incluso ese suicidio que usted da por irrefutable. Voy a hacer una gestión —añadí, poniéndome en pie y dirigiéndome hacia la puerta—. De su resultado depende que comparta su seguridad o que aumenten considerablemente mis dudas.

Repentinamente había dejado de interesarme lo que pudieran decir los papeles que Krill tenía sobre la mesa en el momento de su muerte. De haber escrito alguna nota anunciando el propósito de suicidarse, lo habría dejado en sitio bien visible. Y si se trataba de un crimen, el asesino no iba a ser tan tonto como para permitir que llegase a manos del District Attorney nada que constituye una acusación contra él.

Pero no fué esto solo, a decir verdad, lo que hizo abandonar a Heatter, si bien convine en buscarle a las diez de la noche en el Boulder, donde pensaba cenar en compañía de Blood. La razón decisiva fué un confuso recuerdo de algo leído en una revista profesional acerca de la manera de burlar la famosa prueba de la parafina, considerada hasta entonces tan valiosa como las mismas huellas dactilares.

No me fué posible traer a la memoria lo que el artículo de

referencia decía de una manera concreta, pero sí que aludía a determinado producto químico. Pensé a quién podría consultar sobre el asunto, y decidí que nadie más indicado que el doctor Ard Craig, que a su bien cimentada fama como analista unía dos características decisivas para mí: su afición por los enigmas policíacos y una amistad conmigo, que llegó a ser entrañable y cordial durante una etapa de su permanencia en Los Ángeles.

Telefoneé al laboratorio y no se encontraba allí. Me asaltó el temor de que se le hubiese ocurrido divertirse un poco y me fuera imposible localizarle con la urgencia precisa. Por fortuna, estaba solo en su casa y se disponía a meterse en la cama —pese a que no eran más que las nueve de la noche—, porque solía levantarse al amanecer.

—Ven si se trata de algo importante —concedió no sin cierta resistencia—. Pero si es algún otro narcótico, la cosa puede esperar hasta mañana. Y hasta entonces procura no beber ni agua.

Diez minutos después llamaba, a la puerta de su hotelito de Mesquite Avenue. Me hizo pasar a la biblioteca, me sirvió una taza de café bien cargado, exacta a la que estaba injiriendo, y me aconsejó que hablase rápido a fin de hacerle perder el menor tiempo posible, Aunque todas las emisoras de radio habían transmitido ya la noticia de la muerte del senador y debía estar en la calle el extraordinario del «Nevada Clarion» con toda clase de detalles, Craig lanzó una exclamación de sorpresa al contarle lo sucedido.

—No me alegra la muerte de nadie —comentó luego—. Pero no creo que el país deba sentir mucho la desaparición de Krill. El individuo que salta de un extremo a otro y pide la cabeza de quienes siguen pensando hoy como él pensaba ayer, no me inspira simpatía ni confianza.

A mí tampoco me la inspiraba, pero no había ido a, visitarle para enzarzarme en una discusión innecesaria y pueril acerca de la personalidad del fallecido senador. Perseguía un objetivo más concreto y determinado: saber si se trataba de un suicidio o un asesinato.

—¿Y quieres que te lo diga yo —preguntó, estupefacto—, que ni le vi jamás vivo ni sabía hasta hace medio minuto que había muerto?

Incliné la cabeza en gesto afirmativo. No pretendía, naturalmente, que sin haber visto el cadáver ni conocer las circunstancias que rodeaban su defunción decidiera alegremente, guiándose por alguna corazonada, si Krill se quitó la vida voluntariamente o la perdió muy en contra de su deseo.

—Se trata de algo mucho más sencillo: saber si él «test» del guantelete de parafina tiene en todos los casos un valor probatorio absoluto e indiscutible.

Craig comprendió perfectamente el alcance de la pregunta, pero tardó en contestarla. Echándose hacia atrás en el sillón cerró los ojos para mejor concentrar su pensamiento y permaneció unos minutos con el ceño fruncido y sin hablar palabra.

—La respuesta es no —dijo al cabo, con una sonrisa de triunfo en los labios—. Durante muchos años todo el mundo dijo sí, pero hace poco dos químicos afectos al laboratorio del Pólice Department de Nueva York probaron el tremendo error de quienes así opinaban.

Se puso en pie, fué hacia la estantería empezó a rebuscar entre los millares de volúmenes que demostraban su amor al estudio y su afición por la lectura. Mientras, continuó hablando:

—Publicaron un libro titulado «An introduction to criminalistics», en el que debatían ese y otros problemas de parecido interés. Lo compré hace meses y lo leí de un tirón. ¡Aquí está!

Me mostró el volumen, cuyos autores eran los doctores Charles O'Hara

y James W. Osterburg; examinó el índice, encontró lo que buscaba y lanzó un suspiro de satisfacción.

—Lee esto, muchacho —dijo, señalándome unos párrafos subrayados por él—. Creo que aclara tus dudas y resuelve de una manera definitiva la cuestión.

Obedecí interesado y contento.

O'Hara

y Osterburg afirmaban, después de realizar una larga serie de comprobaciones, que el famoso «test» podía inducir a error si la Policía tenía que habérselas con algún delincuente habilidoso, enterado y astuto. La parafina puesta en contacto con la piel de una persona mostraba luego unas manchas idénticas a las dejadas por los nitratos, aunque dicha persona no hubiese tocado un arma de

fuego en su vida, si la mano del presunto tirador había estado en contacto con una solución de sodio hipoclorhídrico.

—¿Qué es el sodio hipoclorhídrico? —pregunté.

Craig me dio una larga explicación, de la que no entendí gran cosa, excepto que era una combinación de cloro e hidrógeno. Luego añadió algo que comprendí bastante mejor y que ofrecía mayor interés: que era un producto corriente, empleado en las tintorerías en la limpieza de ropas y que con un nombre comercial u otro era de libre venta y fácil adquisición en cualquier «drug store».

—¡Espléndido! —comenté, satisfecho, dispuesto a dejar en paz a mi amigo—. Esto arroja una luz diáfana sobre lo sucedido. Sin O'Hara

y Osterburg es probable que tuviera que seguir en tinieblas con grave riesgo de partirme la crisma.

—Llévate el libro si quieres —repuso Craig—, pero procura no extraviarlo. No es que tenga para mí un valor especial, pero de todas formas...

Prometí devolvérselo al día siguiente, pero acepté su oferta. Con el volumen en el bolsillo marché al Boulder, donde hallé cenando a Blood y Heatter. Como todo el mundo aquella noche —la muerte violenta de un senador no era acontecimiento que se produjese a diario en Las Vegas— estaban hablando de Krill, y apenas tomé asiento el director del «Nevada Clarion» quiso saber mi opinión sobre la autenticidad del documento firmado por Ian Grosick.

—Redactado en la fecha que dice o mucho después —se me anticipó a contestar el District Attorney—, es indudable que la denuncia que formula es cierta. Tanto, que fué la causa determinante del suicidio del senador, que colocado en un trance desesperado no encontró mejor solución que quitarse la vida.

—Lamento discrepar —repuse cuando hubo concluido—, pero no comparto su parecer en ninguno de los extremos.

—¿Acaso ha hablado con Washington y el Bureau le ha informado de que Krill no tuvo nada que ver en el asesinato de Morris Shopping? —preguntó Blood, con aire sorprendido.

—Ni he hablado con Washington —repliqué— ni tenía por qué hacerlo. Por el momento me tiene sin cuidado que la acusación contenida en la supuesta confesión de Ian Grosick sea o no exacta. Pero como la cabeza me sirve para pensar, niego en redondo que la

publicación de ese documento asustase de tal manera al senador que le impulsase al suicidio.

Tanto a ellos como a mí, Krill nos había hablado del intento de chantaje de que fué víctima tres semanas atrás. Aunque no nos dijo con claridad en qué consistía, no podíamos dudar que el arma esgrimida por el chantajista era la declaración del «difunto» Ian Grosick. El senador tenía que conocer la gravedad de la amenaza pendiente sobre su cabeza.

—Pero lejos de amilanarse vino a Nevada dispuesto a luchar y seguro de vencer.

Durante los últimos años, Krill había sido combatido con verdadera saña —en justa correspondencia a la que empleaba contra sus enemigos—, lanzándose contra él las más graves, imputaciones. Aun admitiendo que la mayoría careciesen de fundamento, parecía indudable que algunas tenían una base sólida. Ninguna bastó, sin embargo, para hundirle. El senador pasó algunos trances apurados, pero consiguió salir airoso de todas las pruebas.

—La pretendida confesión de un individuo que lleva oficialmente once años muerto, y que ninguna persona viva podría corroborar, no podía quitarle el sueño ni mucho meaos inducirle a pegarse un tiro.

—Es posible que tenga razón en eso —concedió Heatter de mala gana—. No obstante, es indudable que se suicidó. Y no me apoyo al afirmarlo en indicios dudosos, sino en pruebas tan irrefutables como la que nos ofreció el teniente Weidman.

—¿Y si el «test» de la parafina no demostrase nada, porque puede ser falsificado con facilidad y sencillez? —objeté yo, sonriente, seguro del terreno que pisaba.

Ante el gesto de asombro de mis interlocutores hube de repetir lo que poco antes escuché de labios de Craig. Como prueba de que no se trataba de ninguna fantasía les mostré el libro escrito por O'Hara

y Osterburg, señalándoles los párrafos que nos interesaban. Ambos los leyeron y les produjo un efecto semejante al experimentado por mí.

—Esto varía por completo el aspecto del problema —reconoció, con visible satisfacción, Blood—. Si no existe seguridad absoluta de que el senador se suicidó... ¡Déjeme un momento el libro, Stern!

Voy a dictar por teléfono estos párrafos para publicarlos en el «Clarion» de mañana. ¡Caerán como una bomba! Penetré en una de las cabinas telefónicas y estubo hablando por espacio de diez o quince minutos. Mientras, yo me esforcé por destruir los argumentos del District Attorney, que continuaba empeñado en que Krill tuvo que suicidarse. Cuando Blood volvió a nuestro lado distaba mucho aún de haber logrado mi propósito.

—Aun admitiendo que tenga razón ese fibrila y pueda simularse la presencia de nitratos en una mano determinada —argüía Heatter, obstinado—, ¿cómo explica que, de tratarse de un asesinato, dejase el senador que el criminal apoyara contra su sien el cañón de la pistola?

—De varias y distintas maneras —respondí, pensativo—; pero yo me inclino por una determinada: que estuviera inconsciente en ese momento crítico.

Ya sabía que en el cuerpo de Krill no se había encontrado huella de ningún golpe capaz de privarle del conocimiento. Pero existían otros procedimientos. Un narcótico, por ejemplo, como el que hacía menos de una semana quisieron hacerme injerir.

—Y nada me extrañaría que fueran las mismas personas, especialmente George Travis. Al que, por cierto, vi en las cercanías del Fremont, poco después de la muerte del senador.

Cenando y charlando el tiempo vuela. Cuando quisimos darnos cuenta eran las doce de la noche. Decidimos abandonar el Boulder y lo hicimos con cierta prisa. Blood deseaba volver al periódico para enterarse de la reacción producida en Washington por la muerte del senador; Heatter, a su despacho, a fin de leer el dictamen de los forenses luego de practicada la autopsia al cadáver de Krill.

—Aunque —dijo con una sonrisa— el balazo en la sien indica sin lugar a dudas la causa de su muerte.

Yo deseaba recorrer una serie de clubs nocturnos, por si tenía la suerte de tropezarme con Liz y Travis en amoroso coloquio. Si no era así, me presentaría antes del amanecer en el Potosí Motel, y no me movería de allí hasta atrapar al individuo cuyo rostro parecía una de las menos placenteras caracterizaciones de Boris Karloff.

Nos despedimos a la puerta del Boulder. Pensaba dirigirse hacia Main Street, mientras Heatter acompañaría a Blood hasta la bocacalle inmediata, donde tenía aparcado su coche.

Acababa de separarme de ellos y caminaba por el borde de la acera cuando llamó mi atención un coche que avanzaba en dirección opuesta. De una manera maquinal advertí que llevaba apagado el faro que debía iluminar la matrícula, y marchaba muy despacio y a contramano. A otro cualquiera, todo aquello le hubiera tenido sin cuidado. Pero cuando treinta pistoleros distintos nos han tomado como blanco y llevamos en el cuerpo las cicatrices de diez o doce balazos, uno se vuelve receloso y en todas partes ve peligros.

Fué lo que me sucedió a mí. Cuando el automóvil estaba a diez pasos encendió de pronto sus faros de carretera, enfocándome con ellos, y apresuró la marcha. Lo natural y lógico en una persona cogida por sorpresa, deslumbrada por una luz fuerte dándole en la cara, es que permanezca medio minuto como mínimo inmóvil y desconcertado. Pero yo estaba advertido y me tiré de bruces al suelo.

Al hacerlo escuché dos ruidos inconfundibles: el aceleramiento del motor y el tableteo de una pistola ametralladora. Uno de los balazos me arrancó el sombrero de la cabeza, pero fué el único daño que sufrí. Cuando cesaren los disparos y el automóvil se perdió en dirección a Stewart Avenue pude incorporarme por mi propio impulso, sin haber sufrido el menor rasguño.

Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. La agresión fue tan rápida que muchos que se hallaban en las inmediaciones no se dieron cuenta de nada. Pero tanto el portero del Boulder como Heatter y Blood, que se encontraban a pocos pasos de distancia, oyeron perfectamente los disparos, me vieron caer al suelo y corrieron desolados en mi ayuda.

—¿Qué le ha pasado, Stern? —preguntó Blood, angustiado, al llegar a mi lado.

—Que alguien estima peligrosa para su seguridad mi presencia en Las Vegas y ha procurado curarse en salud —repliqué, seguro de no equivocarme.

—¿Supone que han querido asesinarle? —saltó Heatter, con ligera incredulidad.

—Es algo más que una suposición —contesté—. El que tiraba no lo hacía precisamente utilizando caramelos. Y el agujerito del sombrero —añadí, mostrándoselo— indica que no pretendía asustarme.

—¿Sabe quiénes eran?

—¡Seguro! Pondría la mano en el fuego con la plena convicción de retirarla indemne.

—¿Llegó a verles la cara? —Tornó a inquirir del District Attorney.

—No; pero no era preciso. Con el M. O., tengo más que suficiente.

—¿El M. O.? —exclamó Blood, con claras muestras de no entender su significado.

—Sí, el «*modus operandi*» —aclaró—. Conozco a un tipo que hizo lo mismo en seis ocasiones distintas y en las seis tuvieron que enterrar a sus víctimas. Está en Las Vegas, voy en su busca y mañana tendrán que enterrarle a él, si no se aviene a razones.

Me miraron sobresaltados y hablaron con energía tratando de disuadirme. A Heatter, como representante de la Ley, le parecía monstruoso que quisiera tomarme la justicia por mi mano. A Blood le inquietaban los peligros que había de correr. Ambos consideraban necesario y preciso avisar a la Policía local y que fuese ella quien se encargase de apresar a los culpables.

—Prefiero no delegar en nadie —repuse—. Es posible que Weidman merezca todas las confianzas, pero confío mucho más en mí mismo.

Discutimos un rato y no llegamos a ningún acuerdo. Accedí a que me llevasen en coche hasta Main Street, pero allí les obligué a parar para apearme.

—No insistan, amigos —les rogué—. Se trata de un asunto personal e intransferible. Ellos quisieron hacerme saltar, ¿no? Pues yo voy a hacerlos saltar tan alto que cuando caigan al suelo no les queden fuerzas para volverse a levantar.

Cuando se marcharon me dirigí al Horseshoe. Eran dos los que iban en el automóvil. Ignoraba quién fuese uno, el que manejaba el volante. Del otro no me cabía la menor duda: *Dandy White*. Había empleado conmigo su método favorito, y yo estaba dispuesto a que fuese la última vez que pudiera ponerlo en práctica.

Sólo tenía una duda: los motivos de la agresión. Podía ser un intento personal de *Dandy* por cobrarse la humillación y los insultos de la víspera. Pero podía ser algo más. White no solía trabajar gratis, por la pura satisfacción de matar a quien le

molestaba, y había en Las Vegas gentes para las que yo significaba un estorbo y un peligro. Cabía qué alguien hubiese puesto en manos del «killer» el dinero preciso para decidirle a la acción.

—Tendrá que decírmelo o lo pasará mal —decidí. Aunque de cualquier manera no lo pasará nada bien.

De vigilancia en la puerta del despacho estaba Apeman, con su eterna mirada reveladora del completo y desolador vacío de su sesera. Quiso cerrarme el paso como la víspera, pero no me anduve en contemplaciones. Acallé sus protestas con un codazo en la boca del estómago que le dejó momentáneamente sin hablar, abrí la puerta y entré.

El despacho estaba desierto. Repuesto del golpe recibido, Apeman me siguió, decidido a devolverme la caricia. Se frenó en seco al advertir que tenía la mano derecha oculta bajo la americana, temeroso de que respondiera con un balazo al menor gesto de amenaza.

—¿Dónde está? —pregunté.

—¡Regístreme! Mister White entra y sale cuando le parece, sin darme cuentas de nada.

—¿A qué hora se fue?

—¡Yo qué sé! Pudo ser a las ocho lo mismo que a las nueve. Desde entonces no ha vuelto.

—Piensa un momento, Ape, aunque represente un esfuerzo gigantesco para ti. Si me dices dónde está *Dandy* en este momento podrás seguir disfrutando de la vida. En caso contrario corres grave peligro de que se te olvide respirar.

La amenaza le hizo efecto, pero guardó silencio. Tuve que repetirla, mostrándole la pistola en un gesto elocuente. Aquello desató su lengua. Apresuradamente nombró seis o siete salones de juego donde White podía estar probando fortuna en aquel instante.

Empleé dos horas en recorrerlos todos, escudriñando hasta en los últimos rincones, y perdí los ciento veinte minutos. Torné al Horseshoe, volví a dialogar amistosa y cordialmente con Ape, que se rascó pensativo la cabeza como si quisiera sacarse con las uñas alguna idea y me dio otras cinco direcciones distintas.

Sólo me molesté en visitar tres. En todas conocían a *Dandy*, pero no le habían visto hacía varios días. Supuse que en las otras dos ocurriría lo mismo y no quise perder el tiempo. El gorila de

Harris me había engañado; pero estaba decidido a que no se riese de mí.

Por tercera vez entré en el Horseshoe y me enfrenté con Apeman. Ahora no me molesté en preguntarle nada. Disimuladamente le puse el cañón de la «Luger» en el vientre, le hice pasar al despacho y le obligué a cerrar la puerta.

—Las dos mentiras han completado tu cupo, Harris —anunció—. Una más será tu certificado de defunción. ¿Dónde puedo encontrar a tu amo?

No se atrevió a repetir el truco de antes. La pistola que apuntaba a su pecho y la firme decisión que leía en mis ojos le inspiraban un temor no desprovisto de fundamento. Aun así, no quería hablar.

—Estamos solos en el despacho, y esa puerta —dije, señalando la del fondo— conduce a la calle. Cuando oigan el disparo, si lo oyen, y consigan entrar, tú estarás muerto y yo habré desaparecido. ¿Te gusta el programa?

A nadie podía hacerle gracia semejante perspectiva, y pese a su falta de inteligencia, Apeman no era una excepción en aquel punto concreto.

—Voy a contar hasta diez; si cuando termine sigues empeñado en proteger a *Dandy*, no llegará a tiempo, por macha prisa que se dé, para agradecerte tu sacrificio.

Necesité contar únicamente hasta siete. Apeman, que sudaba como un corredor que acaba de ganar el «maratón» y temblaba como si en vez de sangre tuviese azogue en las venas, decidió que su vida le importaba más que la de White.

Podía encontrarle con toda seguridad en Joe's.

Era un cliente habitual de los pisos altos del establecimiento. Tenía allí un amigo con el que le agradaba emborracharse fumando pipas de opio.

—Pero es difícil que le dejen pasar —añadió—. Sobre todo si sospechan que es un «fed».

—Eso es cuenta mía —repuse—. La tuya es haberme dicho la verdad y cerrar la boca. Si me has mentido o te vas de la lengua... ¡te hubiese convenido dejarme contar hasta diez!

Juró y perjuró que no diría una sola palabra y tuve la seguridad de que hablaba con sinceridad. Tanto miedo como yo debía

inspirarle White, y si sabía que le había traicionado...

No fui directamente a

Joe's.

De encontrarse allí *Dandy*, no era de suponer que abandonase el edificio antes del amanecer. La entrevista podía terminar de mala manera, Weidman parecía profesarme una profunda antipatía y era conveniente tomar ciertas precauciones.

Volví a mi hotel, hablé un minuto con el portero y el chico del ascensor, haciendo que ambos se fijaran en la hora, y subí a mi habitación, encargándoles que no permitieran que nadie me molestara. Junto a la ventana de mi cuarto —ya había tenido buen cuidado al elegirlo— pasaba, una escalera de incendios. A los diez minutos estaba otra vez en la calle; a la media hora me hallaba conversando con el viejo Stubborn.

—Necesito un favor de ti —dije, depositando sobre te mesa con aparente descuido tres billetes de cien dólares—. Sé que *Dandy* se encuentra arriba y quiero verle. ¡Oh, no pasará nada! Sólo avisarle de que está en peligro. ¿Qué respondes?

—Que es un cerdo —gruñó, mientras un relámpago de odio brillaba en sus ojos.

—¿Quién?

—*Dandy*. Cree que la pistola lo es todo y se atreve a amenazar a los viejos.

—¿No me dejas subir?

—Al contrario —sonrió, guardándose los billetes—. Deseo que le enseñes buenos modales, aunque no pueda ponerlos en práctica después. Está en la tercera planta; habitación número cinco.

—¿Llamo en la puerta?

—No te oiría; los muros están contruidos a prueba de ruidos. Toma la llave y no te preocupes de devolverla cuando te largues.

Oprimió uno de los varios botones alineados sobre la mesa. Temí que fuese para llamar a los matones encargados de poner en la calle —y romper de paso algún que otro hueso— a los que se empeñaban en pasar sin el «okay» de Stubborn. Pero la opresión del botón no produjo otro efecto que descorrer un panel y mostrar un ascensor dispuesto a llevarme hasta la planta tercera.

—Gracias, viejo —sonreí, dirigiéndome al ascensor.

—¡De nada, «fed»! Y no te preocupes por el «fiambre».

Aparecerá mañana donde siempre debió estar: en algún muladar.

—Te equivocas, Stub —mentí—. No se trata de lo que supones.

—Quizá, pero no se puede afirmar nada por adelantado.

Un minuto después me encontraba en la tercera planta. En el suelo había una alfombra de tres pulgadas de espesor; en las paredes, una luz discreta. Escuché aplicando el oído a la puerta que me interesaba, pero no oí nada. Abrí entonces manejando la llave con la mano izquierda. La derecha la tenía muy ocupada con la «Luger».

Dentro había una suave penumbra contra la que luchaba inútilmente una lámpara rojiza. Aspiré una bocanada de aire cargado con un olor nauseabundo y cerré la boca, al tiempo que hacía lo mismo con la puerta. Había un tipo medio desnudo roncando tumbado en la alfombra. Si el opio transporta al paraíso a quienes lo fuman, con aquél había extraviado la dirección. Juzgando por su cara estaba en el infierno, quizá porque no merecía nada mejor.

Pero no se hallaba solo en la habitación. Había otro individuo medio adormilado, con una larga pipa entre los dientes. Al oírme soltó la pipa y abrió los ojos. Pese a la falta de luz, me reconoció en el acto, y al reconocirme le hizo la misma gracia que una patada en la boca del estómago.

Se puso en pie de un salto, trató de rebuscar entre los cojines del diván y gruñó mi nombre como si al mencionarlo pretendiera hallar las fuerzas que necesitaba para hacerme frente.

—¡Bob Stern!

—¡El mismo! —admití—. Pero cuidado, *Dandy*. No incurras en el error de buscar un arma, porque de llegar a empuñarla será lo último que hagas.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó, renunciando a la búsqueda, convencido de que mis balazos serían más rápidos.

—Charlar un ratito contigo, sin testigos molestos. Todo depende de lo que me digas. Al final...

—¿Qué?

—Es posible que te devuelva, con mejor puntería, el regalito que quisiste hacerme a la puerta del Boulder Club a las doce en punto de la noche...

COINCIDENCIA EXCESIVA



E miró con ojos en los que se pintaba un agudo terror. Luego dirigió la vista hacia su amigo, esperanzado en que pudiera prestarle alguna ayuda. No le agradó comprobar que seguía roncando, ajeno a cuánto sucedía en la habitación.

—¿Quién te pagó? —pregunté.

—¿Pagarme el qué? —Simuló no entender la pregunta que le dirigí.

—Apretar el gatillo de la Thompson, tomándome como blanco.

—¿Yo? —replicó, desdeñoso—. De haberlo hecho no estarías

aquí, sino en la Morgue.

—No mientas —le aconsejé, cargándome de paciencia—, porque te vi disparar.

—Cuídate, entonces. El «*whisky*» se te sube a la cabeza y ves visiones.

Alargué el puño izquierdo, le alcancé en plena nariz y le tocó ver lo que no existía: la habitación llena de estrellitas que bailaban ante sus ojos. Debía estar borracho por el opio, porque se atrevió a contestarme. A intentarlo mejor, porque su puñetazo se perdió en el vacío; el segundo mío le hizo rodar por la alfombra, sangrando por boca y narices.

—Habla si quieres vivir —dije, mientras la puntera de mi zapato acariciaba sus costillas en una muda invitación a levantarse.

Se incorporó, limpiándose la boca con el dorso de la mano. Furioso, me increpó:

—¡Eres un cobarde! De no tener la «Luger» en la mano...

El opio le había trastornado. Aunque más joven que yo, apenas me llegaba al hombro, y era una ruina física. Ofrecía peligro con una pistola o una metralleta; sin ellas, no pasaba de ser un montón de basura.

Le había visto buscar un arma y tenía la seguridad de que no llevaba ninguna encima. Sonriente, me guardé la «Luger» para darle una dura lección.

—¡Prepárate, *Dandy*! Vas a tener lo que mereces.

Lo tuvo. Fueron cinco minutos de pelea en los que estuvieron perfectamente repartidos los papeles: yo pegaba y él recibía los golpes. No quería matarle, ni siquiera dejarle sin sentido. Preferí hacerle daño. Conocía los sitios más sensibles de la anatomía humana y los busqué con verdadero deleite.

White rodó por el suelo seis o siete veces y le hice levantarse otras tantas. El valor que le infundían los estupefacientes se esfumó pronto y apareció a mis ojos, tan cobarde como había sido siempre. Lloró y suplicó; sin hacerle caso continué vapuleándole concienzudamente.

—¡Basta, basta! —pidió, poniéndose de rodillas ante mí y con las lágrimas corriéndole por las mejillas—. ¡Te diré toda la verdad!...

Me dio tanto asco que a duras penas logré dominar la tentación de escupirle. Pero había ido allí con dos objetivos fundamentales:

castigar a *Dandy* y arrancarle la verdad. Lo primero estaba hecho; quedaba lo segundo.

—¡Empieza! —accedí—. Pero al primer embuste te piso la cabeza.

Comenzó admitiendo que había disparado contra mí a la puerta del Boulder. No por propio impulso, aunque mi muerte no le produciría el menor pesar, sino porque alguien le pagó.

—¿Quién?

—George Travis. Fuimos en su coche; él manejaba el volante.

—¿Quién más?

—Nadie más. Me buscó en el Horse y ofreció tres mil por el trabajito; mil quinientos por adelantado. La oferta era tentadora y acepté.

—¿Habías hecho antes otros trabajos para él?

—Sí; pero cosas sin importancia. La primera seria era la de esta noche.

—Después de la de esta tarde, ¿no? —rectifiqué—. Porque a las seis y media tuviste otro encargo: Harold N. Krill.

Negó en redondo y le creí. Liquidar a un tipo como yo, por rápido que fuese manejando la pistola, era una cosa relativamente fácil, de cogerme desprevenido. Asesinar a un senador, otra distinta y mucho más grave.

—Pero tú sabes quién lo hizo —insistí.

—La «bofia» dice que se suicidó —gruñó—. No quiero ni me importa saber más.

—¿Ni siquiera quién es George Travis?

—Lo sé: George Travis.

—¿No has oído hablar de Ian Grosick?

—Tengo mala memoria para los nombres.

—¿Qué tal si vuelvo a calentarte para curarte la amnesia? —pregunté.

—¡Pero si estoy diciendo todo lo que sé!

Admití que pudiera ser cierto. Si Travis era Grosick no iba a revelárselo a White.

—¿Por qué quería liquidarme George?

—El que paga manda, sin dar explicaciones; en este asunto yo no hacía más que cobrar.

—¿A qué hora te propuso el asunto?

—Insinuó algo a mediodía y acepté en principio; concretamos cuando fué a buscarme a las once y veinte de la noche.

—¿Cómo sabía dónde me encontraba?

—Pregúntaselo a él; yo no me molesté en hacerlo.

—¿Había alguna mujer por en medio?

—Siempre hay mujeres en todo. Aunque a mí...

Su gesto era expresivo y venía a confirmar todo lo que había oído de él. No contribuyó, naturalmente, a hacérmelo más simpático. Dominando la repugnancia, proseguí el interrogatorio:

—¿Era Lilian una de ellas? ¿O se trataba de Elizabeth?

—A ninguna le pregunto el nombre. Todas son iguales y...

Cambió de expresión repentinamente. Una alegría feroz brilló en su mirada, y gritó:

—¡Tira sin miedo, Leslie! Mátale...

Creí que se trataba de un viejo truco; por si acaso miré a mi izquierda y no me agradó lo que vi. El durmiente que roncaba al penetrar en la habitación había despertado al oírnos. Aún estaba medio adormilado; sentado en el suelo, no parecía darse cuenta exacta de la situación, pero tenía un revólver en la mano y me apuntaba a mí.

—¡Aprieta el gatillo, imbécil! —rugió *Dandy*, exasperado por su tardanza.

Leslie obedeció, sí bien su cerebro estaba embotado y sus reflejos resultaban de una lentitud desesperante. Desesperante para White, naturalmente; no para mí, que de andar aquel tipo un poco más listo no habría podido contarle.



Alargué el pie izquierdo, asestándole un terrible patadón.

Alargué el pie derecho, asestándole un terrible patadón en la cara en el mismo instante que apretaba el gatillo. El disparo no me hirió y Leslie no tuvo ocasión de repetirlo, porque mi puntapié volvió a sumirle en una inconsciencia de la que no bastaría a sacarle un cañonazo.

Pero *Dandy* había aprovechado mi momentánea distracción para rebuscar entre los cojines y apoderarse de su pistola. Una décima de segundo se creyó victorioso y lanzó una carcajada. Su error fué que disparó sin apuntar, con excesiva precipitación, y yo, saltando a un lado, logré quitarme de la trayectoria del plomo.

Empuñé a mi vez la «Luger». White merecía veinte muertes, pero aún me interesaba vivo, porque deseaba hacerle hablar un poco más. Quise desarmarle y tiré con ánimo de troncharle el brazo y dejarle, desarmada y herido, a mi absoluta disposición. Por desgracia, *Dandy* se pasó de listo.

Acababa de verme saltar a un lado para rehuir el plomo y quiso hacer lo mismo. Sólo consiguió que su pecho ocupase el lugar en que un instante antes aparecía su brazo. El disparo destinado a herirle terminó con su vida.

Recibió el balazo en la parte izquierda del pecho y estaba muerto antes de soltar la pistola y caer de espaldas. Cuando me acerqué para mirarle comprendí que no había nada que hacer. No experimenté el menor remordimiento. Entre su vida y la mía no podía dudar.

Me volví para mirar a Leslie. El patadón le había aplastado la nariz y roto los labios; se hallaba sin sentido, pero vivía. ¿Un peligro futuro? ¡Bah! Sería difícil que me reconociera, cuando ni siquiera me había visto la cara. Y más difícil aún que le creyese nadie.

—Pero le tendrá más cuenta callar para no meterse en un buen lío.

Guardé la «Luger» y abandoné la habitación. Fui al extremo del pasillo y tomé el ascensor para bajar.

Cuando crucé por delante de Stubborn no levantó la cabeza para mirarme, pero advertí que sonreía irónico. Por aquel lado, nada había que temer. Se dejaría hacer pedazos antes de admitir que sabía nada de nada.

En la calle dudé un momento. Mi intención era marchar al Potosí Motel, pero rectifiqué, a tiempo. Travis no desaparecería sin dejar rastros. Por lo menos hasta que conociera la muerte de *Dandy* White, y nadie se enteraría de su final hasta que, avanzada ya la mañana, apareciera el cadáver en la cuneta de cualquier carretera.

La autopsia diría, no obstante, la hora aproximada de su muerte.

Por lo que pudiera pasar. —Weidman, que no había ocultado su hostilidad contra el

F. B. I.,

celebraría poderme dar un disgusto—, necesitaba ponerme a cubierto.

Regresé a mi habitación del hotel por el mismo camino utilizado para abandonarla: la escalera de incendios y la ventana. Llamé por teléfono al portero preguntándole qué hora era, diciendo que me acababa de despertar y tenía parado el reloj. Luego me tumbé en la cama y esperé con calma a que amaneciera.

A las ocho de la mañana salí de mi cuarto, procurando que me viera todo el mundo. Desayuné en el comedor, encargué que avisaran un taxi y lo utilicé para llegarme al Potosí Motel.

—¿Adónde va, señor? —me preguntó una de las camareras al apearne del coche.

—Al número siete —repuse—. Quiero hablar con míster Travis.

—Lo siento, señor, pero no podrá hacerlo.

—¿No está míster Travis?

—Está..., ¡pero muerto!

Lancé un grito de asombro, mientras los más contradictorios pensamientos cruzaban por mi cerebro. Por un momento fui incapaz de articular palabra. Al final, pregunté:

—¿Saben quién le mató?

—¿Matarle? —se sorprendió la camarera—. ¡Nadie! Falleció de muerte natural.

No la creí, naturalmente. Era demasiada coincidencia que aquel individuo fuese a morir precisamente en el momento en que más me interesaba vivo. Me acordé de Ian Grosick y una sospecha cruzó por mi mente. ¿No habría repetido la jugarreta de Brooklyn y haría que enterrasen a otro con su nombre?

La puerta del número siete estaba abierta y penetré sin molestarme en pedir permiso. Unos empleados del Potosí acababan de tender al muerto sobre la cama, cubriéndole con una sábana.

Levanté una punta del lienzo y no cabía duda. Se trataba del individuo con quien me peleé unas noches antes en el Pioneers, y estaba más muerto que mi bisabuela.

—¿De qué murió? —Traté de averiguar.

—Pregúnteselo al «doc» —respondió, indiferente, uno de los

empleados—. Acaba de examinarle y estará en la dirección escribiendo el certificado. Algo del corazón, supongo.

El médico era un hombre de pelo blanco, gruesas gafas, un poco encorvado por los años y un aire inconfundible de persona decente. Cuando le pregunté por las causas de la muerte de Travis me tendió el certificado de defunción que acababa de extender: angina de pecho.

—¿No cree que debe hacerse la autopsia, doctor? —pregunté.

—¿Para qué? —contestó, mirándome con extrañeza—. El caso está perfectamente claro y no ofrece la menor duda. ¿Es usted de la familia?

—Amigo simplemente —mentí.

—Entonces olvide sus lecturas policíacas y déjese de sospechas estúpidas. Sólo queda una cosa que hacer: enterrarle.

No perdí el tiempo discutiendo con él. Hablaba de buena fe, creía lo que afirmaba y consideraría una ofensa personal que yo, un lego en medicina, tuviera la osadía de poner en tela de juicio su diagnóstico.

Volví a tomar el taxi y regresé al centro de la ciudad. Fui en busca de Jonhattan Heatter. Tuve que sacarle de la cama y no pareció agraderle mucho. Aún le desagradó más mi pretensión.

—Con arreglo a la legislación de Nevada, ni la Policía ni los forenses tienen por qué intervenir. Si un médico certifica que una persona falleció de muerte natural tenemos que admitirlo así.

—Salvo cuando existen pruebas de que fué asesinada, ¿no?

—¡Claro! Pero ¿dónde están esas pruebas?

Las únicas que consideraba válidas eran que el cuerpo presentase alguna herida o que alguien atestiguara que el difunto había sido objeto de malos tratos.

—Usted afirma que no vio la menor herida y reconoce que ni examinó el cadáver ni tiene conocimiento médico alguno. ¿Con qué derecho se atreve a negar la opinión de un doctor?

Discutimos un rato sin ponernos de acuerdo. Ni siquiera pareció conceder mucho crédito a mi afirmación de que Travis conducía el automóvil desde el que trataron de asesinarme. Yo insistí, con mayor energía:

—Tuvieron que matarle; mejor aún, le mataron.

—¿Quién, y para qué?

—Los mismos que prepararon la muerte del senador y quisieron eliminarme. George sabía demasiado, yo iba a echarle mano y tuvieron miedo de que hablase, descubriéndolos.

Todo aquello se le antojaba a Heatter tan novelesco como inverosímil. Cuando su obstinación acabó con mi paciencia, perdí la cabeza y le amenacé. Iba a telefonear a Washington y organizar un escándalo nacional en el que se vería metido hasta el cuello.

—Diré que en Las Vegas pretenden hacer aparecer como suicidio el asesinato de Krill; que todo el mundo está complicado en el crimen y que usted es el más culpable de todos.

Protestó, indignado, dando voces y obsequiándome con algunos adjetivos no muy halagüeños. Pero descubrí que, pese a los gritos, estaba mortalmente asustado. Persistí en mis amenazas, hice ademán de marcharme para telefonear a la capital federal, y alcancé el éxito perseguido.

—¡Espere un momento, Stern! —me gritó, cuando ya llegaba a la puerta—. Accederé a su pretensión. En definitiva, no haremos daño a nadie, comprobando las causas de la defunción de Travis.

Esperé hasta que habló por teléfono con el Pólice Department y con el médico forense, dando instrucciones concretas para hacerse cargo del cadáver y efectuar la autopsia con la máxima rapidez posible.

—A las cuatro de la tarde conoceremos el resultado —anunció al colgar el auricular—. ¡Y pobre de usted si se ha equivocado y la muerte obedece a causas naturales! Me ha hecho pasar un mal rato, pero le prometo devolvérselo con creces.

—Quizá sea yo quien le haga pasar pronto otro mucho peor —gruñí, malhumorado.

Lo pensaba al abandonar su domicilio. Heatter empezaba a parecerme sospechoso. Mientras su amigo Blood, yo, e incluso *mistress* Krill nos negamos a admitir la idea del suicidio, el District Attorney la defendió con testarudez desde el primer instante. Peor aún: fué quien la insinuó antes que nadie.

Había más: conocía a Travis y a la mujer del senador, aunque afirmaba no haber hablado nunca con ellos. Lo mismo le ocurría con Lilian Norris.

—Y era el único que sabía por anticipado que iba a ir anoche a cenar al Boulder.

Cuando empezamos a recelar de una persona, recordamos en el acto muchas cosas que dan pábulos y sostén a las peores sospechas. Heatter había hablado con el senador poco antes de su muerte. ¿Cuánto tiempo antes? Quizá hasta que perdió el conocimiento, víctima de algún soporífero como el que quisieron administrarme a mí.

Aquello me hizo pensar en Lillian. El District Attorney sabía que no me inspiraba la menor confianza, pese a que Krill la calificó de uno de sus mejores auxiliares. También que sospechaba de ella, de acuerdo y en colaboración con Travis, había liquidado al senador. A Travis le habían matado para impedir que hablase. ¿No harían lo mismo con la muchacha?

—Tendré que buscarla de prisa, si no quiero llegar también tarde.

Pero no es fácil dar con una joven, por bonita que sea, en Las Vegas, donde constantemente hay quince o veinte mil forasteras que no han cumplido los treinta y podrían intervenir en un concurso de belleza con fundadas esperanzas de ganarlo.

—Quizá *mistress* Krill sepa dónde se encuentra y quiera decírmelo.

Pero la ya viuda del senador se negó a recibirme; cuando penetré en su habitación, pasando por encima de una camarera, me recibió de uñas. Discutimos unos minutos, y tuve que marcharme sin conseguir nada; para vencer mi resistencia, empezó a desabrocharse la blusa y amenazó con dar voces en demanda de socorro.

Comprendí que tenía perdida la partida. Si me acusaba de haberla ofendido, sería difícil que nadie lo dudase, especialmente cuando la camarera afirmaría que la había empujado para penetrar violentamente en la habitación. Dos cosas aparecían claras, sin embargo, a mis ojos: que *mistress* Krill no había sentido mucho la muerte de su marido —su aspecto indicaba que había dormido con entera tranquilidad de ánimo— y que no era la primera vez que representaba la farsa con que me amenazaba. La prontitud con que se le había ocurrido y la seguridad con que se aprestaba a ponerla en práctica demostraban que no se trataba de una debutante en tales lides.

—Una sola pregunta —dije en la puerta ya, sin otro propósito

que molestarla un poco—: ¿querría decirme dónde compró el sodio hipoclorhídrico?

Yo no sabía hasta la víspera que existiera aquel producto; lo natural era que ella lo ignorase también, y que mi pregunta la dejase indiferente. Lejos de ello palideció intensamente, y sus ojos, relampagueantes de ira el segundo precedente, exteriorizaron un terror pánico.

Reaccionó con prontitud y vehemencia, insultándome con lenguaje impropio de una dama —aunque yo bien sabía que no hay nadie que hable peor que una señora cuando se olvida de que lo es— y amenazándome con no sé qué fieros males.

Pero la reacción llegaba tarde. Yo ya sabía que conocía algo respecto al reactivo químico que sirvió para dar un toque maestro a la farsa del pretendido suicidio del senador.

Me lancé como un loco a buscar la tienda donde podía haberlo adquirido. Daba por descontado que tenía que ser en los dos últimos días —nunca antes de que Krill se presentase en Las Vegas— y que la compradora había sido ella misma. Era fácil que el vendedor no la hubiese olvidado, aunque sólo fuera por su belleza.

Resultó que había en Las Vegas muchas más tiendas que pudieran vender el sodio hipoclorhídrico y más productos comerciales que lo tenían como base de lo que suponía. Me cansé de ir de un lado para otro, y conseguí muy poco. Una y otra vez di las señas de Elizabeth Krill a las que añadí de cuando en cuando las de Lilian Norris, pero la suerte no me sonrió. O no acerté a encontrar la «drug store», que vendió el producto, o no lo habían comprado ninguna de las dos mujeres.

—Ayer vendimos algo de eso —dijeron en un establecimiento—. Pero, desde luego, no lo compró una señora, sino un hombre. ¿Sus señas? ¡Oh, no las recuerdo con exactitud! Sólo tengo una vaga idea de que era un tipo extraño, por su gordura. Aunque no —rectificó—; más bien creo que llamaba la atención por su cara.

No estaba nada seguro, porque rectificó una segunda e incluso una tercera vez. Al final me quedé sin saber qué aspecto tenía el posible comprador. Parecía, no obstante, que el rostro un tanto deforme de Travis era lo que había llamado la atención del dependiente. Aunque yo, sin saber por qué, acaso porque en el fondo lo deseaba, recordé en el acto la voluminosa humanidad del

District Attorney.

Cuando, aburrido y cansado, marché al hotel donde me alojaba para comer y por si tenía algún recado, encontré al teniente Weidman esperándome. Su visita no presagiaba nada bueno, y mis temores se confirmaron apenas abrió la boca:

—¿Qué sabe usted de un individuo apodado «*Dandy*» White? —
Fué su primera pregunta.

—Que era un «killer», en Los Ángeles; supongo que continuará siéndolo aquí y que no quisiera tropezarme cualquier día con él.

—Es posible que se haya tropezado con él anoche y que no fuera quien saliera peor librado.

—¿Qué quiere dar a entender? —pregunté, arrugando el ceño y simulando una completa ignorancia.

—Que hace tres horas hallamos cerca de North Las Vegas el cadáver de «*Dandy*» White con un balazo que le partía el corazón. ¿Qué responde?

—¿Yo? —exclamé, encogiéndome de hombros—. ¿Qué espera que responda? ¿Que siento su muerte y voy a derramar amargas lágrimas sobre su tumba?

—Algo más sencillo: que reconozca que fue quien le liquidó.

Me eché a reír. Tendría que ser cretino de nacimiento para admitir tal cosa, aun en el caso hipotético de que le hubiese matado. Pero la verdad era que hacía varios días que no me aproximaba a cinco millas de North Las Vegas.

—El cadáver apareció allí; pero debieron matarle aquí. Usted le anduvo buscando anoche; estuvo tres veces en el Horseshoe preguntando por él y...

—¿A qué hora hicieron justicia con «*Dandy*»?

—Aún no lo sabemos con exactitud; según el forense, tuvo que ser entre las cuatro y las cinco de la madrugada.

—Entonces busque por otro lado; antes de las tres vine a acostarme al hotel y no salí de la habitación hasta las ocho. Pregunte al ascensorista, al portero y a los camareros y se convencerá.

Me bastó ver su gesto para comprender que, anticipándose a mi sugerencia, había preguntado a todo el mundo, y las respuestas constituían una perfecta coartada. Fracasado en toda la línea, Weidman se marchó del peor humor imaginable.

Antes de comer telefoneé a Heatter, por si conocía ya el resultado de la autopsia de Travis, y contestó negativamente; volví a llamarle a las dos, apenas concluido el yantar, y obtuve la misma respuesta. Con una ligera modificación, porque se apresuró a añadir:

—Lo espero de un momento a otro; quédese en su habitación del hotel y llamaré inmediatamente que reciba el informe del forense.

Le hice caso, porque nada me pareció mejor que la soledad de mi cuarto para concentrar mis pensamientos, examinar meticulosamente los acontecimientos de la noche precedente y tratar de sacar una conclusión satisfactoria y lógica. Una llamada telefónica interrumpió mis meditaciones. Descolgué el auricular, esperando que fuese el District Attorney, y me sorprendió oír la voz de míster Blood.

Pero todavía me asombró más lo que hube de oírle. Estaba hondamente preocupado por los recientes acontecimientos y la actitud adoptada por su amigo Heatter.

—No sólo continúa empeñado en que Krill se suicidó, sino que sostiene que la muerte de Travis ha sido natural y no provocada.

Había hablado con el District Attorney, conocía nuestra violenta discusión y creía que toda la razón estaba de mi parte. Pero no me llamaba sólo para eso. La suerte corrida por el senador y por George —dos asesinatos, dijera lo que dijese Heatter— indicaba que ciertos elementos, dirigidos por Ian Grosick, no se detenían ante nada.

—Usted representa el máximo peligro para ellos. ¡Ándese con cuidado!

Lo ocurrido a la puerta del Boulder no me permitía abrigar ilusiones respecto a mi seguridad personal. Demasiado sabía yo que mi cabeza estaba en juego, y podía perderla en cualquier instante. De todas formas, agradecí el aviso de Blood y el interés que demostraba por mí.

—No hago más que cumplir con mi deber al ofrecerle mi ayuda y aliento —respondió—. Lo incomprensible es la postura de Heatter. De no conocerle a fondo y saber que está por encima de toda sospecha...

Yo no le conocía a fondo, pero empezaba a temer que no fuera lo que aparentaba, sino todo lo contrario. Las palabras de Blood tratando de exculparle solo sirvieron para aumentar mis recelos.

Afortunadamente tuvieron otra gran virtud. Tan grande, que, en cierto modo, me salvaron la vida. Fue el caso que a los diez minutos escasos de terminar de hablar llamaron con insistencia a la puerta de mi habitación. Fui a abrir, pero al hacerlo recordé cuánto había dicho sobre el peligro que corría y tomé algunas precauciones.

Aun así, creo que pocas veces estuve tan cerca de la muerte como en aquel instante. El pasillo se hallaba casi a oscuras, y no pude reconocer a mi visitante. Pero si en el primer instante no supe quién era, en ninguno dejó lugar a dudas sobre sus intenciones.

Tenía un revólver en la mano, y empezó a disparar apenas entreabrí la puerta. La rapidez con que salté a un lado, hizo que el primer balazo no me ocasionara sino un profundo y doloroso rasguño en el brazo izquierdo. El hecho de haber empuñado la «Luger» al dirigirme a la puerta, me permitió contestar con una vertiginosa celeridad.

Hicimos tres o cuatro disparos cada uno. Al cesar, mi agresor estaba tendido de espaldas en el pasillo, y yo continuaba en pie. Acudieron a la carrera el detective del hotel y varios camareros y huéspedes. Encendieron las luces del pasillo, dieron la vuelta al que había querido liquidarme y pereció en el intento, y pude verle la cara.

—¡«Apeman» Harris! —exclamé, sorprendido—. ¡Jamás hubiera creído que tuviese valor para nada por el estilo!

Avisaron a la Policía, y pasé unas horas mareado a preguntas y firmando declaraciones. Tuve suerte, porque nadie puso en tela de juicio que hubiese actuado en legítima defensa. Ni siquiera Weidman insinuó que debían detenerme por la muerte de «Ape».

—Si acaso por la de «*Dandy*» —comentó—. Porque no cabe duda que Harris pretendía vengar a su amigo y jefe.

A las siete de la tarde me dejaron en libertad. Al acompañarme hasta la calle, uno de los agentes me informó de que el District Attorney quería hablar conmigo y me esperaba en su despacho.

—No sé cómo pudo adivinarlo —dijo Heatter, cuando me vio, entregándome el informe de los forenses sobre las causas de la defunción de Travis—, pero estaba en lo cierto. Sinceramente, le felicito.

Ignoré su felicitación, que para nada necesitaba, abismándome en la lectura del dictamen médico. George había muerto de un

ataque al corazón, efectivamente; pero determinado por una dosis masiva de adrenalina, administrada por medio de una inyección puesta en pleno pecho.

Era de todo punto imposible que Travis permitiese voluntariamente que se la pusieran y había que descartar que lo hiciese nadie aprovechando su sueño, ya que el dolor del pinchazo le despertaría. La explicación de la falta de reacciones defensivas en la víctima estaba en los restos de un narcótico hallado en sus vísceras.

Inevitablemente recordé el intento de la encantadora Lilian por sumirme en la inconsciencia, y me estremecí al pensar que muy bien pude correr la misma suerte que Travis. Luego pensé en el senador y en el imperdonable descuido de los forenses, que, dando por descontado que el balazo de la sien le había causada la muerte, no examinaron sus vísceras, en busca de los restos de algún soporífero recientemente ingerido.

—Me parece que todo ha quedado perfectamente aclarado —comentó Heatter, frotándose las manos, satisfecho, cuando advirtió que había concluido de leer el informe.

—¿Usted cree? —pregunté, mirándole con redoblado recelo.

—¡Naturalmente! Las tres muertes acaecidas en las últimas veinticuatro horas están relacionadas estrechamente. ¡Como lo habría estado la suya, de llegar a atinarle el bestia de Harris!

Empezaba a creer que el senador no se suicidó, sino que le mataron Travis y «*Dandy*»; que fueron ambos, también, los que intentaron liquidarme a mí, y que, tras el fracaso, George —que probablemente sería, como yo indiqué en alguna ocasión, el mismísimo Ian Grosick— se había librado de un cómplice molesto y peligroso.

—«Apeman» sospechaba que a White le quitaron de en medio Travis y usted. Fué primero por uno, y tuvo éxito; pero falló con el segundo, y pagó todas sus culpas. Su muerte liquida por completo este tenebroso asunto.

—Se equivoca otra vez, Heatter —respondí, mirándole con fijeza, para observar su reacción—. Lejos de aclarar nada, el final de «Ape» complica mucho más las cosas. La solución está a la vista, desde luego, pero habrá grandes sorpresas. ¡Ya puede irse preparando para lo peor!...

VI

DOBLE JUEGO



AY gentes que para no reventar necesitan desahogarse de vez en vez con una serie de gritos y denuestos. El inspector Barnett sufría con frecuencia de dicho mal, y yo tuve la desgracia de telefonearle en el peor de sus ataques. Empezó a chillar apenas reconoció mi voz, y, con la breve interrupción de unas frases sueltas que me permitió intercalar, estuvo chillando durante diez o doce minutos.

Estaba furioso porque no le había llamado la noche de la muerte del senador, y más aún porque le hubiera dejado suicidarse. Creí

apacarle expresando mi absoluta seguridad en que se trataba de un crimen y no de un suicidio, y el remedio fué peor que la enfermedad. Cualquiera que le oyese creería que no hablaba con un agente federal que luchaba como un desesperado por atrapar a los criminales, sino con el más desalmado de los asesinos.

Barnett tenía una fecunda imaginación; se le ocurrían muchas cosas, y en aquella ocasión me las dijo todas. A otro cualquiera le hubiese contestado en la misma forma, colgándole el teléfono antes de llegar a la mitad. Pero conocía al inspector, y no di excesiva importancia a sus gritos. Esperé a qué se cansara, tomé a mi vez la palabra y le tocó oírme.

Barnett me daba la razón a los tres minutos, porque pasado su primer impulso, tenía que reconocer que ni había perdido el tiempo ni era posible exigir a nadie más de lo que me había exigido a mí mismo. Hizo algunas preguntas, se las contesté con meridiana claridad, conté lo sucedido, prescindiendo de innecesarios detalles —la muerte de «Dandy» White, por ejemplo—, y resumí la situación, diciendo:

—El culpable de todo es Ian Grosick. No cabe duda de que está vivo ni de que se encuentra en Las Vegas. Ahora mismo podría decírselo en su cara para desenmascararlo. Pero carezco de pruebas, ocupa una sólida posición y sólo conseguiría que todos me tomaran por un perturbado o un imbécil.

Tenía un plan, trazado apresuradamente en las dos horas transcurridas desde mi última y nada amistosa discusión con el District Attorney, Jonhattan Heatter.

Lo expuse en el menor número posible de palabras, entre otras razones porque necesitaba la colaboración del inspector. Barnett escuchó con interés, y me ofreció su apoyo incondicional.

—El juego es peligroso, Bob —dijo tan sólo, a modo de comentario—. Quizá sea el mejor procedimiento para alcanzar el triunfo; pero también puede serlo para perder la cabeza.

Era el primer convencido de los riesgos de la empresa, y no me impresionó la advertencia del inspector. Barnett, que me conocía a fondo, no esperaba, como es lógico, impresionarme ni, menos aún, que desistiera del intento. Lo sorprendente para él hubiera sido que renunciara, impulsado por la prudencia. Pero la prudencia y yo llevábamos muchos años reñidos y no era probable una

reconciliación.

Tras hablar con Los Ángeles desde un teléfono cuidadosamente elegido y luego de tener la plena certidumbre de que nadie podía escuchar la conversación, di unas cuantas vueltas por los bares de Main Street y marché a mi hotel. Llevaba dos noches casi sin dormir y me convenía estar bien descansado para la jornada del día siguiente, que debía ser dura y definitiva.

Desde el hotel y antes de acostarme, hice toda una serie de llamadas telefónicas. Entre ellas, una a Barnett en Los Ángeles. En esta ocasión, tanto el inspector como yo nos expresamos en forma muy distinta a como lo habíamos hecho media hora antes. No hicimos, claro está, la más ligera alusión a la charla anterior ni al rápido viaje que mi interlocutor se disponía a emprender. Uno y otro dijimos todo lo que a mí me interesaba que escuchase determinado individuo. Y por ciertos ruiditos discretos que a mi vez oí, tuve la certidumbre de que nos había escuchado.

Dormí con la seráfica tranquilidad del justo cuya conciencia goza de paz absoluta, si bien tomé por anticipado la saludable precaución de atrancar puerta y ventana, colocar la «Luger» bajo la almohada y procurar que mi mano derecha no se apartase en ningún instante de su empuñadura.

La noche transcurrió en un soplo y por la mañana me desperté, alegre, optimista y descansado. Tomé una buena ducha, ingerí un succulento desayuno y me lancé a la calle.

Durante dos horas estuve muy atareado. Visité a Weidman en el Pólice Department y a Heatter en su despacho de la Court House. Discutí con ambos con cierta aspereza, porque consideraron ofensivas algunas de mis preguntas y nos separamos tan amigos como pueden serlo un gato y un ratón. Pero al terminar mi charla con el District Attorney tenía la seguridad de que mi plan marchaba mejor que un «Cadillac» modelo 1956.

Perdí luego media hora en el Fremont Hotel, haciendo preguntas cuyas respuestas conocía por anticipado respecto a los visitantes del senador la tarde en que abandonó este valle de lágrimas. Al pasar por uno de los pasillos tropecé con un caballero que daba muestras claras de haber ingerido demasiado «*whisky*» para tan temprana hora y lo aparté de un violento empujón, expresando mi indignación con frases capaces de ruborizar a la mismísima Mae

West.

El individuo borracho se alejó dando traspiés y haciendo delicadas alusiones a mis ilustres antepasados. El gerente del hotel, que me acompañaba, deferente, hubo de interponerse para impedir que saliera en su persecución y le abriese la cabeza, para ver lo que tenía dentro. Y ni el tipo más receloso hubiera sospechado que el borracho no era otro que Evans L. Desmond, agente especial del F. B. T.,

llegado de madrugada a Las Vegas en compañía del inspector Barnett, y menos aún que, al tropezar conmigo, había deslizado un papelito en uno de mis bolsillos.

Cuando leí el contenido de la nota —y lo hice donde nadie podía verme—, crecí desmesuradamente mi euforia. Seguro del resultado, decidí acometer sin pérdida de momento la parte más delicada e importante de mi plan. Y el primer paso fue una entrevista con la encantadora Elizabeth Krill, viuda poco afligida del ilustre y combatido senador.

Conseguir que me recibiera ya fué un éxito, teniendo en cuenta cómo se desarrolló nuestro encuentro precedente. Para lograrlo hube de expresarme en tono y forma diametralmente opuestos: esgrimir el nombre del

F. B. I.,

aludir a instrucciones recibidas de Washington y señalar que el objetivo fundamental de mi visita era pedirle perdón por mis inconveniencias.

Mistress Krill me recibió, no en sus habitaciones, sino en el «*hall*» del Apache Hotel, en que se hospedaba. Vestía de negro, no sé si por guardar las apariencias o porque el color la favorecía, pero sería inútil buscar en su rostro huella alguna de sufrimiento, y me pareció más bella y arrogante que la noche del Boulder Club.

Me tocó llevar la voz cantante, porque apenas si se dignó despegar los labios. Con gesto de emperatriz muy por encima de los ciudadanos vulgares, escuchó mis humildes excusas. Afirmé en todos los tonos mi profundo arrepentimiento por la equivocación cometida. Admitía que por un momento había llegado a creerla culpable; pero ahora, perfectamente informado, tenía que proclamar, y no sólo en nombre propio, sino del organismo a que pertenecía, la rectitud de su conducta, en contraste con la turbia y

confusa de otros.

—Con malicia y maldad hubo quien trató de confundirla con cierta persona de indudable belleza, pero que ni siquiera en el sentido físico (no hablemos de la moral, en que existe un verdadero abismo) permite la menor comparación.

La alusión velada a Lilian Norris fue captada por *mistress* Berth cuyo rostro pareció animarse. Alentado por el éxito inicial, abordé el tema fundamental de la visita, aunque teniendo buen cuidado de no dejarlo traslucir con excesiva claridad. Con rodeos habilidosos, a base de insinuaciones y medias tintas, dije lo que me proponía.

Como dolorosa contrapartida a sus grandes méritos y brillantes cualidades, el senador tenía una incurable debilidad por el bello sexo; debilidad que le había llevado a olvidar sus deberes, buscando la compañía de jóvenes atractivas y carentes de escrúpulos, ofendiendo en forma imperdonable a quien, cansada de humillaciones y vejámenes, había tenido que llegar a pensar, pese a su instintiva repugnancia, en una separación de tipo legal.

—Si el pecado lleva ineludiblemente al castigo, en este caso no ha podido ser más rápido, duro y sangriento para el pecador. Míster Krill murió cuando más necesitaba vivir para reivindicar su buen nombre, víctima de la aventurera que supo envolverle en sus redes.

Pero aquella individua, que unía a su juventud y belleza una endiablada inteligencia —como lo demostraba el hecho de que siguiera en libertad luego de sus numerosos crímenes—, aún no estaba satisfecha. Había engañado al senador, fingiéndose su mejor auxiliar y acabando con él cuando le interesó más otro hombre con menos, años y mayor arrogancia. Aquel otro estaba ahora tan loco por ella como lo había estado Krill.

—Van a casarse uno de estos días, y nada podremos hacer por impedirlo. Nuestra única esperanza es que ambos se destruyan mutuamente.

Mi interlocutora no hizo el menor comentario. Pero yo, que la observaba con disimulo, advertí con claridad sus esfuerzos por dominarse. Cuando me despedí, luego de otro cuarto de hora de solicitar perdones y presentar excusas, estaba seguro de que el veneno, habilidosamente deslizado en sus oídos, no tardaría en producir el efecto apetecido.

Una hora más tarde celebraba otra entrevista. A solas en un

lujoso despacho del «Nevada Clarión» y con míster Blood como interlocutor. Tras rogarle la máxima discreción, planteé el problema en toda su crudeza.

—Conozco su estrecha amistad con Jonhattan Heatter —dije—. Pero también el admirable patriotismo, que le llevó a combatir voluntariamente en Corea, y sé que pone la salud de la nación por encima de los efectos personales. ¿Me equivoco?

—En absoluto, aunque no adivino adonde quiere ir a parar.

—Sencillamente a esto: tengo la seguridad plena de que Ian Grosick no es otro que el actual District Attorney del Clark County.

Protestó, aunque no con la vehemencia que esperaba, acaso porque empezaba a sospechar lo mismo que yo. No obstante, salió en defensa del amigo. Le conocía desde 1950, y en todo momento tuvo el más alto concepto de su honestidad. Era difícil creer que hubiese la menor relación entre Heatter y el individuo que simuló su muerte once años atrás en Brooklyn.

—Sin embargo —insistí—, son una y la misma persona. Escuche, para convencerse...

Expuse en forma sintética las razones de mi certidumbre. Jonhattan, contra el que me había insinuado algo Krill, vio al senador la tarde en que le asesinaron y fue el último en verlo vivo. Después lanzó la idea del suicidio y se entercó en ella, sin querer cambiar de parecer ni siquiera cuando yo descubrí el truco del sodio hipoclorhídrico.

—Que si a usted le sorprendió sobre manera, a él le dejó indiferente, demostrando con su actitud que era algo que conocía de sobra.

Heatter era el único que sabía de antemano que iba a cenar dos noches antes en el Boulder, y tuvo que ser quien avisase a Travis. También conocía dónde se alojaba dicho individuo. —Krill tuvo que preguntarle sus señas para dármelas a mí—, al que eliminó por miedo a que le hiciese hablar, luego de fracasado su intento de matarme y sabiendo que le buscaba.

—Sin olvidar, como es lógico, que se opuso a que le hicieran la autopsia, afirmando que se trataba de una muerte natural. Sin perjuicio de lanzar luego al bestia de Harris, para que me liquidase.

—Pero ¡si no creo que supiera ni que existía! —objetó Blood.

En dos minutos le saqué de su error. Con pretexto de

interrogarle respecto a «*Dandy*» White, Heatter le había tenido un buen rato en su despacho. ¿Qué hablaron? No me costaba trabajo imaginarlo. El District Attorney convenció a «Apeman» de que yo había matado a su jefe, de que debía vengarle y nada malo le ocurriría si lo hacía.

—Para facilitar su trabajo me hizo quedarme en mi habitación del hotel afirmando que aún no tenía el informe de los forenses, cuando lo había recibido media hora antes de hablar por teléfono conmigo.

Cuando terminé de hablar, mi interlocutor estaba convencido. No le agradaba, evidentemente, descubrir que un amigo suyo era un traidor de la peor especie, y lo demostraban el aire hosco, el fruncimiento de cejas y el pasear nervioso y preocupado por la habitación, sin pronunciar una sola palabra durante cinco o seis minutos.

—Como ve —dije, rompiendo el pesado silencio—, no existe duda posible. Lo único malo es que no podemos probar lo que sabemos. Aunque quizá si usted estuviera dispuesto a ayudarme...

Pareció sorprendido, pero afirmó estar dispuesto a todo para desenmascarar y castigar a Heatter, que constituía un grave peligro para la seguridad de la nación. ¿Cómo podía hacerlo?

—Ayudándome a dar con el escondite de Lilian Norris. ¡Es la única capaz de proporcionarnos las pruebas necesarias!

—¿Cree que estaba de acuerdo con Ian Grosick, y que participó en la muerte del senador? —inquirió Blood.

—¡Todo lo contrario, amigo mío! Como Krill me dijo y demostró, Lilian era la mejor y más leal de sus auxiliares. ¡Por eso precisamente se esconde y no he podido dar con ella!

Era lógico y natural que la chica estuviera asustada. El asesinato del senador, seguido tan de cerca por la de Travis y los fallidos intentos por quitarme de en medio, demostraban que Heatter no se detenía ante nada y estaba dispuesto a silenciar de una manera definitiva a todo el que pudiera significar el menor peligro.

—Y Lilian representa el mayor de todos, porque fué ella quien descubrió la doble personalidad del District Attorney y se la reveló a Krill.

—¿Pero cree usted que el senador llegó a conocer bajo qué nombre se ocultaba Ian Grosick?

—¿Y cree usted que, de no verse en peligro inminente, Heatter hubiese recurrido a matarle, con todos los riesgos que un crimen trae aparejados inevitablemente?

Sólo cabía una respuesta lógica, y hubo de dármela. No entendía, sin embargo, por qué no me encargaba de buscar a la muchacha y convencerla para que hablase.

—Bastaría con decir que llevo varios días tratando de encontrarla, sin él menor resultado. Pero hay algo más, que posiblemente explica mi fracaso: que *miss* Norris teme mi venganza por la broma que quiso gastarme la noche que nos conocimos.

El senador había justificado su conducta con el lógico deseo de la chica de averiguar quién era yo y qué pretendía en Las Vegas. Yo creí a Krill y nada tenía contra la joven, pero Lilian no lo sabía y procuraba rehuirme. ¿Que debía tranquilizarla saber que era agente del

F. B. I.?

—Cuando uno encuentra a un traidor y asesino oculto tras la máscara de un honorable District Attorney, es difícil confiar en nadie.

No podía localizarla con la rapidez que el caso requería. Blood, en cambio, tendría mucha mayor facilidad. Llevaba largos años en la ciudad y conocía todos sus rincones. Era una figura descollante, que representaba una garantía para cualquier persona decente. Tenía a su alrededor un grupo de reporteros inteligentes, capaces de husmear en los más diversos ambientes y disponía de numerosos amigos que le servirían a la menor indicación.

—No le garantizo nada —repuso Blood, tras un rato de meditación—. Pero accederé a sus deseos y trataré de buscar a Lilian Norris para que pueda facilitarle las pruebas que necesita.

Salí de la entrevista seguro del éxito de mi plan. Volví al hotel en que me alojaba, dispuesto a esperar con entera calma. Daba por descontado que Blood tardaría unas horas en encontrar a la chica, pero que la encontraría aquella tarde sin falta.

En el comedor del hotel, mientras ingería sólo en una mesa un succulento yantar, regado con los mejores vinos —cabía en lo posible que fuese el último que hiciera, y si había de morir, prefería hacerlo en un estado de euforia—, vi de lejos al inspector Barnett, con el aspecto más inofensivo que pudiera imaginarse, acompañado de dos

individuos de aire tan aburrido e inocente como el suyo. No se acercó a hablarme, ni yo le hice la menor seña. Pero una vez chocaron nuestras miradas y fué suficiente para que ambos supiéramos a qué atenernos.

Tumbado en mi habitación, seguí esperando. A las seis de la tarde sonó el timbre del teléfono. Supuse que era Blood quien me llamaba, y no me equivoqué.

—Vaya andando —me indicó—; compruebe que no le sigue nadie y procure estar a las seis y veinticinco en la esquina de Thirteenth Street y Franklin Avenue. Cuando detenga el coche un segundo, salte sin vacilaciones.

Cumplí sus instrucciones al pie de la letra, excepto en un punto: comprobar si alguien iba sobre mis pasos. Estaba seguro de que Barnett lo haría, pero también de que sería muy difícil que nadie lo advirtiese.

No me tocó esperar ahora arriba de dos minutos. Blood no venía, conforme había supuesto, en su lujoso «Chrysler» sino en un modesto y vulgar «Chewy». Aflojó la marcha, aunque sin detenerse por completo, al acercarse a la acera, abrió la portezuela de mi lado, y ordenó:

—¡Suba!

Obedecí, sentándome a su lado en el «baquet», y el coche salió lanzado. Blood, que aparecía serio y preocupado, no habló una sola palabra mientras recorrimos Franklin Avenue, atento a comprobar por el espejo retrovisor si nos seguía algún automóvil sospechoso. Sólo cuando torcimos para seguir hacia el Norte por Fifth Street salió de su mutismo:

—Me costó trabajo encontrarla, y más aún que accediese a verle. Lo conseguí al cabo, pero hube de aceptar sus condiciones. Quizá le parezcan extrañas o sorprendentes, pero dada su especial situación...

Consistían, pura y simplemente, en que *miss* Norris nos recibiría a solas en un hotelito, pero teniendo en la mano una pistola y desarmándonos para no correr riesgos innecesarios.

—Todo cambiará, naturalmente, cuando se convenza de nuestras intenciones. Pero primero necesita convencerse.

No objeté nada, porque había supuesto algo parecido. Mientras, abandonando Fifth Street, el «Chevrolet» corría ahora por Bonanza

Road. Un instante me asaltó la sospecha de que la encantadora Lilian pudiera ocultarse en el mismo Potosí Motel, donde Travis halló la muerte. Hube de rectificar al siguiente, cuando Blood enfiló Rancho Boulevard.

Aún dimos algunas vueltas antes de ir a detenernos frente a un hotelito de una sola planta y modesta apariencia en Campbell Drive, en pleno campó ya y cerca de los límites municipales de la ciudad de Las Vegas. Blood abandonó el coche y me invitó a seguirle. En el interior del hotelito había luz. Al acercarnos a la puerta, mi compañero aconsejó en voz baja:

—Separe las manos del cuerpo y no haga ninguna tontería. La chica está muerta de miedo y podría apretar el gatillo.

La puerta no estaba cerrada con llave. Blood hizo girar el picaporte, abrió y entramos. Nos encontramos en un «*living*» amueblado con buen gusto y bien iluminado. En un primer instante creí que estaba desierto. Al siguiente, una voz femenina llegó a mis oídos:

—Cierren la puerta, amigos, y aparten bien los brazos. No me gustan las sorpresas desagradables, y tengo una «F. N.» en la mano.

Volví la cabeza hacia el punto de donde partía la voz y descubrí a Lilian, estratégicamente pegada a la pared para no ser vista en el primer instante por los que llegaban. Vestía una falda sencilla y una blusa ajustada, que hacía resaltar todas y cada una de sus perfecciones. Me pareció más bonita aún que la noche que la conocí. La única diferencia —y bastante sensible— era el juguetito que empuñaba y cuyo cañón apuntaba al centro de mi estómago.

—«Okay» —aprobo, cuando Blood hubo cerrado la puerta—. Y ahora deberían volverse y dejarme desarmarles.

Mi compañero se prestó, al juego en el acto, y yo le imité. La chica conocía todo el peligro que le amenazaba, y tomaba sus precauciones. Desde su punto de vista, hacía perfectamente.

Quitó un revólver a Blood y me arrebató la «Luger», que dejó sobre una mesita a varios pasos de distancia de los sillones que nos invitó a ocupar con un gesto imperativo, mientras tomaba asiento frente a nosotros.

—Ahora podemos hablar —dijo, sin dejar de apuntarme—. ¿Por dónde quieren que empecemos?

—Por el principio —respondí—. Será la mejor manera de

entendernos.

—¿La noche en que nos conocimos, y mi fracasado intento de Valley of Fire? —inquirió, con una sonrisa, que no bastaba a disimular la inquietud y desasosiego que leía en sus ojos.

Contesté negativamente. Aquello, que me intrigó en un principio, dejó de preocuparme cuando el senador me reveló la verdadera personalidad de *miss* Norris y el trabajito que realizaba. Jugando con dos barajas y sabiendo que pisaba terreno resbaladizo, era natural su actitud y conducta.

—Efectivamente —confirmó la joven—. Le tomé por uno más de los secuaces de Grosick, y traté de sonsacarle; como fracasé, tuve la mala idea de hacerle dormir un ratito mientras registraba su cartera.

Acepté como buena la explicación, aunque carecía de toda base sólida. Me interesaba más hablar, hacerla hablar mejor, de Ian, de su verdadera personalidad y de la forma en que asesinó al senador.

—Ya sé que es Heatter —añadí—; pero carezco de pruebas para demostrarlo. Dígame lo que sepa, y quizá entre los dos podamos desenmascararle y terminar con él.

No se hizo repetir la invitación, y habló durante largo rato, estimulada por mis preguntas. Hacía largo tiempo que trabajaba para Krill, y había actuado en diferentes lugares, pero especialmente en Las Vegas. Cuando la mujer del senador llegó a Nevada, se dedicó a seguirla con disimulo por encargo de su marido.

—Aunque procuraba que nadie les viera juntos, celebró varias entrevistas en lugares reservados con Jonhattan Heatter. Por eso, cuando Harold me habló por teléfono desde Washington de Ian Grosick y del amor que Elizabeth sentía por él, empecé a sospechar del District Attorney.

Tropezó con grandes dificultades, entre otras cosas porque George Travis, uno de los secuaces de Grosick, recelaba de ella y la seguía los pasos, simulando sentir una intensa pasión amorosa. Al final logró reunir indicios suficientes para, hacer una afirmación concreta y categórica.

Pero el senador se negó a creerme cuando le dije que Heatter no era otro que Ian. Insistí, aportando argumentos y razones, hasta que empezó a comprender que estaba en lo cierto. Delante de mí, citó al

District Attorney para que fuese a las cinco y media de la tarde a sus habitaciones del Fremont. Estaba seguro de que podría desenmascararle.

—¿Y le desenmascaró?

—Indudablemente. En caso contrario, Heatter no le habría asesinado, ni aun disponiendo las cosas en forma que pudieran pasar por suicidio.

El cargo que ocupaba y la influencia que ejercía sobre la Policía local, que estaba prácticamente a sus órdenes —sin olvidar que el teniente Weidman era hechura suya—, facilitaron el hábil plan del District Attorney. Al mismo tiempo, constituían un grave peligro para quien se atreviera a combatirlo.

—¿Huyó usted por eso? —pregunté, con suavidad.

—¡Claro! De cogerme, habrían sido capaces de cargarme el crimen, basándose en que estuve con el senador dos horas antes de su muerte. Pero probablemente no se hubieran molestado en acusarme de nada.

Afirmaba que Travis la seguía constantemente y que al salir del Fremont logró darle esquinazo. La había amenazado de muerte por la mañana y temió que llevase a la práctica sus siniestros designios. Sabía, además, que Heatter contaba con la complicidad de varios pistoleros —«*Dandy*» White era uno de ellos—, y sabía que su vida pendía de un hilo.

—¿Está usted segura, absolutamente segura, de que Heatter es Ian Grosick? —Quise hacerla puntualizar.

—Ni a usted ni a mí puede cabernos la menor duda. Por saberlo han tratado dos veces de asesinarle a usted; por saberlo me matarían a mí, si supieran dónde me encuentro.

Sin gran asombro por mi parte, la oí repetir entonces mucho de lo que aquella mañana había dicho y a Dale Henry Blood y casi con las mismas palabras. Al final, cuando sin darse cuenta había disipado una a una, todas mis dudas, preguntó, con la más irresistible de sus sonrisas:

—¿Está ya convencido, amigo Stern?

—Yo estoy convencido de todo —dije, poniéndome en pie con aire cansado—. Entre otras cosas, encanto, de que tienes una magnífica imaginación.

—¿Acaso no me cree? —inquirió, con un desconcierto que nada

tenía de fingido.

—Te creería de no haber incurrido en dos olvidos, impropios de tu privilegiada inteligencia —repliqué, mirándola con fijeza y observando sus reacciones—: el primero, que Ian Grosick era, es, un hombre de extraordinaria inteligencia; el segundo, que todas las mujeres (o ciertas mujeres, cuando menos), enloquecen por él.

Hice una breve pausa, esperando que dijese, algo, pero se limitó a mirarme con gesto de creciente confusión mental. Sonriente, añadió:

—Heatter no es un cerebro brillante, ni mucho menos. Si acaso, una medianía, que pudo ser elegido District Attorney porque a nadie le interesaba el cargo. Y en cuanto a sus atractivos físicos, basta mirarle una vez para comprender que a ninguna mujer le ilusiona la idea de caer en sus brazos.

—¿Quiere insinuar que estoy mintiendo? —Tomó a preguntar, pero ahora su vez tenía un acento de clara amenaza, mientras casi apoyaba contra mi pecho el cañón de la «F. N.».

—Con toda la boca, dulzura —dije, mientras de un violento manotazo le obligaba a soltar la pistola y la cogía del brazo para impedir que se agachase a recogerla—. Heatter no es Grosick, como sabes mejor que yo.

—Entonces, ¿al senador...?

—Lo mató Ian, con tu ayuda y cooperación. Has realizado un doble juego, efectivamente. ¿Pruebas? Hablé antes de dos olvidos tuyos, y han sido tres, en realidad. El tercero es el más importante. ¿Ya no recuerdas que te vi en las cercanías del Fremont en la amistosa compañía del honorable George Travis?

Lilian contestó con una palabra imposible de reproducir aquí y, debatiéndose entre mis brazos, dirigió una llamada de súplica a Blood. Dale Henry la desoyó. Un segundo después, algo frío se apoyaba en mi nuca, y el propietario del «Nevada Clarión» ordenaba, tajante:

—¡Suéltela, Stern, y retrocede con los brazos en alto! Y olvida tus trucos, porque el primero que intentases sería lo último que hicieras...

~~~~~  
No existe publicación ilustrada más popular que

**AVENTURAS DEL F. B. I.**

Y tampoco logran igualar el interés de

**JEQUE BLANCO**

Unicamente puede comparárseles con ella, otra nueva  
creación de EDITORIAL ROLLAN

**MENDOZA COLT**

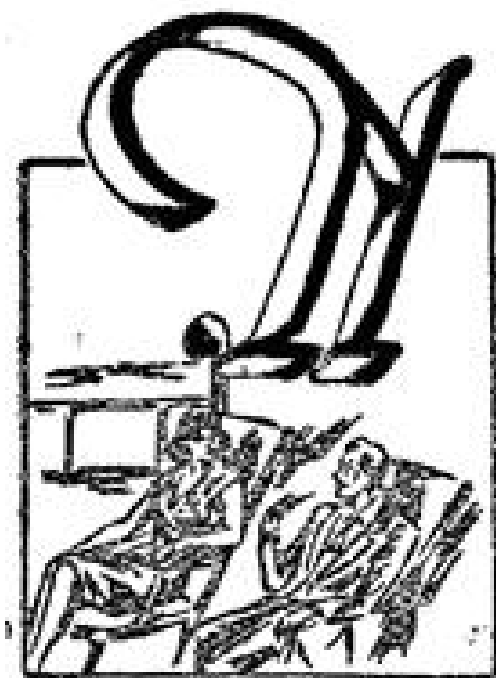
El famoso aventurero de sangre hispana, que recorre  
el salvaje y peligroso Far-West para cumplir una misión  
justiciera.

**¡TODOS LOS JOVENES COLECCIONARAN**

**MENDOZA COLT!**

## VII

### «YO NO ME EQUIVOCO»



O me sorprendió en lo más mínimo el violento cambio de Dale Henry Blood. Lo esperaba, y la única sorpresa fué que tuviera un arma en la mano, cuando había visto cómo Lilian le quitaba un revólver, que dejó sobre la mesita en unión de mí «Luger». Pero, como comprobé unos segundos después, había ido bien preparado. Porque aunque el revólver seguía donde lo puso la chica, tenía una pistola en la mano.

—Parece que no habías contado con esto, ¿eh? —dijo, sonriente,

cuando hube soltado a *miss* Norris y alzado los brazos a la altura de la cabeza.

—Te equivocas —repliqué—. Sin la esperanza de que te traicionases, jamás hubiera venido aquí. Ni te hubiera encargado siquiera de buscar a Lilian.

—¿Esperabas que te sirviese de algo? —preguntó.

—Hacerte reconocer que eres Ian Grosick es más que suficiente para mí.

—Quizá —admitió—, aunque lo que supiera un muerto jamás sirvió de nada a los vivos, si no llegó a decírselo a nadie antes de fallecer. Ése es tu caso, naturalmente. Pero, por simple curiosidad, ¿cómo llegaste a saber quién era?

Le impulsaba algo más que la curiosidad; quería oír de mis labios los posibles errores en que había incurrido, para no volver a cometerlos. Respondí, no obstante, con la verdad. Mucho de lo que dije por la mañana, respecto a Heatter, podía aplicársele a él. Con una diferencia notable: que mientras el District Attorney no telefoneó a nadie cuando cenamos en el Boulder, Blood lo hizo con el pretexto de informar al periódico sobre una cualidad totalmente insospechada del sodio hipoclorhídrico.

—Yo sabía que al senador tenía que haberle matado una persona conocida, que pudiera llegar fácilmente hasta él. No descartaba que hubiese intervenido una mujer, pero el peso principal del asunto tuvo que llevarlo un hombre.

Había cuatro personas en aquellas condiciones: Elizabeth Krill, Lilian Norris, Jonhattan Heatter y Dale Henry Blood. También un quinto individuo. —George Travis—, a quien vi en unión de Lil en las cercanías del Fremont, y del que sospeché que pudiera ser Grosick, pese a su rostro deforme. Pero cuando le mataron para impedirle hablar, le descarté automáticamente.

—Descarté después a Elizabeth, porque su marido desconfiaba de ella, y no hubiese bebido nada que le sirviera.

—¿Por qué crees que le sirvieron alguna bebida? —inquirió Blood, con el ceño fruncido.

—Porque Krill estaba inconsciente cuando apoyaron contra su sien derecha el cañón de su propia pistola y le mojaron la mano con sodio hipoclorhídrico —contesté, sin vacilaciones. Quedaban, pues, tres posibles culpables. Por fortuna, el aspecto físico de Heatter no

permitía confundirle con el supuesto difunto de once años atrás en Brooklyn. No por la cara, naturalmente, que puede desfigurarse cuanto se quiera; ni por la gordura, que una persona puede engordar setenta u ochenta libras en once años.

—Pero sí la estatura; era cinco pulgadas más bajo que Ian, y no hay otra manera de rebajar la estatura de nadie que cortarle la cabeza o las piernas, y Heatter tenía una y otras.

Desvaneciendo todo resto de duda, una rápida investigación del inspector Barnett había establecido que el District Attorney estaba en su despacho a la hora de la muerte del senador, y que llevaba treinta años sin salir de Las Vegas, excepto para estudiar leyes en Reno. Blood, en cambio, no había aparecido en la ciudad hasta finalizar la lucha en Corea.

—Apeman trató de matarme, mandado por ti, que me telefoneaste al hotel minutos antes para tener la seguridad de que me hallaba en mi cuarto.

—¿Y cómo sabías que yo estaba de acuerdo con él? Intervino, rabiosa, Lilian, que había recuperado su pistola y me miraba con gesto colérico.

—Porque para liquidar a Krill y a Travis, o preparar el terreno para que los matase Ian, utilizaste el mismo truquito del narcótico que quisiste emplear conmigo. ¿Recuerdas lo que dije a la puerta del Boulder sobre el «*modus operandi*»? —pregunté, dirigiéndome a Blood—. Entonces me refería a «*Dandy*» White. Pero también a la encantadora Lilian le traicionó su «*modus operandi*».

Tenía, pues, identificados a los dos culpables; pero mis pruebas distaban de ser lo suficiente sólidas para convencer a un Jurado. Quise buscarles hablando con ambos a un tiempo y obligándoles a reconocer la verdad.

—Sin falsas modestias —comenté—, puedo envanecerme de haberlo conseguido. ¿Me equivoco?

—No —reconoció Blood—. Has demostrado mayor inteligencia de la que te suponía. No era fácil descubrir que soy Ian Grosick ni demostrar que Krill no se suicidó, y has conseguido ambas cosas. Lo malo es que no te servirá de nada.

—¿Tú crees? ¿Y si Barnett estuviera sobre tus pasos, se hallase incluso a la puerta del hotelito en este momento, y al entrar...?

—No podría devolverte la vida —me atajó, desdeñoso—.

¡Cuando gustes, Lil! —invitó, sonriente de nuevo, a la muchacha—. No quiero privarte del placer de ser quien...

—¡Un momento, encanto! —le interrumpí a mi vez—. ¡Piénsalo antes de disparar, porque apenas me mates morirás tú! ¡No pasará ni siquiera medio segundo!...

—¡Bah! —Se encogió de hombros Grosick—. Todo eso del inspector es un viejo truco. Nadie nos siguió hasta aquí, y la Policía...

—No me refiero a la Policía, sino a ti —contesté, rápido—. ¡Fíjate qué pistola empuña, Lilian! ¿No te dice nada que sea precisamente la mía?

—¡Es cierto! —exclamó, sorprendida, la chica, tras comprobar con una ojeada, que Ian tenía mí «Luger» en la mano—. ¿Por qué has escogido esa...?

—¡Para terminar contigo, naturalmente! —Me adelanté a explicar, temeroso de que no me dieran tiempo a concluir—. Apenas me liquidases, Grosick se encargaría de ti.

—¡No le hagas caso, querida! —protestó, atropelladamente, Blood—. Trata de enfrentarnos y...

—¡No! Lo tiene todo preparado y dispuesto. Te matará utilizando mi pistola. Cuando llegue la Policía, dará por seguro que nos matamos mutuamente. ¡Y él podrá vivir alegremente con Elizabeth Krill!

La muchacha no tenía desperdicio. Astuta, sin escrúpulos, desalmada, era capaz de jugar con siete barajas a la vez y hacer trampas con todas. Pero no tenía nada de tonta, y mis palabras fueron una revelación. Furiosa, se enfrentó con Ian:

—¡Canalla! Si es verdad que tratas de...

—¡Razona, por favor, Lil! —clamó el otro—. ¡Líquídale de una vez o echarás todo a rodar!

—¿Liquidarle yo, verdad? —chilló la chica, confirmadas sus peores sospechas por las palabras de Grosick—. ¡No soy tan boba! Tengo una pistola en la mano, la sé manejar y todas tus habilidades...

Parecía dispuesta a disparar. Ian leyó en sus ojos una amenaza de muerte y se adelantó. Fríamente, sin que su rostro expresara la menor angustia, apretó el gatillo. Herida en mitad del pecho, Lilian le contempló horrorizada, mientras la pistola se le escapaba de

entre los dedos. Un segundo vaciló sobre sus pies, en tanto la blusita se le iba tiñendo de rojo. Luego cayó hacia atrás.

—¡Cobarde! —le increpé—. No mereces seguir viviendo un solo minuto...

—¡Pero serás tú quién no lo vivas! —respondió, con una carcajada, mientras apretaba frenético el gatillo de la «Luger».

Ocurrió lo que yo tenía previsto: no sonó el disparo. Asombrado, incrédulo, sin llegar a explicarse lo que ocurría, Ian siguió disparando mientras me agachaba a recoger la pistola perdida por Lilian y que había caído a mis pies.

—¡Imbécil! El cargador de la «Luger» sólo tenía una bala. ¡La que empleaste en asesinar a tu amiga!

Me tiró la pistola a la cabeza y no me dio. Precipitadamente, buscó la que se había guardado en el bolsillo. Pude impedir que la empuñase y le dejé hacerlo. Tenía a mi vez una pistolita escondida en la bocamanga de la americana. Era una de aquellas pistolitas que utilizaban, en tiempos pasados, los famosos tahúres de Nevada; de pequeño calibre y escaso alcance, pero suficiente para matar a un hombre a cinco pasos de distancia.

Era la baza que reservaba para triunfar en un juego de tramposos. Lo hubiese utilizado en un caso extremo.

Pero aquél no lo era para mí, y quería liquidar al supuesto Blood con el arma de su víctima. He dicho liquidarle, y así era.

Hubiera podido detenerle, pero no quise. Había pruebas abrumadoras contra él y parecía inevitable una condena. Sin embargo, los jurados se venden unas veces y los presos se escapan otras de la cárcel. Yo no quise correr aquel riesgo. No, con quién acababa de asesinar a una mujer delante de mí.

Le dejé sacar la pistola. Sólo entonces empecé a disparar. Llegó a apretar el gatillo, pero su balazo silbó muy por encima de mi cabeza. Los míos, por el contrario, dieron donde me proponía. Con cada uno de ellos castigué un crimen distinto.

El inspector Barnett se presentó quince minutos después. Un camión le había cerrado el paso en Rancho Boulevard y le hizo perder un tiempo precioso. Nos perdió de vista a nosotros, pero el conductor sabía dónde íbamos y no tuvo que decírselo.

Tras de Barnett llegaron los policías locales, el teniente Weidman y el District Attorney. Cuando Heatter llegó, su amigo

Blood, cuya verdadera identidad ni siquiera sospechó hasta poco antes, llevaba media hora muerto. Lilian Morris, por el contrario, tardó aún más de una hora en expirar.

Por fortuna para mi recobré unos minutos el conocimiento; pudo hablar y habló. No mucho; lo suficiente para que no quedase ninguna duda respecto a Ian Grosick, a la muerte del senador, al asesinato de Travis y a lo sucedido en el hotel de Campbell Drive.

La consecuencia inmediata fué desbaratar una extensa y perfecta red de espionaje, deteniendo a una larga serie de complicados. Todos ellos pasaron a la cárcel, en espera de una sentencia que nada podía tener de benigna. Y la primera de todos, Elizabeth Krill.

—¿Para que fuiste a verla esta mañana? —me preguntó, horas después de su detención, el inspector Barnett.

—Para excitar sus celos. La hice creer que Grosick pensaba casarse con Lilian.

—¿Y no era cierto?

—No; pero produjo el efecto deseado. Telefoné a Ian y le exigí que terminase con la otra. Era lo que yo necesitaba, porque, sólo estando dispuesto a sacrificarla, Blood me llevaría hasta ella, descubriendo definitivamente su verdadera personalidad.

No sé si Barnett me creyó; quizá lo juzgó demasiado maquiavélico para que se me ocurriese a mí. En cualquier caso, había tenido éxito, estaba disfrutando de un triunfo legítimo y no quiso amargármelo. Sin embargo, gruñó, cambiando ligeramente de tema:

—Me hubiese gustado interrogar a Grosick. Por desgracia, tú, en vez de entregarlo a la Justicia, preferiste apretar el gatillo. ¿O vas a negar que pudiste apresarle?

—No —reconocí, con absoluta sinceridad—. Hubiese podido detenerle. Pero con un detenido hay siempre el peligro de que los jueces se equivoquen. Yo, en cambio, no suelo equivocarme. ¡Y no me equivoqué...!

FIN



«¡A BALAZO LIMPIO!»







# COLECCIONES DE EDITORIAL ROLLAN

## ¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

### WINCHESTER

Audacia, valor, intriga y dinamismo, se condensan en estas nuevas novelas que reflejan la vida turbulenta de cow-boys y gun-men.

Publicación semanal — 6 Ptas.

### EXTRA-OESTE

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

Publicación semanal — 6 Ptas.

### AVENTURAS DEL F. B. I.

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas misiones de dos agentes especiales del F. B. I.

Publicación quincenal 1,50 pts.

### MENDOZA COLT

Un valiente gun-man de sangre hispana. Aventuras portentosas en el lejano Oeste, descritas en cuadernos de dibujos inimitables.

Publicación quincenal 1,50 pts.

## F. B. I.

## SIN RIVAL!

Precio: 6 PESETAS



## NOTAS

[1] Testarudo. < <